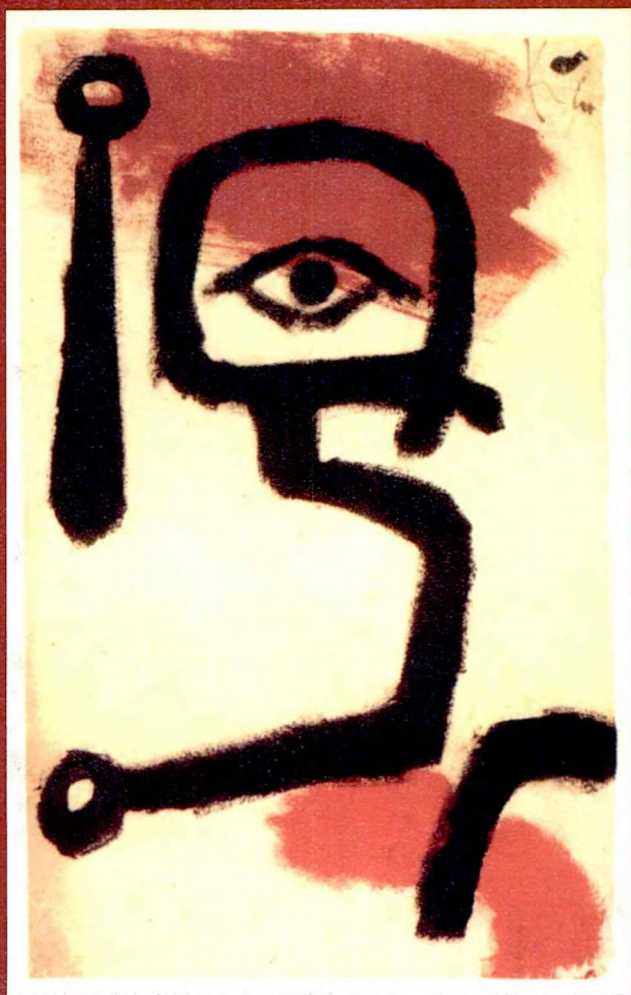


JOSÉ JORGE MARTÍNEZ

Crónicas de una derrota

testimonio de un luchador



Ediciones
TRILCE

Crónicas de una derrota

testimonio de un luchador

This One



GKZE-31N-SWXN

JOSÉ JORGE MARTÍNEZ

Crónicas de una derrota
testimonio de un luchador

Ediciones
TRILCE

Ilustración de carátula:
Timbalero, 1940
Paul Klee

© 2003, Ediciones Trilce

Durazno 1888,
11200 Montevideo, Uruguay.
tel y fax: (5982) 412 77 22 y 412 76 62
trilce@trilce.com.uy
www.trilce.com.uy

ISBN 9974-32-339-8

CONTENIDO

I. EL CUARTEL	7
II. EL PENAL	51
III. EL INFIERNO	129
A MODO DE CONCLUSIÓN	153
<i>Noticia del autor</i>	157

I

EL CUARTEL

Tengo ganas de orinar. Pero está de guardia el Malevo y va a haber que aguantarse.

Hijo de puta. Lo hace con toda la pega, para que nos sintamos una basura, todo el día pendientes de la vejiga. Para hacernos sentir su poder, para castigarnos un día sí y otro también por ser la subversión, la antipatria, por haber atentado contra las instituciones y matado a soldaditos como él.

Con el otro cabo, el Manzana, es otra cosa: con él se puede vivir. Es un buen tipo, de vez en cuando organiza en una fila a los que tienen ganas, espera que se vacíe de soldados el baño que está al lado, y nos lleva como una recua, cada uno con la mano derecha apoyada en el hombro del compañero que va adelante.

Mejor pensar en otra cosa. Falta poco para la polenta. Vamos a ver con qué viene hoy. Tal vez venga con nabos.

Es curioso lo que me pasa con los nabos. Yo nunca los había comido antes. Mamá, cuando hacía puchero, los ponía junto a las otras verduras, pero atados, para que enriquecieran el caldo, y luego los tiraba. Alguna vez se rompía el hilo y me ocurría que al servirnos creía que era una papa y les daba un mordisco y los escupía. Qué estupidez: si son riquísimos, medio dulzones, se deshacen en la boca, sedosos, afables, contrastando con la polenta granulosa que tenemos agendada a la noche y que a veces la sirven sin sal.

Hace algunos días en la polenta habían puesto ojos, ojos de vaca. Cuando los vi en el mar amarillo, móviles, me causaron una sensación extraña: me miraban con mansedumbre, con una resignada acusación, como reprochándome que los hubiera arrancado de su contemplación de lejanos verdores solo para un fugaz disimulo del hambre que a todas horas nos roe las entrañas.

Hace frío. Estoy sentado sobre el colchón enrollado, en posición militar. Este es un invento del Trabuco, uno de los tipos peores de la pesada, el grupo que hace la guardia en las 24 horas del Malevo. Consiste en estar durante horas tieso, con las manos sobre las rodillas y sin movernos ni un milímetro. Donde alguien acomode un pie, la queda: de plantón, con los pies separados ocho baldosas y por indisciplinado y rebelde sujeto a los golpes de los soldados que pa-

sen a su lado. Pero yo me porto bien: durante horas estoy quietecito cumpliendo la orden al pie de la letra. La macana es que, como tengo los ojos vendados, no sé cuándo la guardia te está controlando y cuándo no. Quisiera que los soldados cumplieran su deber y apreciaran satisfechos cómo yo me ajusto a las directivas del Trabuco.

Qué tipo el Trabuco. De noche, aprovechando las ausencias del cabo, la gente de la guardia conversa entre ellos desde lo alto de la fila de placares que atraviesa como una espina dorsal la batería en donde estamos depositados los presos, y me entero de cosas, de la vida del cuartel, de la vida de los milicos. Una vida de mierda. En general toman de punto a uno y lo cargan con su pata de bolsa, normalmente un sargento que les impuso un arresto para ir a acostarse con su sucia, como le llaman a sus mujeres; otras veces debaten sobre el bulto de bosta, un capitán que dirige la escuadra deportiva y que a los soldados que aceptan su trueque les permuta la buena vida de los entrenamientos y de los partidos de fútbol por sus favores sexuales. O eso dicen. Pero con el Trabuco, que es un líder, no hay bromas: lo admiran, escuchan con respeto cuando cuenta cómo sale de noche a levantar maricones por Bulevar Artigas y la buena vida que se daba en Buenos Aires cuando vivía con un travesti.

Pero también, por alusiones en esas noches en blanco, me voy enterando de a poco de las jornadas de gloria, de los hechos épicos que jalonaron la vida de la pesada. De cuando, hace unos años, el cuartel de La Paloma estuvo destinado a la caza de los tupas y ellos salían camuflados en un camión de carnicero y luego procedían a los interrogatorios; de cómo en el 72 participaron en la matanza de la gente de la 20° del Partido; del período en que, hace unos meses, estuvieron de apoyo en el Infierno Grande.

Así se explica el tono de familiaridad que a veces utiliza conmigo el Brasílero, el enfermero que está con la pesada, y que cuando está de onda me trata con cierta condescendencia que yo callado agradezco orgulloso, como el buen alumno ante el severo maestro.

Son todos de Montevideo. Singular, porque el grueso de la dotación del cuartel está compuesto por gente de Rivera y Tacuarembó, bayanos nacidos entre las chircas, que soportan como un mal necesario los frecuentes arrestos mientras se va acercando la época del retiro y la pensión, y en tanto se resarcen con las borracheras en el boliche de la Ronca y con el combinado japonés que han comprado maravillados a plazos. Resarcidos con su nueva condición de regentes del país para definitiva e irrevocable joda del picherío.

Sí, y mientras tanto patean de frío en la planchada que techa los

placares desde la que nos vigilan, frío que se cuele por las anchas rendijas que dejan los marcos de las altas ventanas de la batería y que hace más natural la inmóvil posición egipcia que mantengo. Porque estoy congelado.

Cuándo vendrá la polenta. Una vez más rememoro los tiempos en que era botija y trabajaba en la panadería del viejo. El regodeo con los pan con grasa recién horneados, con los cruasanes calientes que se deshacían entre los dedos. Las mantequillas, las ensaimadas, los bizcochos de anís. Los polvorones crujientes. Los ojos de buey con su recompensa de jalea. Las variedades de masitas con crema: bombas orondas, cañones generosos, príncipes de pastel, zapatillas rellenas. El placer lúbrico del dedo metido en el tarro de dulce de leche y de llevárselo goteando a la boca para que el paladar, la garganta, el cuerpo todo, saboree la delectación de aquellos tiempos simples en que todo era agradable, en que lo único que sabía de política era que no había quien pudiera con Herrera y que Evita era una puta que se vestía con armiños aunque a Rafael, el facturero, le pareciera bien.

Nostalgia de las cosas que han pasado / arenas que la vida se llevó / pesadumbre de barrios que han cambiado / y amarguras de un sueño que murió / Sur, paredón y después...

Paredón, paredón, a los que funden la nación. Qué boludez, Dios mío.

2

En aquella época Secundaria era opulenta, aunque no lo apreciáramos; en el Liceo Joaquín Suárez, recién formado con la resaca de Primaria, cantábamos guasones el “sin cuentas a la madre, herencia de altivez”, mientras Agorio, el Director, futuro Rector de la Universidad, trataba de encarrilarnos en la vida y nosotros preferíamos hacernos la rabona para jugar al billar en los sótanos del “Ateneo”. Profesores como Emir Rodríguez Monegal, Lauro Ayestarán, Carlos Rama o Samuel Blixen no eran insólitos en un elenco docente que se esforzaba por encender una chispa en nuestros romos cerebros.

En la clase había una muchachita, Noelia, que tenía todas las desgracias encima: fea, pusilánime, desmañada; un día, mientras esperábamos que viniera el profesor, procedimos con más crueldad que jolgorio a ungirle Miss Liceo, poniéndole un remedo de corona

en la cabeza y haciéndola subir a un banco. Entró el profesor, que lo era Emir Rodríguez Monegal, apreció de un vistazo la situación, dibujó en su rostro un gesto de infinito desprecio y sin más se fue pegando un portazo. Quedamos mohinos esperando la sanción. Esta no se produjo. Pero el fin del ostracismo de Noelia significó en el aprendizaje de la vergüenza un paso hacia la adolescencia.

Otro día uno de los profesores nos recomendó ver *El Ciudadano* de Orson Welles. El apogeo y el ocaso de Charles Foster Kane fue un deslumbramiento; más allá de montajes innovadores y *travellings* audaces que todavía no estábamos en condiciones de apreciar, la saga de un hombre construida poderosamente en base a distintas visiones de sus contemporáneos nos descubrió un mundo hasta entonces desconocido en donde el poder del dinero destruye como hombre a su detentador y en donde los medios de comunicación son meros instrumentos de dominación. En donde el líder obrero decreta Kane es un fascista, el financista fulmina Kane es un bolchevique y Kane se resume soy un americano, en una modélica síntesis que entonces aprendimos maravillados y luego olvidamos prudentemente. *El Ciudadano* nos abrió las puertas del cine que no era Hollywood y John Wayne, y tras él a las letras que no eran Verne y Dumas.

Tenía 15 años cuando me cayó en las manos *Germinal* de Emile Zola. Fascinado, horrorizado, descubrí la clase obrera. Era demasiado tierno, demasiado inexperto, para distinguir cabalmente la condición obrera de la Francia del siglo pasado y la de Uruguay de 1946. En puridad, entre mi padre, venido de Galicia analfabeto, criado entre maíz y pimientos, y devenido industrial panadero como se titulaba con candorosa jactancia, y los cinco o seis trabajadores del pequeño comercio, tanta diferencia no había. O sí, la había; más allá de la estremecedora miseria que campeaba en las minas de Monsour, de Madelaine, de Crevecoeur y de la sima moral a que eran arrojados sus trabajadores por las condiciones laborales y la desocupación, estaba la degradada cosificación del ser humano devenido una variable económica en los intereses que administraba Monsieur Hasebeau. Y cuando Etienne, el protagonista de *Germinal*, emprende al final de la novela su marcha hacia la comprensión, la lucha, la libertad en fin, me llevó con él.

Poco después Carlos Rama, profesor de Historia, nos hizo leer *Los caminos de la Libertad* de Bertrand Russell. Es un libro que comienza describiendo las tres doctrinas socialistas existentes en ese momento: el marxismo, el anarquismo y el sindicalismo revolucionario y culmina con sus propias conclusiones. Estas eran asaz

razonables y toda persona más o menos sensible coincidirá en que la sociedad descrita por Russell sería infinitamente mejor que la actual, del mismo modo que la crítica que efectúa a las tres corrientes mencionadas bastante compartibles. Mas, al igual que los utopistas de los siglos XVIII y XIX, Russell no parece plantearse el cómo la gente alcanzará ese orden social ideal ni darse por enterado, a pesar de la meticulosa lectura de los principales teóricos socialistas que evidencia, de la demoledora crítica que efectuaran para con sus antecesores bienintencionados. Curiosamente, a pesar de ser una obra fechada en abril de 1918, en toda ella solo hay una referencia incidental, de no más de dos líneas, a la revolución rusa. Al parecer, al poderoso cerebro que era Russell no pareció inmutarle que seis meses antes un cataclismo había socavado sus propósitos editoriales.

Pero la crítica es menor si tenemos en cuenta que treinta años después yo tampoco me apercibí de ese pequeño detalle y pasé sin más a ser un declarado discípulo de Russell.

Empezó a bajarme a tierra la lectura de *Marcha* que emprendí cosa de un año después. No digo ninguna originalidad al afirmar que Carlos Quijano y su elenco de la "generación del 45" fue algo excepcional en la vida del país. *Marcha* nos enseñó a pensar. En la crítica de la literatura y el arte rompió con el amiguismo de los cenáculos para hacerlo con enjundia. En el tratamiento de los temas políticos nacionales lo hizo con independencia y sentido democrático. Quijano, con sus famosos editoriales, nos permitió abordar la economía que hasta entonces era materia ignota para nosotros. Y fue con *Marcha* que empezamos a conjugar el verbo latinoamericano, que empezamos a saber qué era el imperialismo y a apostrofar a los Estados Unidos.

No obstante, en 1947, cuando comenzaba el conflicto más prolongado en la historia del movimiento obrero uruguayo, el de Regusci y Voulminot, y el nuevo gobierno batllista enviaba al ejército a quebrar la huelga ferroviaria, yo culminaba el liceo siendo un neófito del Sorocabana y sus tentadoras ofertas de café, ajedrez y disquisiciones estéticas.

3

Capricho histórico: en 1954, cuando como flamante funcionario público, funcionario universitario, tuve que enrolarme, lo hice en artillería. Pensaba que la infantería, con sus interminables mar-

chas por lomas y llanuras y cargando fusil y mochila, era muy cansadora, y que la caballería no era para mí, ciudadano sólidamente fiel al asfalto. Ignoraba que los enrolados nada tendríamos que ver con fusiles ni con mochilas ni con nada de la milicia y lo único que creía saber era que la artillería, que se movía en camiones, sería descansada, cómoda y, en última instancia, agradable.

Muy tardíamente, el 9 de marzo de 1976, entré finalmente en un Cuartel de Artillería: era la Unidad N° 1, del Camino de La Boyada. El cuartel de La Paloma. De inmediato pude apreciar que artillería, para mí, si descansada, no sería para nada cómoda o agradable. Sin embargo me acogería, con cama y comida, durante dos años y medio, nueve meses de ellos incomunicado.

Estoy en una batería, desocupada tras el traslado de la Unidad de Artillería Antiaérea a Pando. Tiene unos 12 metros de ancho por 25 de largo; en una punta, dos piezas chicas donde se encuentran los afortunados a los que les han levantado la incomunicación y que esperan la libertad o, lo que no es lo mismo, el traslado a Libertad. En la otra punta, la puerta que da a los baños, que a su vez se comunican con otra batería simétrica ocupada por soldados. En el medio, una hilera de placares: arriba de ella, la guardia. Estoy sentado sobre el colchón enrollado. Hombres y mujeres mezclados: de todos modos la moral está salvaguardada porque tengo los ojos tapados con vendas de tela de poncho, donación del Infierno Grande, y las manos atadas, al principio con pedazos de cable y ahora, avance en el respeto de los derechos humanos, con cuerdas.

Por supuesto, no puedo hablar con nadie. Pero viene la noche y con ella la orden de desenrollar los colchones: aprovecho el desorden para musitar ánimo compañero, o un día menos o arriba el Partido o no podrán con nosotros.

Estamos medio rayados; todos los días pasa un enfermero con los dopajes que nos recetó el médico del cuartel. Que Diazepam, que Plidex. Espero que venga Doble Ancho: es un campeón que ayuda como puede, que anima a los que están más hundidos: pero no, viene el Brasileiro, hombre de la pesada, que cuando ingresa alguien llegado del Infierno, voluntariamente se suma a la patota que le prepara un recibimiento de órdago, entre piñazos y patadas; pero no, viene el Karateca, un profesional que si la cosa está de apriete, aprieta, que cuando está de afloje, afloja.

Hoy es jueves, día de baño. Muy temprano, viene la orden, todo el mundo de pie, a desnudarse, todos en posición de firmes. Hace un frío que cala los huesos, para peor está el Malevo que hace abrir las ventanas y estoy quieto esperando el turno. Arribó al fin. Vamos,

dicen, doce, en fila, una mano sobre el hombro del que va adelante, luego. Hay una técnica: respirar hondo, meterse de golpe, estar cinco segundos bajo la ducha, retirarse, enjabonarse, volver a la ducha otros cinco segundos para quitarse el jabón. Luego el regreso: habitualmente al regreso del baño el que queda último es castigado con un plantón, así que no soy solidario y me apuro para estar entre los primeros. Llego, me visto, es un placer, el calor, el bienestar, qué bien se está.

Hoy es viernes, día de correspondencia. Nos reparten unos papeletos y se va pasando un lápiz. Escribo: "Nº 841. *José Jorge Martínez. Necesito: 1. 1 camisa, 2 calzoncillos, calcetines. 2. gilletes, 1 rollo de PH. 3. 1 sábana, 1 funda, 1 repasador. Toallas. 4. fruta, fluxal, leche, azúcar, 60 proteínas. Nada más. 8/VI/76*". Porque con el pasar de los meses la cosa ha ido mejorando y nos permiten que las familias nos acerquen catorce frutas, leche en polvo para una merienda y comprimidos de proteína de pescado como refuerzo alimenticio. No se puede agregar saludos. No sé dónde va este mensaje, solo sé que a la vuelta recibo un bolso con mi pedido y que me hace presumir que Adriana está libre.

Hoy es más o menos mediados de julio. Han retirado a las mujeres, se supone que para Punta de Rieles. Callada alegría: por ellas y porque supongo que en pocos días a todos nos llevarán al Penal. Al acostarnos menudean los mensajes de aliento, el optimismo, falta poco. Pero, atención, tal vez no falte nada, no sé, algo extraño pasa, lo huelo, hay un cambio de actitud en la guardia, hasta el Malevo está contenido, hay un afloje. De pronto una noticia se susurra en la noche, la primera noticia en meses. Y qué noticia: cayó Bordaberry. Cayó Bordaberry. Tal vez, tal vez. Sabía que esto no podía durar, arriba el pueblo uruguayo.

Hoy es más o menos fines de octubre. Vino en cambio un apriete: un apriete de la masita. Retiraron al Manzana, está solo el Malevo y peor que nunca. Plantones, golpes, hambruna y para peor la mudanza. Los comunicados éramos cada vez menos y nos llevaron a una de las piezas y a los comunicados les dieron la batería. Ay, qué joda. La pesada está fastidiada por el incremento de las guardias y para entretenerse inventa juegos. Cada vez que entra un soldado al ruido de la puerta debo saltar como un resorte y cuadrarme: si no lo hago con presteza, castigado. A medianoche, cambio de guardia y se estatuye que los nuevos tienen que entrar a la pieza y patearnos: mejor dormir de costado para que no te revienten. De pronto dicen 841, salto, me cuadro, me dicen avance para ser reconocido, marchó como en un desfile, me dicen gritá arriba los soldados, grito

arriba los soldados, me dicen gritá abajo el Partido Comunista, respondo no le oigo, me repiten gritá abajo el Partido Comunista, insisto no le oigo: golpes, plantón, suspensión del rancho.

Hoy es más o menos mediados de diciembre, de tarde. Dicen 841. Salto como un resorte, me cuadro. Me dicen: con todo. Salgo con el bolso, el colchón, la almohada. Me dicen: sacate la venda. Es un shock, me la saco. Es la primera vez desde el 18 de enero que fuera de la ducha, de cara a la pared, estoy sin venda; el golpe de luz me da de lleno en los ojos, me deslumbra, alrededor mío hay soldados que me miran con curiosidad, yo entrecierro los ojos, me siento mareado y tengo que apoyarme en la pared. Qué sensación extraña, ver, mirar, los soldados, las paredes, las ventanas allá arriba, el azul del cielo. Veo. Me siento como desnudo, desprotegido. Me siento como en un espacio inmenso. Me toman del brazo y me conducen al otro lado de la crujía y allí están, sentados en sus colchones, los compañeros. Los compañeros que me sonrien, que desde sus colchones me hacen gestos de saludo. El soldado me lleva a un espacio vacío y me dice: aquí.

Acomodo vacilante el colchón y me siento. Los compañeros de los costados me dan la mano, me dicen cosas que no entiendo. Con comprensión uno de ellos, que lentamente reconozco, es el Polo, oh, el Polo, me alcanza tabaco y hojillas y me dice: tomá, armá uno.

4

Había un solo Liceo Nocturno, en el local del IAVA, con un anexo en el Varela, en el cruce de Guayabo y Gaboto. Los estudiantes eran muy distintos a mis antiguos compañeros de liceo y quienes hacíamos preparatorios no nos diferenciábamos de quienes cursaban el primer ciclo de Secundaria. La práctica totalidad provenía de estratos sociales bajos y si bien las mujeres, muy minoritarias, eran casi todas empleadas, entre los varones había una buena proporción de obreros. Sartre ha sostenido que la juventud es una categoría burguesa porque el temprano ingreso al mercado de trabajo hace que el hijo de familia obrera se la saltee; en efecto, es una etapa de la vida en que no existe el compromiso. En el Liceo Nocturno esa era una segunda diferencia: los alumnos eran todos responsables, por ende adultos, más allá de las diferencias etarias que hubiese.

Estudiaban porque tenían una inquietud cultural o porque aspiraban a una promoción social o por ambos motivos. Por eso se cursaba con seriedad.

Y se militaba con seriedad.

En la Asociación de Estudiantes del Liceo Nocturno (AELN) había diversas agrupaciones: la comunista, la socialista, la batllista. Y estaba la mayoritaria, ARU, Agrupación Reforma Universitaria, en la que yo ingresé.

¿Por qué? ¿Por qué se militaba? En primer lugar, militancia era militancia en la izquierda; el grupo batllista era una rareza, una anomalía, animada por quienes aspiraban a seguir una carrera política en el oficialismo. Efectivamente, del grupo del Nocturno salieron quienes fueron ediles, jerarcas en la administración pública y hasta un diputado.

Militancia era una actividad altruista, más allá de lo altisonante del término: no se quería nada para sí, se aspiraba, genéricamente, a un mundo mejor, ya ahora, ya en un indeterminado futuro. Requería una capacidad de indignación y ello devenía en que el militante era intransigente, intolerante. Requería una disposición al sacrificio y ello hacía que el militante fuera adusto, austero: era un cruzado. Era sectario: en caso contrario no lo era por táctica, por cálculo político sino por disposición espiritual. Se sabía una minoría y por eso se consideraba el mejor; el simpatizante era mirado con condescendencia, el adversario con encono.

Claro que había elementos coadyuvantes. Era una manera de no estar solo en un mundo difícil; incluso el desairado, el discordante, el que tenía dificultades para encontrar pareja, hallaba una acogida fraterna. Era ser alguien, distinto y orgulloso, cuando en el ámbito social no tenía relevancia alguna. Y era tener poder. Porque poder no es solo disponer de autoridad o dinero: es también, individual o colectivamente, decidir o influir en la vida, los deseos, las voluntades de otros, muchos o pocos. Y hay que haber vivido la embriaguez de la manifestación tumultuosa, del acto multitudinario, del enfrentamiento con la policía, para saber cómo recompensa la militancia.

O no, tal vez no haya necesidad de saberlo. En estos tiempos posmodernos en que nos ha tocado vivir, ¿qué pasa con los jóvenes? ¿Es que entre los fans de un tonto cantante de moda no hay una esencial manifestación de identificación, de espíritu gregario, de común diferenciación con los adultos? ¿Es que entre los heavy metal no hay una actitud de rebeldía, una expresión de la marginalidad del joven, el visaje de un malestar visceral en el tránsito hacia el final conformismo? ¿Es que las violencias de un festival de rock o de un partido de fútbol con sus barras bravas no son secuencias fortuitas de una falta de identificación con el entorno? No tienen mu-

cho espíritu analítico los viejos militantes que despotrican contra los jóvenes intrascendentes de hoy.

De todos modos este es el mundo que les dejamos. Nosotros.

Y fuese por lo que fuere ingresé a la ARU.

La ARU era una manifestación en pequeño, más concentrada, más definida, de lo que entonces era la Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay (FEUU), que la AELN integraba. Lo más típico de la FEUU era su tercerismo, y si en forma contestataria lo había sido incluso durante la segunda guerra mundial, más lógico y compartido lo era en esos momentos, de acre guerra fría, de amenazas atómicas mutuas y de guerra de Corea. Pero ese tercerismo poco tenía que ver con el nacionalismo, aunque simpatizara con el emergente en el tercer mundo: era definido su anticomunismo, encarnado éste en la URSS, y su anticapitalismo, emblemático él en Estados Unidos, y vagamente socializante. Siempre había simpatizado con el movimiento obrero.

Era fuerte la presencia anarquista, monopolizando prácticamente la militancia en Medicina, el centro hegemónico de la FEUU, y determinante en Química, Liceo Nocturno y otros; los trotskistas estaban en Arquitectura. Funcionaba con una retroalimentación: el tercerismo, radicalizado, conducía al anarquismo; a su vez los anarquistas cabalgaban en el tercerismo con comodidad. Efectivamente en ARU había muchos anarquistas y en su activo los simpatizantes eran mayoría.

La visión del Uruguay de los años cuarenta y cincuenta como un oasis de bienestar hay que matizarla. Efectivamente se extendían los barrios obreros con un nivel de vida aceptable y había una amplia legislación laboral. No en balde el tardío acompañamiento que en la vecina orilla impulsó Perón lo proyecta hasta el día de hoy como el ídolo de los descamisados; en cuanto al resto de América Latina, era un vasto páramo de miseria con el que el uruguayo no se sentía identificado.

Pero idílico no era: esa visión la transmite hoy, nostálgica, la clase media. Para la clase obrera eran tiempos movidos, y mucho.

En 1950, 1951, los gremios de Conaprole, Vidplan, Cervecerías, habían ido sucesivamente a la huelga y habían sido aplastados. La intervención policial y militar contra las huelgas era habitual. También era conocida la utilización de rompehuelgas armados. Ocupaciones de fábricas textiles generaron nuevos despidos. Nace la organización sindical de ANCAP y es reprimida por el Directorio: la huelga con el respaldo de numerosos sindicatos la afirma provisoriamente.

Hay disposición del gobierno de enviar un contingente armado a luchar en la guerra de Corea, con oposición del movimiento obrero y frente a la célebre frase de Luis Alberto de Herrera: “allá ellos los rubios del norte y los amarillos del este”.

Y la historia no registrará que el que suscribe estas notas, con grandes sofocos y varios tragos de grapa para animarse, se inauguró en la oratoria en un acto estudiantil contra la ratificación de un pacto militar del Atlántico Sur.

5

Cuarenta líneas: sí, 40 líneas podré mandar y recibir todas las semanas. Censuradas, naturalmente.

“14/12/76. Querida Adriana: Por estos días deben hacer dos años que nos vimos por última vez. Parece mucho y parece poco. Por una parte, una cantidad de cosas que han trastornado nuestras vidas por completo: lo que no vivimos durante décadas lo pasamos en unos meses. Pero a la vez, cuando en todo este tiempo y ahora mismo pienso en ti, en nuestra vida en común y en los últimos meses, me parece que hiciera muy poco, tal vez porque en todo el tiempo que llevo en el cuartel han pasado pocas cosas, tal vez porque naturalmente uno tiende a repasar permanentemente sus recuerdos y revivirlos una y otra vez. En todo caso, parece todo muy cercano, tanto que se me hace sumamente difícil imaginar que tú entretanto has seguido viviendo tu propia vida, que en ella tiene que haber habido cambios y cuáles pueden haber sido ellos. Por ello, a pesar de la gran ansiedad que siento por saber qué ha pasado, si has tenido problemas por mi culpa, acerca de tu salud, si tienes trabajo, como están Teresa y tu madre, cómo han seguido las cosas en casa luego de mi ausencia, lo que más quisiera saber es de tu estado anímico; tú, tan firme en tantas cosas y tan débil en otras, que sé que te habrá resultado difícil encontrar un poco de tranquilidad espiritual, imprescindible en circunstancias como las vividas. ¿Lo has logrado? Tal vez el secreto de ello radique en no dejarse abrumar, por una parte vivir cada día en sí mismo, no cargar durante todas nuestras horas y nuestros minutos con el cúmulo de nuestros problemas; y a la par ubicar ese día y todos los días en una perspectiva amplia, real...”

El Polo me informa que el Infierno Grande, el 300 Carlos, funciona en un cuartel de la Avda. Instrucciones, el Blindado 13. Entre puteadas y maldiciones intercambiamos experiencias cuando me llaman: 841. Me levanto, me hacen poner la venda –que ya no es de

poncho, es de lienzo, confeccionada con esmero por mí- y me dicen: tenés visita.

Aunque lo esperaba en algún momento, me pilla de sorpresa y vacilo. El soldado me toma del brazo y me conduce. Es la Pinky, un soldado rubión, de rasgos finos, que está en el D2 y como tal tiene el privilegio de usar el cabello largo: los demás soldados por eso le tienen inquina ya que entonces las muchachas no tienen ocasión de discriminarlo en los bailes. Adriana, tiene que ser Adriana. La Pinky me lleva por el pasillo que da al baño, pero giramos a la izquierda, como quien va a la Enfermería. Adriana. Adivino que cruzamos la Plaza de Armas.

Los compañeros me informaron cuál es el régimen de visitas: cada 15 días, media hora, una persona por vez. En un cuarto chico hay una mesa larga donde el recluso se sienta en un lado y la visita enfrente: la Pinky se ubica en la cabecera de modo de evitar que el recluso y el visitante se toquen y él pueda escuchar lo que conversan. Adriana: no la veo desde que vivía clandestino en la calle Limburgo, en Punta Gorda, y nos encontrábamos en una casa en Lagomar, donde dormíamos en un enorme sillón frente a la chimenea. Linda casa.

La Pinky me para, me hace sacar la venda y me encuentro frente a una pared. Dice que me guarde la venda: no quieren que las visitas la vean. Esperamos un rato: no sé qué le pasa. Al fin me hace entrar. Adriana.

Está delgada, los ojos alterados.

Nos decimos nimiedades: es incómodo hablarnos con la Pinky a medio metro; cómo estás, en casa todo bien, qué flaco que estás, tu madre, tenés un color gris, te tratan bien, sí, sí. Pavadas. Mientras tanto nos miramos, intentamos adivinar lo que no dicen los labios, intentamos adentrarnos, reencontrarnos, volver: ¡qué ojos tristes, dónde quedó la vivacidad de antaño, por lo que debe haber pasado! Tengo un abogado, Daniel Artecona, es de oficio, militar, ¿te consigo uno privado? no, no, mejor no, andá a verlo en los Tribunales Militares de 8 de Octubre y Jaime Cibils, ¿le digo que haga una petición?, no, no vale la pena, si se puede hacer algo que me lleven al Penal; me mira dudando si yo me habré enloquecido: ¿al de Libertad? sí, sí, al Penal, insisto.

Terminó el tiempo. ¿Ya? Vuelvo a la batería, me siento. El Polo me pregunta: ¿todo bien? Sí, sabés, la encontré muy linda.

"22/12/76. Querido Jorge: Hoy te escribo, dominada aún por el recuerdo de la entrevista del jueves pasado, la que habrá de quedar grabada para siempre en mi memoria y en mi vida. A diferencia tuya,

como me dices en la carta, nunca había pensado en ella como algo real, tangible. Por eso no estuve a la altura que las circunstancias exigían. No supe, ni pude dar, ni transmitir, mi estado de ánimo, mis sentimientos, los de la familia. Al igual que en un examen difícil, se me borró todo de la cabeza y afloró solamente una contenida y acumulada emoción. No obstante, pienso que lo más importante es el hecho de habernos visto, el haber podido hablar. Bueno, he ido a ver al Dr. Artecona (...) Faltan solamente dos días para la Nochebuena y la Navidad. No estarás con nosotros, con mamá tan quebrantada ya y que tanto ha llorado por vos. Pero estaremos juntos en ese dolor, a través de estas líneas que son un poco mi presencia y mi único presente posible hoy. Cuando suenen las campanadas de nochebuena, estaremos igualmente a tu lado para abrazarte y acompañarte, estaré con mi cariño de siempre. Adriana."

La leo y releo varias veces. Solamente una cosa me avergüenza y me mortifica: haberle hablado del abogado, haberle encomendado esa corvea inútil. Ya me estoy poniendo a tono, ya estoy empezando a recordar esa vieja verdad que la justicia militar es a la justicia como la música militar es a la música.

6

Lo de Regusci y Voulminot era excepcional: en 1952 su huelga llevaba cinco años. La metalúrgica y astillero funcionaba, desde luego, con carneros inicialmente traídos desde Buenos Aires, pero la empresa había entrado en un declive sin retorno. Ni un solo miembro del personal había vuelto al trabajo; cuando, periódicamente, la asamblea de Regusci se reunía en el local de la Federación Naval, en la calle Pampas, una multitud de trabajadores discutía tesoneramente la marcha del conflicto. Los animadores eran anarcosindicalistas como Blas Facal, Wellington Galarza, el "Gordo" Rosado y un titoísta, el ruso Esteban Kikich (en realidad yugoslavo), hombre al que le encantaba platicar con los estudiantes.

Un día un barco reparado en Regusci, y por ende en conflicto, entró en los muelles de ANCAP. El personal se negó a trabajar en él, sobrevinieron sanciones del Directorio, la huelga y una invocación del Directorio al Art. 165 del Código Penal.

Los trabajadores se encontraban sindicalmente divididos. Estaba lo que quedaba de la Unión General de Trabajadores (UGT), la central creada en 1942, dirigida por comunistas y luego diezmada

por la guerra fría y el sectarismo del Partido dirigido por Eugenio Gómez. Estaba la Confederación Sindical del Uruguay (CSU), que unía a elementos vinculados a la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres (CIOSL), manejada por los norteamericanos, que enrolaba a socialistas que respondían a Emilio Frugoni y a su anticomunismo militante. Y había una mayoría de sindicatos autónomos, de los cuales parte de los portuarios, carne, gas, parte del transporte, textiles, navales, taximetristas y Bao conformaban un agrupamiento llamado Gremios Solidarios.

El año 1952 venía de nalgas. Comenzó con la primera huelga de los bancarios privados. Le siguieron FUNSA, cuya patronal perseguía al sindicato recién formado, y varias metalúrgicas. Luego sobrevino la ocupación de los hospitales por la Federación de Salud Pública, primera huelga en la administración pública, y medidas de seguridad. Continuaron paros en la construcción, la ANP, el transporte —a quien el intendente Germán Barbato le rebajó el salario—, y Alpargatas. Y como botón final el Art. 165 para la gente de ANCAP y un nuevo decreto de medidas de seguridad. Ante ello los gremios solidarios decretaron la huelga general. Duró quince días y el durísimo enfrentamiento terminó en una derrota, con centenares de despedidos. Fue, como se dijo, una huelga cien por ciento política, sin programa político y sin conducción política.

Recuerdo de entonces mi primera actividad “subversiva”. Los foristas, en tiempos de la dictadura terrista, habían enterrado una minerva de mano en los fondos de la Sociedad de Resistencia de Obreros Panaderos, en la calle Arequita, y allí había quedado. Entonces, varios del Nocturno, entre ellos Libio Manuel Cabrera, tipógrafo, Ricardo Capano, herrero, Carlos González, mecánico, la desenterramos y acondicionamos; Cabrera le expropió una caja de tipos a su patrón, y montamos nuestra imprenta sediciosa en la carpintería que Manolo Lima, el pintor, tenía en la calle Caiguá. Y allí íbamos caminando, porque estaba prohibido tomar los ómnibus ugetistas, a imprimir volantes a favor de la huelga. Y de paso, porque la carne es débil, a tomarnos unas cañas con pitanga en el famoso boliche de Larrañaga y Caiguá.

Fue entonces cuando me afilié a Juventudes Libertarias.

Tenía el anarquismo un pasado glorioso y un presente mortecino. Más que hablar de anarquismo corresponde hablar de anarquismos porque había habido para todos los gustos: individualistas, “de acción”, ácratas, especifistas, “anarco-batllistas”, “defensistas” (partidarios de la URSS), etcétera. Pero para entonces restaban dos o tres especímenes: foristas, anarcosindicalistas y, por supuesto, individualistas.

La Federación Obrero Regional Uruguay (FORU) había sido desde 1905 la central obrera uruguaya, pero como eran entonces los sindicatos: de minorías definidas políticamente. Eran ácratas. No llegaron a entender que Uruguay y el mundo cambiaban y para los años cincuenta solo les restaba el sindicato del taxi y los calefaccionistas. En cambio, los anarcosindicalistas orientaban la Federación Naval, el Gas, los Panaderos, algunos sindicatos “de oficio” en el puerto y la construcción, el Swift en la carne; empezaban a cobrar fuerza en FUNSA, aún les restaba en Artes Gráficas. Paralelamente tenían gran influencia en la FEUU, particularmente en Medicina, fruto de la herencia de Fosalba y su grupo.

Juventudes Libertarias, única organización “especifista”, era organizativamente esquelética, pero aun esporádicamente era capaz de movilizar a algunos centenares.

Funcionaba en una piecita que arrendaba en la Sociedad de Resistencia de Obreros Panaderos. Allí me reencontré con Abelardo Pita.

Por el treinta tuvieron un fugaz auge en Uruguay –en Argentina fue otra cosa– los “grupos de acción” o anarquistas expropiadores que pasaron a la historia policial, más que a la social, a través de sucesos como el asalto al cambio Messina, la ejecución del comisario Luis Pardeiro y, sobre todo, por la fuga del Penal de Punta Carretas a través del túnel y la carbonería del Buen Trato de Gino Gatti. Eran asaltantes como Miguel Roscigna, los hermanos Moretti, Tadeo Peña, gente que tenía su moral y ésta era acrisolada: cuando llevaban a cabo una “expropiación”, los fajos de billetes los arrojaban en una cajón de la cocina y cuando alguien precisaba dinero simplemente lo tomaba. Recuerdo a Pedro Boadas Rivas, que se pasó treinta años preso, a su salida de la cárcel desfilando con su larga barba blanca en manifestaciones a favor de la Revolución Cubana.

En 1931 hubo un conflicto de panaderos y algunos cabezas calientes asaltaron una noche a la panadería España, que estaba trabajando; hubo algún muerto y el propietario quedó paralítico. Luego de esto la patronal puso en la lista negra a los afiliados al sindicato. Pero a mi padre aún le pesaba su no lejana condición de asalariado y le dio trabajo a uno de los dirigentes, Pita. Lo recuerdo borrosamente de esos tiempos, cuando llegaba de noche a trabajar, siempre circunspecto, respetuoso, reservado. El tiempo siguió pasando, los negocios de mi padre no marchaban bien y un día se dejó convencer por un hombre de la patronal, Casal, y ejecutivamente echó a todos los sindicatos, sin dejar de puntualizar que Pita era correcto y solo dejaba hacer a los otros, “que eran unos malandrines”.

Mi padre debió enfrentar un boicot, arrostrar con justicia la denuncia pública de su condición de franquista –eran tiempos de la guerra civil española–, obtener un porte de armas y comprar un *Colt 32* largo. Que, pese a más contemporáneas requisas, aún conservo.

Pues bien, al ingresar a Juventudes Libertarias, en el local del Sindicato me volví a encontrar con Pita, convertido en patriarca gremial. Siempre con su sombrero gris, siempre circunspecto, respetuoso, reservado. Tenía buenas relaciones con sus huéspedes de Juventudes, aunque distantes. Como buen proletario, a los estudiantes que éramos mayoría en el activo de Juventudes nos consideraba unos buenos tipos que en el fondo no era gente seria.

7

Yo no tuve mucha suerte con mis vecinos de colchón.

Estoy todavía incomunicado. A mi derecha está Díaz, un carpintero que, por la voz, decido que es enjuto y con bigotes. Naturalmente, después de una temporada en el Infierno Grande, todos estamos más o menos rayados y expresamos nuestras rayaduras de distintas maneras. Así el Mudo, de quien nunca sabré el nombre, se niega a pronunciar una sola palabra pase lo que pase y eso provoca gran jocosidad entre los soldados. Otro, un bancario, se levanta reiteradamente y proclama que solo acepta la justicia revolucionaria y que la culpa la tiene A., que es un traidor; eso ya no es tan popular entre los soldados, que lo hacen sentar a los golpes. Pero Díaz es el que está peor: insiste en denunciar que lo quieren intoxicar con gases venenosos y otros disparates: la terapéutica es en todos los casos una paliza y yo que estoy a su lado ocasionalmente me la ligo de rebote; cuando empeoró, lo trasladaron a un calabozo y, parece que cosa de un año después, al manicomio.

Ahora a mi derecha está Scaltritti, un municipal, a quien yo imagino bajo y gordo. Le ha dado incontinenia, una desgracia en estas condiciones en que estamos. Insiste en que lo lleven al baño: primero, como ya lo conocen, no le hacen caso; después, si está la guardia buena, lo llevan, si está la pesada, le pegan. Entonces se orina encima, su colchón tiene un olor nauseabundo y vive acatarrado; cuando el frío aprieta le ataca congestión.

Finalmente, lo llevan al Hospital Militar. Volverá tiempo después, en pleno periodo especial de apriete, para hacernos la vida más torturante en la pieza de los incomunicados. Porque volvió con una hemiplejía que le ha paralizado medio cuerpo: eso no obsta para

que tenga que saltar como un resorte cada vez que se abre la puerta y, como no lo logra, recibe una tanda de garrotazos. Tiempo después saldrá en libertad y será llevado al exterior.

Ahora estoy comunicado, todavía en los colchones.

Siempre a mi derecha está Carlos, un constructor que colaboró con el Partido en la confección de los berretines: en realidad, toda su vida su contribución al Partido fue mediante su trabajo profesional. Por eso, siente más la situación en que se encuentra y, si bien no se queja, sufre una profunda depresión. Doble Ancho le tiene una particular consideración y a veces, aduciendo que lo lleva a la enfermería, le hace dar unas vueltas por los jardines del cuartel. Su mujer se desvive por él, pero él solo tiene su recuerdo puesto en los dos hijos que han zafado y se radicaron en Australia; su conversación es monotemática, obsesiva, acerca de esos hijos, tanto que yo llego a agarrarles tirria. Un jueves, cuando nos toca la ducha en medio del frío, se desmaya: congestión cerebral. Lo llevan al Hospital y allí muere.

Tengo a mi izquierda a Roberto, obrero de la lana. Un hombrón que ha ingresado al cuartel antes que yo y de entrada le ha ido mal; en ese entonces la guardia todavía tenía armas de fuego y un cabo, retozón, jugaba con su pistola, se le cayó, se escapó un tiro, la bala atravesó de lado a lado a un compañero, Oliveira, metalúrgico, y se clavó en la espalda de Roberto. Aún la tiene. Roberto se mantiene entero: me cuenta de cuando integraba la autodefensa del Partido y los incidentes en que participó, hablamos de los errores que se han cometido en el frente militar. Todas las noches, al acostarse, dice, bueno, al lunes (o martes o miércoles) ya los tenemos contra el piso. Un día comenzará a sentir una molestia en la garganta, le darán un jarabe. Con las semanas la molestia aumentará y tendrá que dejar de comer sólidos; cuando hasta tenga dificultad para tragar los líquidos, se decidirán a llevarlo al Hospital y le descubrirán un cáncer fulminante. Un tiempo de tratamiento, luego lo pondrán en libertad y morirá en su casa.

Pero no todo son desgracias. A pocos días de levantada mi incomunicación terminan los dos meses del período especial de apriete: aparecen con tachos llenos de arroz y comemos ansiosos, famélicos, se puede repetir, dos, tres veces, a voluntad, tragamos voraces, uno va a explotar, vomita. Qué inmenso bienestar, la panza llena. Nos enteramos que el período especial fue una retorsión de los mandos porque una tupa que estaba en los calabozos había conseguido una visita de un compinche también preso y había quedado embarazada: los maldecimos de todas las formas, a ella y su purrete.

Las cosas comienzan a mejorar.

Un día, histórico, traen unos bidones para que orinemos en ellos. Se implanta un rito: se levanta un preso, dice con su permiso mi soldado, el soldado dice sí, el preso dice permiso para orinar, el soldado dice proceda. Y uno se traslada raudo, mete el miembro en la boca del bidón y la orina fluye abundosa, caliente, libre.

Otro día permiten que a dos por vez y por separado, los reclusos caminemos por el pasillo que separa los colchones. Nuevo rito: se levanta un preso, dice con permiso mi soldado, el soldado dice sí, el preso continúa permiso para caminar, el soldado dice proceda. Durante horas se va estudiando la modalidad de cada uno, rápido, lento, desmañado, rígido, abrumado, ligero. Por la forma de caminar conocemos más qué pasa por la cabeza de cada compañero que por lo que le confidencia a su vecino de colchón.

Coincidentemente, empezamos a tener trabajo: la limpieza del baño. Se trata de un recinto de regulares dimensiones, casi cuadrado: a la derecha están las duchas, con calefones para los soldados, y a la izquierda una larga mesada con las canillas; al fondo, cuatro tazas turcas. Todo va bien adelante, porque disponemos de baldes y lampazos con lo que la tarea es una fiesta. Pero la jarana termina cuando se llega a las tazas turcas: el problema radica en que a los soldados les sirven la tumba en bandejas y cuando terminan a las tazas van a parar los desperdicios. Incluso huesos, que tenazmente insisten en trancarse en el fondo de los resumideros, los taponan y hacen que sucesivas cagadas de hordas de soldados y presos vayan colmando y desbordando las tazas. Todas las veces intentamos la desobturación con alambres, todas las veces nos afanamos como posesos, todas las veces fracasamos, todas las veces nos resignamos, nos arremangamos y metemos el brazo desnudo en la mierda, hasta el codo, y así extraemos los benditos huesos.

Llega un día que aparece el sargento y escuetamente nos dice: para mañana necesito voluntarios que salgan a trabajar afuera.

8

En realidad era muy desahogado estar afiliado a Juventudes Libertarias porque, como tales, no hacíamos casi nada, excepto reunirnos los sábados de tarde para hablar de bueyes perdidos. O para programar algunas actividades testimoniales, como organizar una serie de actos contra las elecciones de 1952, a los que concurrían entre diez y treinta prosélitos, o quedarnos sentados en el cine

una noche cuando tocaban el himno por ser fecha patria. Consideramos tales gestas un paso adelante hacia la revolución social.

A esta inedia habíamos llegado producto a la par de la evolución y de la revolución. De la evolución, porque cuando se formó la FORU en 1905 estaba germinando el Uruguay batllista: en ese mismo año y en ocasión de la huelga portuaria, polemizando con *La Democracia* Batlle editorializaba en defensa de las huelgas y de los agitadores de las sociedades de resistencia, mientras que en Argentina, ante una similar huelga portuaria, se aprobaba la “ley de residencia” contra los sindicalistas extranjeros y se producía la masacre de Ingeniero White (Bahía Blanca). Pero para la FORU, si el Estado era sinónimo de reacción, esa jirafa que era José Batlle y Ordóñez simplemente no existía. Esta miopía, más que en el movimiento obrero, hizo mella en los intelectuales y entre los obreros de filas.

Y luego, para turbación de los ácratas foristas, hubo un 1917 y un 1936. La revolución rusa tuvo en un principio más apoyo entre los anarquistas, por definición revolucionarios, que entre los socialistas, influidos por el reformismo de Eduard Bernstein y el argentino Juan B. Justo. Al poco tiempo las aguas se dividieron más razonablemente y mientras en el Partido Socialista la amplia mayoría terminó apoyando las 21 Condiciones de Lenin y transformándose en Partido Comunista, la mayoría anarquista terminó repudiando al leninismo, hereje estatista. No obstante, fruto de las ardientes polémicas que ello generó, polémicas de revólver en las mesas de las asambleas, surgieron la corriente “defensista”, que terminó fundiéndose con los comunistas, y el anarco-sindicalismo, que rompió con la FORU y fundó la USU (Unión Sindical Uruguaya), que contó por unos años con el apoyo comunista.

Después vino España. Era el único lugar del mundo en que a la sazón el anarquismo era mayoritario en el movimiento obrero, con la CNT (Confederación Nacional del Trabajo) y su par la FAI (Federación Anarquista Ibérica). A poco de empezar la guerra civil española, la CNT se encontró en una penosa disyuntiva: era fiel a los principios o lo era a la lucha antifascista. Con la excepción de algún grupúsculo como el de “La Antorcha”, se inclinó por lo segundo. Entró al gobierno republicano, con Federica Montseny, y no se opuso con convicción, excepto en Cataluña, a la paulatina transformación de las milicias populares en ejército republicano. Pese a su poderío era una fuerza revolucionaria que cuando llegó el momento definitorio no sirvió, por su doctrina inaplicable, por su incoherencia, para su revolución: solo en Aragón pudo llevar adelante la colectivización del agro.

Todavía mucho tiempo después, en la década del cincuenta, España era motivo de discordia, de amargas recriminaciones, hoy se diría de angustia existencial. Se leía sobre España, se seguían los debates de Toulouse, donde se centraba el exilio, se cantaban nostálgicamente las canciones de la guerra civil española.

A pesar de lo descansado de mi militancia política, y luego de atravesar indemne una experiencia comunitaria iniciada por una decena de compañeros, por primera vez ingresé a los prontuarios policiales.

Estados Unidos estaba acongojado por el destino de la United Fruit que yacía en las garras de Jacobo Arbenz, el presidente guatemalteco. El presidente Dwight Eisenhower, su Secretario de Estado John Foster Dulles y su hermano Allen, jefe de la CIA, estaban especialmente angustiados. Así que dispusieron la recuperación del pequeño país centroamericano para el mundo libre. La operación se preparó desde Honduras, que gobernaba la United Fruit, y desde Nicaragua, en manos de Somoza, el asesino de Augusto César Sandino. Contrataron a un mercenario, Carlos Castillo Armas, organizaron una feroz propaganda, fracasaron en su intento de reclutar otros países latinoamericanos, juntaron y adiestraron desocupados de todo el ámbito caribeño, agruparon aviones y dieron la orden.

El 18 de junio de 1954, a las 4 de la tarde, nos enterábamos que la aviación de la CIA había comenzado a bombardear Guatemala.

A las tres horas estábamos a la puerta del Nocturno, a las 8 comenzábamos a recorrer las clases, a las 9 nos concentrábamos en Eduardo Acevedo y 18 de Julio, a las 9 y media desfilábamos por la avenida, a las 10 apedreábamos e intentábamos incendiar la Biblioteca Artigas-Washington, que estaba frente al Gaucho, a las 10 y media casi toda la Directiva de la AELN estaba en la 4ª, a las 11 de la noche, dentro de la comisaría, redactábamos un manifiesto. Al día siguiente, multitudinaria manifestación de la FEUU.

Muy satisfactorio, pero de ahí arrancará una guerra civil que durará 43 años y que cobrará en el pequeño país, de no más de tres millones de habitantes, centenares de miles de víctimas.

Mientras tanto, lo que no hacía en la labor específica en Juventudes Libertarias, lo hacía en el plano gremial estudiantil. En 1956 había ingresado a la Facultad de Arquitectura, donde ya era funcionario, y militaba en la agrupación Tom, una escisión, que se había vuelto mayoritaria, del PUM, la agrupación que animara la huelga de 1952 por el cambio del Plan de Estudios y que en rápida radicalización se había tornado marxista y luego trotskista. El Tom había tomado su nombre del café donde comenzaron a complotar

los primeros disidentes terceristas del PUM, cosa que aprovecharon los contrincantes para definir: “Tom, apócope de tomate, fruta que cae del árbol y luego se pudre”. Pero tomate y todo –al final son rojos– ello no me inquietó y allí me encontraba muy cómodo, pese a ser al principio el único anarquista, y me dedicaba con singular dedicación, entre otras cosas, a hacerles la vida imposible y conseguir echarlos a los docentes de la derecha que habían sobrevivido a la huelga de 1952, profesores de valía como Mario Payssé Reyes e Idelfonso Aroztegui; pero también a otros como Carlos Rama, que dictaba Sociología, mi viejo profesor que en el Liceo me recomendara *Los caminos de la Libertad* y que cometió la osadía de mandar estudiar en sus apuntes de clase. ¡Sugerir sus apuntes en vez de libros, gruesos y voluminosos libros! Afuera con él.

Era entonces altamente principista, creía tener credenciales para actuar como fiscal de la humanidad toda.

9

Es verano. Nos sacan a trabajar. Voy en fila con varios compañeros, hasta que nos paran y nos hacen quitarnos las vendas.

Es la primera vez en un año que puedo ver algo fuera de los ambientes cerrados de la batería o el cuarto de las visitas. Libre. Los árboles, el cielo, las matas, las nubes. Es algo inusitado, lozano. Al cabo de un momento me animo y fugazmente miro directamente el sol. Es hermoso, todo es hermoso, el mundo lo es. Estoy fascinado, atónito, me llegan lágrimas a los ojos. El color, es una explosión de color, radiante, jubiloso, la naturaleza se muestra fulgurante. Nos dicen que vamos a carpir, ¿dónde están las herramientas?, no, que nos agachemos y arranquemos las matitas, los pastos crecidos, con las manos. Y no se puede hablar, en absoluto. Hago lo que dicen, estoy feliz. Pensar que cuando estaba libre no conocía ni apreciaba estos placeres. Seducido, toco la tierra, arranco los pastos. Soy un hombre afortunado.

Nos sacan a trabajar. Hace una semana que arrancamos pasto. Pero hoy, cuando nos quitamos las vendas, nos señalan una pila de herramientas, picos, palas, nos dicen que tomemos una y cavemos una zanja, de aquí a allá, de medio metro de hondura. Pienso que arrancar pasto con la mano, al final de cuentas, es denigrante, no es un trabajo, este sí lo es. Magnífico, espléndido. Tomo un pico, voy a la línea, doy un golpe. Al dar el pico en el piso el golpe me repercute en todos los huesos. Recapitulo que tengo 44 años y que nunca

en mi vida he usado un pico. Qué vergüenza. Trato de disimular, de parecer experiente. El mango del pico es duro, la tierra es dura, es bravo, las palmas de la mano se quejan. Al día siguiente, nos harán tapar la zanja que cavamos hoy e iniciar otra. Y en eso se van los días.

Hoy vino el sargento a primera hora y nos comunicó que podríamos cambiarnos de sitio con un compañero, pero que las conversaciones entre más de dos seguían prohibidas. Expectación, vacilación momentánea. Yo le hago señas a Juanito, que está sentado al lado de Gerardo Cuesta, y me contesta afirmativamente. Me levanto, digo permiso mi soldado, el soldado dice sí, continuo permiso para cambiar de sitio, el soldado me dice proceda. Voy, me siento al lado de Gerardo Cuesta: qué flaco que está, parece un esqueleto. Nos damos las manos ceremoniosamente, intercambiamos datos de rigor, opinamos sobre el ablande y si será momentáneo o una tendencia estable.

Luego entro en tema. Tengo que desembuchar y digo: sabés que en el Infierno di los nombres de Ismael y de Porley. No dice nada y me mira interrogativamente. Cuento: aguanté 37 días y canté. Me mira, sigo: resulta que a principios de enero en los diarios salió todo el organigrama de la propaganda del Partido, incluso "Carta Semanal", incluso nombres, el mío también, sabían todo. Sigo: solo querían doblarme y a los 37 días aflojé. Me mira y dice: ahora lo que importa es mantener unido a todo el Partido, no crear diferencias entre nosotros, cuando esto termine se verá, actuará la Comisión de Control y se verá; mientras tanto, todo está bien.

Hoy gran alboroto: traen cuchetas. Nos entreveramos todos, la disciplina se va al diablo. Vamos ordenando las cuchetas, son de metal, dos pisos; en la de arriba mío se acomoda Valerio, el tanguero. El sargento nos advierte: que no haya relajo, carajo, podemos cambiarnos como antes, pero con orden, carajo. Comentamos: esto marcha, esto marcha, un año más y estamos en la calle.

Aprovechamos que la cucheta superior le imposibilita a la guardia la visión de la inferior e inauguramos el ajedrez. Tablero de cartón, piezas de cartón; a veces nos sorprenden y nos confiscan todo, pero no hay sanciones y volvemos a hacerlo. Porque ya no están el Malevo y la pesada: los han cambiado por los perreros, que son buenos tipos; tal vez el apadrinamiento por largo tiempo de los bichos los ha humanizado. Juego con Toledo, gano y pierdo. Juego con Garrido, es el campeón, pierdo casi siempre. Juego con otros, gano, gano. Pero con Garrido no puedo, maldito sea, qué orto tiene, pero sabe y gana.

"24/5/77. Querida Adriana: (...) En mi sector, el equipo de fajina es de cuatro, que se rotan diariamente, por lo que a mí me toca, aproximadamente, cada cuatro o cinco días. La fajina comienza a trabajar desde que nos levantamos; así, hoy, debimos comenzar por calentar un par de litros de café que, con las proteínas de pescado, refuerzan luego el café con leche de la unidad; luego tocó repartir éste en dos rondas de distribución equitativas. Inmediatamente toca el lavado de los jarros, en el sitio, para lo que hubo que calentar agua mientras se barría el sector. Viene luego la ida al baño al cual la fajina debe llevar la batería de bidones y baldes que proveerán durante la mañana la satisfacción de las necesidades. Y a la vuelta, queda el lavado del piso. Tres o cuatro días a la semana, corresponde posteriormente la preparación de la ensalada de las frutas que nos han mandado Uds. para el mediodía. Y a media mañana la preparación de un té o café con galleta y la recepción de la leche de aquellos que la tienen recetada y la distribución del pan. Ya sobre el rancho, se pone a calentar el agua, prestos a efectuar, inmediatamente luego del almuerzo, el lavado de platos y cucharas y de jarros si es que hubo ensalada. Aún después la nueva preparación de baldes y bidones para el baño. Por la tarde, si hay tiempo, preparación y distribución de la merienda y, en la noche, el lavado de los utensilios al igual que tras el almuerzo.

Luego del baño, otro té, o cebada, o té de yuyos –que de todos estos requerimientos hay en esta viña del Señor– y finalmente, con otro barrido y un reparto de agua para aquellos que deben tomar alguna píldora antes de dormir o para dormir, pues recién entonces quedan agotadas salvo imprevistos las tareas del equipo y por ende mis tareas de hoy. Que no son tremendas ni agotadoras, como verás, pero que si ahora deben sumarse a las 6 horas de quinta, ya empiezan a ser una dosis no pequeña. Así son mis trabajos y mis días y me gustaría que a través de esta descripción tú tuvieras una impresión más clara de cómo se van desarrollando."

10

Mi relación con el movimiento obrero arranca de 1956, cuando con mi elección a la nueva directiva del CEDA (Centro de Estudiantes de Arquitectura), pasé a ser Secretario de Relaciones Sindicales, amén de delegado al Consejo Federal de la FEUU.

A los pocos días, el 23 de octubre, comenzó la revolución húngara y a la par se produjo la intervención anglo-francesa en Egipto, que había nacionalizado el canal de Suez. La condena de esta últi-

ma no ofreció dificultades pues era un acto colonialista clásico. Pero Hungría era distinto: se produjo una invasión soviética. Para nosotros el problema no ofrecía dudas; la situación había arrancado con manifestaciones de apoyo al polaco –y comunista– Wladyslaw Gomulka, que habían sido ametralladas por la AVH; esto había creado una ola revolucionaria y los fusiles comunistas mataban a los obreros comunistas, obreros que querían sacarse de encima a los burócratas de Erno Geroe e instalaban en las fábricas consejos obreros al estilo de la Rusia de 1917 o, más exactamente, de la Hungría de 1919. Luego de un momento de perplejidad, los comunistas locales se alinearon con la URSS y la discusión en el Consejo Federal de la FEUU terminó a los sillazos. El 4 de noviembre los tanques soviéticos acabaron con la resistencia: los reclamos de socialismo y libertad habían sido aplastados por el estalinismo sin Stalin.

Las esperanzas que había despertado el XX Congreso del PCUS, el mes de febrero anterior, y la denuncia por Nikita Jruschov de los crímenes de Stalin, quedaron pulverizadas: nada había cambiado en la URSS o por lo menos Jruschov no había podido hacerlo ¿todavía?

Pero al menos algo estaba cambiando en Uruguay. A mediados de 1955 el Partido Comunista se sacó de en medio a Eugenio Gómez. El golpe lo vimos con curiosidad pero sin ilusiones: no eran raros esos recambios repentinos dentro de los partidos comunistas por causas ignotas; además, en noviembre hicieron el sacrosanto homenaje a Stalin. Hubo que esperar a setiembre de 1955: el XVI Congreso resolvió un viraje radical, tildando de nacional-reformista la línea seguida por Eugenio Gómez y criticando el llamado culto a la personalidad. El Partido, ahora bajo la dirección de Rodney Arismendi, realizó un llamado a la unidad del movimiento obrero y como signo de honrada disposición de ánimo disolvió poco después la Federación de la Carne ugetista de triste memoria.

Paralelamente, en abril, se había desarrollado una prolongada huelga de la carne; la USOP (portuarios), muy vinculada a la Federación Autónoma de la Carne por el Sindicato de Carga y Descarga, llamó y obtuvo la solidaridad de todos los gremios. Era “la Autónoma”, como se la llamaba, por su tamaño, por su combatividad y por su ajenidad a los embrollos político-partidarios, el sindicato más prestigioso y representativo del movimiento obrero. Por ello, cuando, finalizado el conflicto, propuso encaminarse a la formación de una central única, el llamado obtuvo una general receptividad. Se creó una Comisión Coordinadora integrada por nueve organizaciones, entre ellas la FEUU.

Fue una peculiaridad uruguaya la integración de la organización estudiantil en el movimiento obrero. Había precedentes: el más cer-

cano antecedente era su estrecha relación con los Gremios Solidarios de 1952. De todos modos fue para mí una experiencia singular pasar de los debates en el Congreso de la Federación de la Carne a los de la Comisión Pro-Central Única; los primeros, aunque ardorosos, eran limpios, sin segundas, charlados: el hombre que no tenía rollo para más de una hora, no hablaba, y sus discusiones eran de obreros lisos y llanos. Los segundos eran de otro calibre; sus protagonistas eran más que politizados, políticos, llenos de artimañas verbales al ser impulsados por sus objetivos más o menos partidarios. Entre ellos, los de la FEUU, acostumbrados a los debates en el Consejo Federal, nos movíamos como pez en el agua y éramos muy escuchados, con agrado o con desagrado no dicho, por todos. Coincidíamos generalmente con Héctor Rodríguez, respetado representante del Congreso Obrero Textil, aunque yo en el fondo simpatizara más con León Duarte o con Miguel Gromaz, que representaban a FUNSA, hombres más directos, que no andaban con gregués para decir Gregorio.

La CSU, que se estaba disgregando y que cada día era más abiertamente amarilla, se retiró y lo propio hizo la Federación de la Carne, que había condicionado su propuesta a la participación de todos. Pero la vida no esperaba: hubo otra huelga, finalmente triunfante, en FUNSA; huelgas de los arroceros y de los portuarios del litoral con caravana a Montevideo; huelga de cien fábricas textiles; y, faltaba más, huelga universitaria por Presupuesto. Con los consiguientes choques con la Republicana en Sierra y con la consabida rivalidad entre Arquitectura y Medicina por quién encabezaba las manifestaciones y los enfrentamientos con la policía. Ese panorama no habilitaba a prolongar la situación indefinida existente; en diciembre el Congreso Obrero Textil propuso disolver la Comisión, prescindir de las centrales y convocar directamente a los sindicatos individuales para preguntarles si una Central era posible y sobre qué bases. En febrero se aprobó.

Con todo esto y con mis problemas locales en Facultad, poco tiempo tenía para ocuparme de lo que estaba pasando en la Universidad y seguía distraídamente los informes al Consejo Federal de los vaivenes en la discusión de la Ley Orgánica.

Yo estaba en otra cosa. Hacía cuatro meses que los papeleros estaban en huelga y el 16 de junio (dos días después que el proyecto de Ley Orgánica ingresara al Parlamento) estaba previsto un paro general de solidaridad. Se realizó con relativo éxito, pero varios cines abrieron y delegados de la Unión de Empleados de Cine del Uruguay (UECU) empezaron a recorrerlos para incorporarlos al paro; en el cine Trocadero actuaba de portero un hombre, Olivera, que no era habitual. Después se supo que integraba la Brigada Especial de

Vigilancia, una empresa que suministraba rompehuelgas profesionales a las patronales. En la discusión, Olivera extrajo un revólver y mató a uno de los trabajadores de UECU, Urián Correa. Eran las 3 de la tarde.

A las 7 estaba previsto un acto de solidaridad con los papeleros en la Plaza Libertad. Me pareció que era inmoral e inadmisibles (sigo pensándolo) que, con Urián Correa muerto, el Trocadero siguiera funcionando rodeado por policías. Reuní a unos doce compinches de Arquitectura y nos emplazamos en 18 y Ejido con piedras en los bolsillos. El plan era candorosamente simple: avanzar por la vereda, que estaba habilitada, y, al llegar al Trocadero, vaciarnos los bolsillos contra los vidrios. Pensaba que en la confusión los policías no podrían cazarlos si nos dispersábamos rápido o, en todo caso, que iba a ser imposible identificarnos. Así se hizo: solo que yo, que iba adelante, no advertí que a cada paso mis combatientes raleaban peligrosamente.

Cuando llegamos al Trocadero solo fuimos tres los que arroja- mos las piedras y solo tres los que, como chorlitos, apresó la policía entre forcejeos varios.

Lo que siguió ejemplifica sobre la condición estudiantil en 1958 y la trágica diferencia con lo que sobrevino diez años después: me llevaron a una camioneta, con ella a la Jefatura, de ahí a la 4ª (en cuyo patio conviví, sin saberlo, con Olivera, al que pusieron en libertad un par de horas después), luego a la 5ª para pasar la noche y finalmente al mediodía al Juzgado. Pues en todo ese periplo no me tocaron un pelo a pesar de que entonces me enteré de que la acusación que pendía sobre mí no era moco de pavo: "lesiones internas al comisario De la Sota". Bueno, bueno. Aclaro que el comisario era un hombre bajo. Y había un testigo.

Bueno, bueno.

La continuación fue de novela. El Juzgado negreaba de estudiantes de Arquitectura que habían llevado a un abogado, José Claudio Williman, profesor de Facultad y antiguo dirigente de la FEUU. El comisario y el testigo me acusan ante el juez, yo lo niego, pero el testigo es determinante, voy a tener para un par de meses, el testigo sale, los estudiantes lo rodean, uno, Prieto, lo trata de tira, el hombre que había declarado ser funcionario público se siente herido en su orgullo profesional y contesta "sí, a mucha honra", los estudiantes corren hacia Williman, Williman le hace una escena al juez, el juez le da tremendo reto al comisario y me pone en libertad.

Esa noche había Convención de la FEUU por la Ley Orgánica: me recibieron como si fuera un héroe.

En los tiempos de los colchones habían cundido las adivinanzas para pasar el rato y luego, con las cuchetas y desde que nos permitieron agruparnos aunque siempre sentados, irrumpieron las veinte preguntas. Pero de tanto que se batió, empezaron a agotarse las reservas de personajes: entonces el personaje en cuestión ha pasado a ser cualquier cosa con la condición de no ser genérica. Es el juego de los entes, sobre el que queremos reclamar derecho de patente. Empezó con entes razonables como el Monumento a la Carreta o el Ratón Mickey pero que ahora se ha expandido evadiendo todo límite. Así, obtuve la rendición del panel proponiendo un ente real, natural e inmaterial; la discusión alcanzó niveles filosóficos hasta que revelé que era un agujero famoso, el cráter del Vesubio. Tras 76 preguntas el panel encontró la sombra del Obelisco, tras 138 el fuego que devoró a Urta y Curbelo. Asombrosamente, hay paneles que adivinaron La Marsellesa con catorce preguntas y el trencito de Piriápolis con dieciséis.

No obstante, las inquietudes intelectuales ceden ante las cargas del trabajo físico. Porque vamos a la quinta.

"4/1/78. Querida Adriana: Quiero hablarte una vez más del tiempo, ese compañero inseparable del preso, contradictorio en su faz amiga cuando se contabiliza lo pasado y hostil cuando medimos lo que falta por pasar. Los días parecen congelados, se suceden todos iguales; a la madrugada los dos barrotes de la cucheta que entrevés al despertar parecen encerrar en su inmovilidad los límites de un mundo reducido al mínimo; al anochecer, el clarín que cierra la jornada en su impersonalidad parece querer evitarte el tradicional balance nocturno de un libro en que una vez más una de sus páginas ha quedado en blanco. Y sin embargo, Adria, una mañana sales a la quinta y ves que el maizal ha adquirido en su verdor una tonalidad oscura; otro día, descubres que en lo alto de los surcos unos pequeños ramilletes anuncian el germinar de los porotos. Las cosas no te suceden sino que suceden en torno tuyo. Pero al hacerlo, igual te ayudan a visualizar el discurrir del tiempo..."

Detrás del cuartel hay otra quinta. Una desgraciada quinta, por su escasa prole y sus más escasas perspectivas: a ella también vamos.

"14/6/78. Querida Adriana: (...) Se trata de un terreno abandonado, que no tiene los espacios abiertos de la otra quinta y que sufre irremediamente una pobre conformación espacial. El centro de la composición lo constituyen tres sauces que lloran su endeblez en tor-

no a un estanque para patos sin patos. De allí hacia La Boyada se dislocan los diversos chiqueros y en dirección contraria, hacia el sur, se estira sin ganas un terreno yermo que, indeciso sobre su condición, ni ostenta la calidez de la tierra trabajada por el arado ni vive en el vergel agreste que se sabe hostil pero fuerte. No es nada, es solo un baldío que soporta casi en el centro, en falsa escuadra, un tambo ruín, esmirriado, a medio concluir, que termina empobreciéndolo más. A la derecha la vista golpea contra las moles del frigorífico que, asomadas detrás de un cerco de hormigón, solo muestran con ajenidad unas inarmónicas siluetas traseras; ni siquiera ablandan el cuadro los plumeros indiferentes de dos insólitas palmeras que, irrumpiendo por detrás de una techumbre fríamente correcta que cubre las cabaillerizas, ponen una nota de exotismo tropical en el conjunto. A la izquierda, un interminable alambrado separa el desgraciado erial del resto del cuartel, que lo desprecia con una desarticulación volumétrica desdeñada e inarmónica, dominada por la hostil cara posterior del frontón de pelota, absurda en su vacua monumentalidad. No obstante, media docena de melancólicos membrillos alineados a lo largo del cerco dan un adecuado marco a un portón de hierro que cierra la quinta: es una sola hoja, de forma simple, traída quién sabe de dónde, que con sus barrotes de dos metros y unas proporciones armónicas y tal vez intuitivas le dan a ese espacio una calidez apagada, algo triste en los ocre y dorados de óxidos de metal gastados y hojas marchitas, trayendo una tenaz reminiscencia de cementerio de campaña o de entrada de servicio mustia y agónica de casa quinta del Prado. Y a continuación de los membrillos se yergue una joyita que se roba la atención y la simpatía en ese mar de desolación: se trata de una vieja garita en desuso, que se mantiene aislada y distinta, como envanecida del notable y coqueto buen gusto con que la hicieron, con su pequeño terraplén cuadrado que la levanta cosa de un metro, con sus cinco o seis escalones de acceso, con sus muretes dobles de defensa que dejan espacio a una increíble jardinera, toda en ladrillo, como lo es totalmente en ladrillo ella, una juguetona atalaya cilíndrica, con sus cuatro troneritas, su techito cónico de tejas españolas y encima, como un morrión, su espigueta de adorno. Parece cosa de broma, de cuando las cosas eran distintas y las garitas estaban porque así correspondía, porque, digamos, quedaban bien. Y ha restado como un recuerdo, o más bien como una cosita dejada y olvidada, ya sin sentido, un poco mutilada y desangrada por la construcción de la viga de base del alambrado que le cercenó parte del terraplén y dejó las absurdas jardineras tronchadas como dos muñones: casi patética con su gracia lastimada en este duro mundo de hoy."

Y en este duro mundo de hoy acaba de ocurrir algo que parece cosa de locos. Hace algunos días los reclusos tuvimos que contestar una encuesta sobre nuestras artes y oficios. Entusiasmado porque pensé que ello era previo a nuestro pasaje al Penal y que allí íbamos a tener múltiples oportunidades laborales (después de todo, rehabilitación por el trabajo de encallecidos delincuentes como nosotros), razoné que el de periodista no era un oficio que tuviera mucha demanda en el Penal y, recordando mis viejos devaneos arquitectónicos, puse “dibujante técnico”. Que queda espléndido. Pues bien: unos días después vino el sargento y me condujo al despacho del capitán. Es el mismo que hace un tiempo nos mandó una perorata aleccionadora, plagada de invocaciones a la patria, al mundo libre y al orden y coronada por un apóstrofe terrible: dijo que nosotros éramos “un blasón para la patria”. Una vez ante él, muy ufano, me ordenó que hiciera un plano del espacio que queda entre la calle Santín Carlos Rossi y las baterías. Well. Hete aquí que de repugnante blasón de la patria me he convertido en Agrimensor Asimilado de la Unidad de Artillería N° 1 del Ejército Nacional.

Esto dio motivo a múltiples disquisiciones entre nosotros: finalmente llegamos a la conclusión que lo que les interesa es una misteriosa construcción que hay al lado de la cancha de fútbol y que sería la santabárbara. Estoy pues haciendo el relevamiento del arsenal del cuartel, bello destino para un tirabombas; voy y vengo con los soldados, contando las baldosas de la batería, vichando si la cancha tiene dimensiones normales y todo sin una infeliz cinta métrica.

Pero lo singular es el cambio de actitud de los soldados: me empiezan a tratar con respeto, casi como a un oficial, soy un tipo que sabe hacer un plano. Y por extensión el cambio se extiende como una mancha de aceite a todos los presos. Un milico nos confidencia meditabundo que no pueden ir muy bien los asuntos en nuestro país cuando los que sabemos hacer cosas estamos presos. Bueno: hemos pasado a ser personas.

12

La Universidad venía remoloneando con el tema de una Ley Orgánica desde el Claustro de 1942 y más concretamente desde el de 1952-1953. Cuestiones como si se mantenían los reclamos de 1934, en que se pretendió englobar dentro de la Universidad todos los

organismos culturales, desde Secundaria hasta el Sodre, y la paridad o no de los órdenes dentro de los órganos de gobierno, frenaban el acuerdo. Con la elección de Mario Cassinoni como Rector en 1956, el tema tomó impulso y se empezó a trabajar sobre textos concretos.

Realmente la FEUU no estaba en el asunto. Su preocupación se orientaba hacia la guerra de Argelia y la visita de André Malraux a Uruguay o el dominio del clan Giannattasio sobre la Facultad de Ingeniería. La Ley Orgánica era monopolio de la Comisión de Asuntos Universitarios, de compañeros como “el gallego” Pérez y los hermanos Carlevaro, o, en todo caso, del puñado que se nucleaba en la revista *Tribuna Universitaria*. Ellos, finalmente, transaron con los jefes de los grados 5 en el Claustro, Sayagués Laso y Eduardo Jiménez de Aréchaga —el Ministro del Interior en 1968— y así se llegó a un acuerdo unánime.

El año 1957 se fue yendo y viniendo el proyecto entre el Claustro y el Consejo Directivo Central (CDC) y finalmente éste lo aprobó; de ahí pasó al Ministerio de Instrucción Pública con suerte aleatoria y finalmente aterrizó en el Parlamento el 14 de junio de 1958.

La situación era dilemática por tratarse de un año electoral: era claro que si la aprobación no se lograba ese año, quedaría para las calendas, o calandrias, griegas. Los diputados tomaron el asunto con calma y suficiencia y la FEUU consideró que era hora de apretar el pedal.

Se comenzó con algún acto callejero y se comprobó que eran anémicos pues la masa estudiantil no comprendía la necesidad de una Ley Orgánica. Una noche, una manifestación tenía permiso para llegar hasta Andes. La rebasamos, dimos vuelta a la Plaza Independencia y nos estacionamos frente a la Casa de Gobierno. Estaba cerrada, oscura y sin custodia, excepto un solitario varita en 18 de Julio y Andes. En realidad sabíamos que la Republicana estaba emboscada Liniers abajo. Comenzamos, con dedicación y esmero, a apedrear la Casa de Gobierno: cinco minutos, diez minutos y nada; desalentados, numerosos estudiantes regresaban a 18 cuando por Liniers aparecieron las vanguardias policiales: dos minutos más de nervio del coronel Alberto Mussio y nada hubiera pasado (¿no hubiera habido Ley Orgánica?). El apaleamiento fue concienzudo. Al día siguiente las asambleas de las facultades hervían.

El Comité de Movilización de la FEUU decidió efectuar otra movilización, ésta sin incidentes. Fue multitudinaria. Ahí comenzó, en realidad, la lucha por la Ley Orgánica, por “una universidad popular” como se la bautizó con eficaz hallazgo publicitario y poca rigurosa expectativa.

En la Comisión de Administración y Legislación de Diputados, Elsa Fernández de Borges y Huáscar Parrallada, ineptos representantes que alcanzaron la inmortalidad por su torpeza, insistían en hacer un buñuelo con el proyecto, pontificando sobre los fueros del Parlamento y espantados ante el espectro de una Universidad dominada por los estudiantes eternos. A Luis Batlle Berres y a su ministro Glauco Segovia la situación se les escapaba de las manos a tres meses de las elecciones. Hubo otro apaleo frente a la Universidad y la FEUU decidió ocuparla.

Mientras tanto, con similar estrategia preelectoral, el movimiento obrero había lanzado una ofensiva para obtener una ley de Seguro de Paro, el Salario por Maternidad y cambios en la Ley de Despidos, y el SUNCA en particular reclamó la Ley de Chamsec para los obreros de la construcción.

Un sábado de mañana comenzaron a confluír a la explanada de la Universidad estudiantes liceales a expresar su solidaridad con los ocupantes: con mezcla de euforia y espanto vimos cómo la policía se lanzaba con saña a apalear a los chiquillines. Esto obró como un revulsivo en el país. De noche salíamos de la Universidad a tirar bombas de alquitrán contra las casas de doña Elsa F. de Borges y de algunos profesionales que, contra la posición de sus representantes en el Claustro, habían accedido a concurrir al Parlamento a atacar el proyecto universitario. Los diputados se rasgaban las vestiduras. Zelmar Michelini, uno de los “jóvenes turcos” de la 15 y antiguo Secretario General de la FEUU, tuvo la sensatez de comenzar a mediar.

Se formó el Plenario de la Cultura y el Pueblo Trabajador. El 8 de octubre una enorme manifestación obrero-estudiantil arrancó de la explanada universitaria hacia el Palacio Legislativo. Yo, que a esa altura era Secretario General del CEDA, hablé en el acto inicial en nombre de los ocupantes: aunque, como es habitual, nadie me escuchaba, era consciente que estaba haciendo historia, se concretaba en los hechos la manida consigna “obreros y estudiantes, unidos y adelante”. Teníamos al gobierno contra las cuerdas. El 14 de octubre se repitió. El 15 de octubre se aprobaron la Ley Orgánica y la Ley de Seguro de Paro.

Fue una expresión tardía de cordura por parte del gobierno. El 30 de noviembre fueron las elecciones y en ellas, aplastantemente, terminaron noventa años de gobierno del Partido Colorado.

¿Qué había pasado? Sigilosa, la crisis económica había llegado a Uruguay y había empezado a hacer mella en la gente. El modelo económico bienintencionado de sustitución de importaciones, hoy lo sabemos, entraba en una crisis terminal. Había malestar contra

el gobierno; en las manifestaciones el grito injusto de "Luis Batlle es un ladrón" era el más coreado. En ese caldo de cultivo, la rebelión del agro protagonizada por la Liga de Acción Ruralista que lideró Chicotazo y que se alió con Herrera fue decisiva en el interior. Y actuó la lucha por la Ley Orgánica: los apaleamientos policiales contra los estudiantes universitarios y sobre todo los liceales fueron un factor desequilibrante para que numerosos sectores de las clases medias se decidieran a cruzar el Rubicón. De ahí en adelante, para bien y para mal, el Uruguay fue otro.

No así la Universidad. Lo de la Universidad popular era un imposible, los más politizados lo sabíamos: era impensable una universidad popular en un entorno capitalista. Pero más allá de eso, tampoco hubo cambios sustanciales. El rectorado de Cassinoni culminó con una apreciable cantidad de iniciativas aprobadas. Yo fui presidente del Claustro de Arquitectura. Pero hubo una incompreensión general de lo que significó la Ley: se la creyó punto de partida cuando solo había sido punto de llegada, de cierre de la época comenzada con el movimiento de reforma universitaria, del Grito de Córdoba de 1918, que había tenido sus prólogos en nuestro país.

Años después lo entendió Oscar Maggiolo cuando impulsó desde su Rectorado un plan de reforma audaz. Pero la conmixti3n de los intereses creados, al decir de Jacinto Benavente, con la ceguera de las izquierdas que lo tildaron de plan imperialista, lo trancó. No hubo tiempo para discutirlo a fondo. Era 1968 y, nuevamente y con raz3n, el movimiento estudiantil estaba en otra cosa.

13

Conmoci3n: cambio de mando en el cuartel. Se fue Escala, hijo de puta, entr3 un tal Vinicius que supongo que nada tiene que ver con el brasileño. Dicen que es del Goyo Álvarez y que hay un nuevo coronel en el Regional. ¿Cambio en la correlaci3n de fuerzas? Lo cierto es que la mayoría anda con viento en la camiseta. Yo digo que ver para creer: ya me estoy cansando de embalajes boludos.

Y como algo debe cambiar, algo tangible en qué agarrarse, tenemos otro trabajo: vamos a hacer un nuevo picadero. Ya tienen dos, y aunque no disponen de campo de maniobras y para hacerlas tienen que movilizarse hasta el 5° de Artillería, van a construir otro para los cuatro oficiales locos que hay, como si fueran de Caballería y no de Artillería. Vaya con el cambio.

Pero alguna utilidad tiene la obra: entrever algo de la extraña lógica, si así puede llamarse, militar. Estamos metiendo pico y pala y al lado nuestro, en otro picadero, están los oficialitos, los alféreces empeñados en aprender a cabalgar. Patriótico intento, lástima que son unos troncos: cualquiera se da cuenta, aunque más no sea de haber visto películas de cowboys. Esto no tendría nada de particular, pero sí lo tiene que el maestro sea un sargento que a los alumnos los caga a gritos y puteadas. Es el estilo. Y ni bien termina la sesión, el mandón insolente se torna un manso obsecuente presto a cuadrarse y decir sí, señor, a cualquier guarangada de los alféreces, sus alumnos. Singulares bichos, los milicos.

"9/3/78. Querida Adriana: (...) Esta vez opté, por propia iniciativa, por quedarme aislado, al fondo del talud en construcción. De tanto en tanto, llegaban los compañeros con el trailer en que traen la tierra y me correspondía la descarga; en los lapsos, debía tratar de obtener una forma regular y simétrica del relleno. Y allí estaba yo, con mi pala y mi pico, sin nadie en cuarenta metros a la redonda, disfrutando del aire y del sol, saboreando la soledad, absorbido a la par por el trabajo monótono y mis pensamientos versátiles. Sabes, Adria, aunque parezca paradójal, hay momentos en la vida de un preso en que se siente la falta de aislamiento, se ansía un poco de la intimidad que has dejado de tener en todos y cada uno de los pequeños actos que van llenando las 24 horas que tú vas construyendo siempre en compañía y siempre bajo la mirada de otros, sin excepción alguna; momentos, en fin, en que al menos pueda uno recluirse en su mente como un topo en su madriguera, para poder estar consigo mismo, y buscarse, y mirarse, y reconocerse; o no. Así que me dediqué a sudar, soñar y pensar. Detrás mío, unos magníficos eucaliptos de hasta 30 metros; a la izquierda, el caserío informe y multicolor y la masa del Cerro; al frente, mi picadero, luego la calle de poco tráfico, en la que se adivina alguna caminante que se espera joven, y a media mañana, el naranja vivo de los recolectores que van hacia las canteras; a mi derecha, el otro picadero y más allá la quinta y luego todavía el cuartel; en ese cuadro, desdibujadas, algunas siluetas de presos y soldados. En el centro, yo. Pensando en todo y en nada. Pensando en que por la tarde pueda escribirte, como efectivamente sucedió."

No, no, con Vinicius hay un cambio, en serio, pa' los contras. Hoy, día 5 de abril de 1978, nos han comunicado que permitirán la entrada de libros. Quedamos extasiados, anonadados. Dejamos el juego de los entes y pensamos, discutimos el significado que tendrá esto: un cambio en los equilibrios de fuerzas en el Ejército, el mayor

peso del Goyo en la interna militar, a lo mejor una apertura democrática, a lo mejor un acuerdo que se está negociando reservadamente, a lo mejor... A lo mejor.

Llegan los libros. Pedí a mi mujer *La montaña mágica*, de Thomas Mann, una novela sobre un tipo que también vive en clausura en un sanatorio para tuberculosos en los Alpes, una novela también sobre el tiempo. Al principio, cuando me lo entregan, lo acaricio, lo hojeo, leo todo lo que no importa, el título, la editorial, la fecha de edición, pienso en los años que llevo sin tener un libro en las manos, observo a los compañeros, también ellos absortos, en una actitud religiosa ante el prodigio que tienen en sus manos, no sé por qué me acuerdo del Arcipreste de Hugo en *Nuestra Señora de París* cuando con un folio en la mano y mirando hacia la Catedral musita “esto matará a aquello”, y me pongo a leer las desventuras de Hans Castorp.

Leo todo, lo devoro todo, porque los libros se van pasando de mano en mano. Fastidia cuando toca salir para la quinta o el picadero, fastidia sobre todo cuando hay que parar de leer para dormir.

“27/4/78. Querida Adriana: (...) Una vez más, nos encontramos con nuestro viejo conocido, el tiempo. Sucede ahora que el tiempo ya no es más un obstáculo tangible, enorme, interpuesto entre el presente estático y la libertad soñada, obstáculo que hay que ir desgastando por la aplicación de una voluntad alerta tendida hacia ese objetivo, sino que se ha vuelto –por lo menos en estos días de lectura recorrida– en un ente inaprensible, casi deleznable. Al principio, la reacción tiende a expresarse contra ese ente llamado jornada, excesivamente breve por su rigidez que obstaculiza hundirse glotonamente en los libros. Pero el péndulo va y viene, la báscula tiende a equilibrarse y he estado pensando en estos días que el problema tiene sus complejidades, ocultas en un principio. Porque si el tiempo en tanto arco en el espacio se ha mantenido y en tanto vivencia subjetiva se ha empequeñecido, en tanto continente de nuestras experiencias vitales sigue galopando enloquecido, pasando las semanas y los meses en un pestañear porque al final de cuentas, tras de uno, no se encuentra sino la monotonía, la identidad, la nada. Paradoja que, razonablemente, vacuna contra el confortamiento. Ahora, entonces, hay que cultivar la intranquilidad. Besos. Tito.”

Leo todo, mezclando perlas con bazofia, obras maestras con best sellers, Thomas Mann con *Recuerdos del futuro*. Leo el Papa Verde de Miguel Ángel Asturias, *La rama dorada* de James Frazer, la *Ilíada*, *Los cachorros* de Mario Vargas Llosa, *Banco* de Henri Charrier, *La*

suerte está echada y *El engranaje* de Jean Paul Sartre, *El triángulo de las Bermudas* de Charles Berlitz, *Barrabás* de Pär Lagerkvist, *Los premios* de Julio Cortázar, *Primera sangre* de David Morrel y hasta *Arlequín* de Morris West. Etcétera.

Abrumo a mi santa mujer con crítica literaria. Como si ya no tuviera que aguantar bastante, debe soportar que yo escriba retórico, suficiente:

"2/8/78. Querida Adriana: (...) Salteo por ahora un par de títulos prescindibles para intentar transmitirme mi sensación maravillada tras haber navegado por dos veces en forma continua, a través de esa genial enormidad que es Absalón, Absalón de William Faulkner. Debe ser la más espléndida novela que he leído en mi vida; potente, profunda, innovadora, perfecta, es una tragedia que resultaría abrumadora si el lector no fuera compensado por el placer que causa su exquisitez estilística. Tal como lo mejor de la obra del autor, está ambientada en el sur de los Estados Unidos, un mundo sombrío, aplastante, desquiciador, negro-blanco, cauterizado a fuego por los epílogos de la guerra secesionista. La trama, que describe la apocalíptica ruina de una familia creada por un personaje granítico que se precipita atónito hacia una destrucción final cuya razón le será hasta el final inexplicable, se despliega a través de actores y espectadores de primer o segundo protagonismo, que se suceden transmitiendo una ilación casi cronológica de los sucesos, pero a la par iluminando, ampliando, corrigiendo, discutiendo a cada paso lo entrevisto, hasta explotar en las últimas páginas con la raíz oculta, el elemento clave sobre el cual ha estado girando, sin saberlo los personajes, sin saberlo el lector, todo el drama, pero mostrando al revelarse, lo lógico, ineluctable, imprescindible de que así fuera..."

Y así sigo a través de cuarenta líneas. Pobre Adriana.

14

En octubre de 1956 se había creado la FAU (Federación Anarquista Uruguaya), cuyo impulsor y principal dirigente fue Gerardo Gatti. Sus grupos constitutivos fueron Juventudes Libertarias, los anarquistas del Ateneo Libre Cerro-La Teja, orientado por Rubens Barcos, y la gente que se nucleaba en torno al periódico *Voluntad*. Además, se formaron agrupaciones barriales como Centro y La Unión y gremiales como en FUNSA. Tuvo alguna actividad modesta, pero interesante, como ciclos de conferencias, en los cuales se procura-

ba olvidar a Bakunin y Eliseo Reclus y actualizar la teoría. También amagó conectar a los anarquistas que actuaban sindicalmente.

Bien necesario era esto, porque respecto al movimiento pro central única los anarquistas tenían todas las posiciones posibles. También sucedía esto en la FEUU; en ésta se había creado una tradición de hecho por la que el Secretario de Asuntos Sindicales era anarquista; últimamente lo había sido Alfredo Errandonea, muy anticomunista y por ende extremadamente frío respecto a la Central, y le había sucedido Álvaro Coirolo, "errandoneísta" cien por ciento. Aunque en enero de 1959 sucedió algo llamativo: se produjo un contencioso laboral en el puerto, entre el SUNTM, ugetista, y el Sindicato del Cabotaje, de la USOP, y fue designado un tribunal sindical de alzada. A él se integró la FEUU y por ende Coirolo, el que extrañamente falló en favor del SUNTM. A las pocas semanas yo asumí la Secretaría y ¡Coirolo se afilió al Partido Comunista! (Más adelante nos encontraremos de nuevo con este personaje, arrojando luz sobre este episodio.)

Por lo tanto, participé en la Asamblea Consultiva sobre Central Única que se formalizó en mayo de 1959. Fue una manifestación vigorosa, aunque faltaron algunos sindicatos importantes; de ahí arrancó el proceso que luego va a culminar con la formación de la CNT.

Hubo facilidad en alcanzar acuerdos sobre los temas programáticos, pero surgieron tres escollos: si la Central se afiliaría a la FSM (Federación Sindical Mundial), si la militancia sindical y la política eran compatibles y si habría dirigentes rentados. Los ugetistas naturalmente respondían que sí a las tres cuestiones y en su mayoría los autónomos que no. Hoy aparenta que estos tres asuntos eran relativamente menores, pero en aquellos tiempos se discutían arduamente pues se entendían de principios. Debatíéndolos se fueron las dos asambleas que debieron hacerse en 1959 y tres de las cuatro sesiones que llevó el Congreso Constituyente. En junio de 1961 se selló el acuerdo y nació la Central de Trabajadores del Uruguay (sin la N, en honor a los sindicatos renuentes). La FEUU pasó al estatus de organismo fraternal.

La verdad es que en ese año fui más un vocero de la FAU que de la FEUU y coordinaba más con León Duarte que con mis mandantes. Duarte y yo, y por supuesto Gatti, coincidíamos en todo, siendo decididos partidarios del proceso unificador frente a la renuencia de buena parte de los demás miembros de la FAU. Incluso redacté un proyecto de Estatutos de la Central, que presentó el Sindicato de FUNSA, el cual no tuvo ninguna suerte y de cuya ridiculez me di

cuenta poco después: era un artilugio de relojería precioso, pero totalmente alejado de la realidad sindical uruguaya.

Cuando se formó la Central ya no era Secretario de Relaciones Sindicales ni era estudiante. Había plantado: la arquitectura uruguaya no sufrió por ello una dura pérdida. En cambio, la FAU ganó un Secretario de Organización.

¿Secretario de Organización de los anarquistas? ¿No había en ello una insita contradicción? Tal vez sí. Llevado por mi desgraciado gusto por los organigramas, proyecté una red de comisiones centrales que molestó a muchos porque, entre vapores de azufre, entrevieron en ello las luces luciferinas de un Estado en pequeño. Y cuando agregué una comisión de Coordinación Sindical se confirmaron las agorerías: era el aparato interfiriendo en la libre determinación de los sindicatos. Escándalo. El Plenario lo aprobó pero muchos integrantes se borraron de filas. Luego quise introducir un rasgo de racionalidad en la cotización: los integrantes aportábamos según nuestro gusto y paladar y algunos nada: proyecté un esquema de cotización graduada y obligatoria que el Plenario aprobó, pero a costa que se desgajaran otros, indignados porque así se estaba violando la libertad individual. Es a esa altura que empezaron a endilgarme el remoque de anarco-leninista. Pero Gatti estaba detrás, apoyándome.

A mediados de 1961 se llegó al colmo al consolidarse el núcleo de dirección como una fracción. Hechos externos lo precipitaron: fue por Cuba, a la que veníamos apoyando. Después de Bahía de Cochinos y de proclamado el carácter socialista de la Revolución empezamos a recibir una correspondencia terrorífica: la Asociación Libertaria Cubana se quejaba amargamente, no de la invasión, sino de que los ingratos yanquis no les habían notificado previamente de modo de poder así ayudar a la gusanería. La secuestramos –actitud muy autoritaria por cierto– para no dar aliento a quienes ya recelaban de la Revolución Cubana y a partir de ese momento empezamos a actuar en forma fraccional: Gerardo Gatti, su hermano Mauricio, León Duarte, el cerrense Juan Carlos Mechoso, Maciel, yo.

Pero Fidel Castro no tuvo compasión por nosotros y se declaró marxista-leninista. La discusión se tornó inevitable y hubo que allanarse a ello. Duró días. Al final se aprobó por mayoría una resolución lavada por la que seguíamos apoyando a la Revolución pero no a Fidel y su declaración que, sosteníamos, solo a él comprometía. Igualmente muchos se fueron de la FAU; la desertión abarcó a Barcos, los hermanos Jorge y Alfredo Errandonea y su grupo de Bellas Artes, Luce Fabbri, la gente de la Comunidad del Sur, la Agrupación Centro y otros muchos.

¿Qué hacer? La fracción de dirección resolvió abrir un debate interno ante el hecho incuestionable que seguíamos al frente de la organización pero que cada decisión que se tomaba significaba una sangría.

Esta vez la discusión duró semanas. Incluso en una ocasión viajamos a Buenos Aires –en medio de un golpe azul, para variar– a fin de cambiar pareceres con cofrades que se debatían en similares dilemas. Un primer acuerdo fue que no éramos más anarquistas: el anarquismo era una antigualla, bello como esquema de una sociedad ideal pero ineficaz e impracticable como teoría de acción política. En segundo lugar, no éramos más terceristas: admitíamos que en el mundo, como había demostrado Cuba, había solo dos campos, el de la revolución y el de la contrarrevolución, y estábamos con el primero, por más barbaridades que en él ocurrieran: como, en otro contexto histórico, ya había pasado con la Revolución Francesa y su período del Terror, nos dijimos.

Pero, ¿esto qué implicaba? ¿Volver a Kropotkin, en 1920, y a su línea de oposición constructiva? ¿Asemejarnos a los trotskistas, con los que no queríamos tener nada que ver? Gatti insistía en conservar la FAU como un capital político nada desdeñable, no tanto por su crítico presente sino por su pasado memorable. Acercarnos al Partido Socialista y a Enrique Erro, cuya Unión Nacional y Popular se preanunciaba, ni nos lo planteamos: rechazábamos de plano su posición reformista y crecientemente nacionalista. El problema que teníamos era que no nos resignábamos a convertirnos en un grupúsculo, queríamos tener incidencia real.

Todos habíamos leído ligeramente algo de Marx y mucho, y no ligeramente, de Lenin. Nos impresionaba la rigurosidad de su pensamiento y la férrea posición revolucionaria que transmitían sus libros y, sobre todo, la determinación con que su vida y su obra tendían hacia su objetivo. Pero no éramos ideológicamente marxistas y mucho menos marxistas-leninistas al uso de los partidos comunistas. Sin embargo, en aras de discutirlo todo, tanteamos el problema: en otras palabras, el PCU.

Pensábamos que, históricamente hablando, no teníamos mucho tiempo. Varias razones abonaban la urgencia: estaba Cuba, cuyo ejemplo iba a cundir, que llamaba a la acción, que nos decía que la revolución en América Latina, si necesaria, también era posible. La situación en Uruguay se tensaba: habían aparecido bandas fascistas. La URSS de Nikita Jruschov ya no era la de Stalin. Y acá estaba Arismendi, que había adecentado al Partido Comunista: en enero había publicado su libro *Problemas de la Revolución Continental* en

donde el tema del programa de la revolución en América Latina parecía haber hallado una respuesta definitiva, así como otros, tales como el rol de la burguesía en el proceso liberador o el papel de las personalidades en la historia.

La discusión terminó cuando Gatti me dijo: "Me podrás convencer racionalmente, pero jamás me podrás convencer visceralmente". Él seguiría adelante, con esas vagas conversaciones que habíamos iniciado con Washington Rodríguez Beletti, del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), con gente como Carlos María Gutiérrez y otros. En la línea que, tiempo después, lo llevaría a aproximarse, sin suerte, a Raúl Sendic.

Yo me fui.

15

Hoy es 1° de Mayo: decidimos no salir a trabajar. No les va a gustar, ni un poquito. Pero, ¿acaso el trabajo no es voluntario? ¿Acaso los feriados trabajamos? Pensamos: toda la vida respetamos el 1° de Mayo. Es cierto que estamos en la boca del lobo, ¿y qué? ¿Acaso en los orígenes al movimiento obrero le fue fácil? Día de fiesta no, día de lucha, de protesta. ¿Acaso ahora, en la dictadura, es fácil? No: y siempre se hizo algo, siempre se dijo estamos presentes, no han logrado domarnos, siempre mostramos que por más represión que haya nosotros, la gente, la clase obrera, no nos rendimos. Hoy mismo, afuera, pese a los golpes recibidos, los compañeros harán algo. Y nosotros no podemos fallar.

Viene el cabo, es Tarugo, un tarado. Pide los voluntarios para la quinta y el picadero: nadie se levanta. Insiste. Nadie. Nos mira con incompreensión, con asombro. Hacemos como si no pasara nada, como si eso fuera la cosa más natural del mundo. El Tarugo queda pasmado: esto lo supera. Se va. Nos miramos con expectación. Vuelve con Vitrola, el sargento, no mal tipo. Nos dice, seco: ¿van a salir a trabajar? Silencio total. Se va.

Nos miramos: ahora va a venir la cosa, a aguantar. Los soldados se han levantado de las sillas y nos observan alertas. Tensión. Se cuadran: es que viene el comando en pleno, el teniente coronel, los capitanes. Al diablo. El sargento nos dice: a formar. Al diablo. Nos distribuimos en dos filas. El teniente coronel nos dice: han pedido gente para trabajar; el que esté dispuesto, un paso al frente. Eso es fácil; nadie se mueve, después de todo es más sencillo no darlo que darlo. Vinicius, cortante, nos dice: están en una unidad militar y

una actitud colectiva de este tipo no la puedo permitir; tienen diez minutos para pensarlo, si insisten, se suspenderán las visitas y las cartas y se retirarán los libros. Al diablo. Y se va, con sus adláteres detrás. A disolverse, dice el sargento.

Nos reunimos para deliberar: Rosario Pietrarola, Pedro Toledo y yo: Gerardo Cuesta ya ha salido para el Penal. ¿Qué hacer? Vinicius ha jugado fuerte: las visitas, los libros; no lo dijo, pero de cajón que tampoco nos sacarán a trabajar. Ha estado hábil. Escala nos hubiera sancionado y ya: se aguantaría, fuese lo que fuese, y en última instancia no se hubiera salido con la suya, hubiéramos ganado. Pero Vinicius nos ha pasado la pelota a nosotros, nos ha dado tiempo para discutir, de hecho nos ha autorizado a resolver colectivamente, en asamblea, dentro del cuartel. Los compañeros están pendientes, callados, en suspenso. Cavilamos, las visitas, los libros; los primeros días habrá solidez, hasta euforia; la quedamos, pero por una medida de lucha y, mientras dure la sanción, es como si la siguiéramos. Pero, a medida que pasen los días, ¿qué sucederá con la moral de la gente? Empezarán a preguntarse si valió la pena: de nuevo todo el día sin hacer nada; asomará, callado, el encono: total el incordio está cerrado entre nosotros, nosotros los presos y los soldados, es cocinarnos en nuestra propia salsa, nadie va a enterarse. Y las familias, ¿qué horrores van a imaginar acerca de lo que está pasando aquí dentro?

Nos decidimos: saldremos, y así lo planteamos al colectivo. La mayoría aprueba en silencio: todos somos del Partido, excepto dos de la ROE; uno de ellos, el Panza, un pibe, manifiesta su desacuerdo, el otro, Acosta, de FUNSA, dice que aunque no le guste, acepta lo que decida el Partido. Formamos los grupos y salimos cabizbajos. A las dos horas, orden de volver. Es un gesto: nosotros nos portamos bien, fuimos buenos reclusos, nos doblamos disciplinados, ellos han restablecido la autoridad y una vez que eso no está en discusión, nos premian, admiten que el 1° de Mayo no es un día cualquiera.

Igual queda un sabor amargo en la boca. Los días van pasando, todos iguales; nos seguimos preguntando, sin decirlo, si cuando decidimos el paro estuvimos bien, cómo no previmos la movida inteligente del comando.

Pero viene el Mundial de Fútbol de Argentina. Sorpresa: aparece un televisor. Parece que la solicitud la ha hecho la guardia que no quiere perderse un partido y el comando lo autorizó. Fiesta, algarbía; nos permiten agruparnos: sentados en el suelo frente al televisor vemos el partido inicial de Argentina y Hungría. Nos olvidamos de todo, organizamos un toto-calcio, nos apasionamos. ¿Argentina, Alemania, Holanda? En Argentina está la dictadura, además los

porteños son unos babosos: claro que no hay que olvidar que son latinoamericanos. Se discute con encarnizamiento.

El sábado debuta Holanda frente a Irán: hey, ¿qué pasa? Sentados en las cuchetas, detrás de los placares, vemos desfilar los dos cuernitos de la antena del televisor. Se lo llevan: quedamos mohínos, los presos y la guardia. Maldito sea; calientes, los soldados nos informan que ha sido el capitán, cretino, hijo de mil putas, que le ha ganado la pulseada a Vinicius.

Hoy es la final. Pero la rutina militar no se detiene y mañana se reabre el Casino de Oficiales que con mucho aparato ha sido remodelado, incluso con la participación de dos compañeros de la construcción. Y como van a venir los viejos hay un gran revuelo. Lluve a baldes, a torrentes, y ahí estamos nosotros, enfundados en los capotes impermeables que nos han suministrado, colocando tepes de pasto en los alrededores del Casino. El agua nos empapa la cabeza y se nos escurre por el cuello y lo que estamos haciendo es una cagada. En un mar de barro tiramos los tepes como quien tira mierda al río, los pisamos, los aplastamos, y ellos se deshacen como eso, como mierda. Los que nos vigilan, refugiados bajo un alero, escuchan clandestinos la radio que transmite la final Argentina-Holanda. Chapoteamos, escuchamos también el partido, llueve, llueve, va ganando Argentina, los holandeses se les vienen al humo a los argentinos que se defienden como pueden, nos agrupamos todos alrededor del soldado que tiene la radio, faltan cinco minutos, tres, uno, y maldito sea, no puede ser, la última jugada, la última, un tiro de los holandeses pegó en el palo, en el palo. Si es de no creer. Ganó Argentina. Perdí, salí segundo, yo me había jugado por Holanda.

Vuelvo al picadero: "6/7/78. Querida Adriana: (...) Las barras del día se asomaban con su rosado algo tonto entre el follaje de la arboleda del vivero municipal; a lo lejos, la falda del Cerro no alcanzaba aún su rotundidad, apareciendo agrisada y lechosa como en un paisaje de Seraut; el césped, en cambio, se descomponía en un infinito de luciérnagas parpadeantes, un rocío apretado que quería pero no podía aún convertirse en helada, y que a la espera de su agonía permanecía cubriendo el campo con un manto iridiscente; tú llegabas, frotándote las manos sin convicción, porque en realidad ninguna necesidad tenías, tomabas un pico y entre raleados comentarios, te encaminabas hacia tu lugar de trabajo, respetuosamente, como el no creyente que entra en una iglesia e imprevistamente, sin nada que lo haya anticipado, se siente abordado por una escenografía no por manida menos eficaz, que lo arrastra a sensaciones oscuramente emotivas. Era entonces que sucedía, siempre sucedía: a lo lejos emergían por esa carretera vacía e inhóspita que dice ser calle dos

figuras borrosas que lentamente se iban precisando, mientras venían hacia ti como si no vinieran, como si en su movimiento siempre estuvieran quietas, y primero adivinabas y luego veías dos siluetas de mujer, una ya vieja cargando bultos, otra joven con un niño en brazos, y venían y venían, siempre grises y siempre lentas, como en un sueño (Adria: ¿te has detenido alguna vez a mirar cómo se camina en un camino, cuando el punto de partida quedó tan atrás que parece olvidado y el punto de llegada está tan lejano que se diría inalcanzable?); y llegaban y se alejaban, sin mirar, con ese andar pausado que parece resignado a no cesar nunca, con el tronco en esa postura tal vez erecta, tal vez quebrada, que descarga tu carga y la carga de tu destino sobre los ijares, sobre las caderas, para liberar una cintura molida, unos riñones rotos por ese andar incesante, por ese andar sin comienzo ni fin. Entonces comprendías que todo, el amanecer brumoso, las titilantes gotas de agua sobre el césped, los rayos de sol que entonces comenzaban a filtrarse entre los árboles, los caseríos que se desperezaban a lo lejos y tú mismo, con tu frío y con tu pico, estaban allí para que eso pudiera suceder, para que esa vieja, esa madre y ese niño, pudieran pasar por allí, caminando lenta y cansinamente un día y todos los días, en una escena siempre repetida y siempre renovada, eterna como las estrellas que en lo alto se iban borrando a su paso, por los siglos de los siglos. Comprendías que allí había algo indestructible, que todo estaba bien: levantabas el pico y comenzabas la jornada de trabajo.”

Todo tiene su fin: a una decena nos avisan que preparemos las cosas porque nos llevan al Penal. No queremos exagerar las manifestaciones de entusiasmo por consideración a los compañeros que se quedan, pero estamos felices: por fin se produjo, dejamos de ser unos parias olvidados, nos vamos al gran mundo, nos vamos a la república de la resistencia.

II

EL PENAL

Estoy abismado en lúgubres pensamientos cuando de repente un chorro de agua me sobresalta: por un agujerito en la pared está cayendo un borbotón dentro de la letrina que se abre abajo: en buena hora, porque ya hedía. Y a buena hora también porque el ruido viene a cortar el macizo silencio que plúmbeamente me aplasta.

Maldito sea. Y yo que me hacía tantas ilusiones respecto al Penal. Cuando bajamos del ropero, lo único bueno es que nos hicieron quitar la venda: y no nos la devolvieron, cosa que querrá decir que nunca más, por los siglos de los siglos amén.

Se la quedaron, claro que también se quedaron con otra cantidad de cosas que traía del cuartel: un gordo sargento, lacónico, nos hizo tirar todo en el suelo y fue seleccionando, esto pasa, esto no, como si trajéramos el ajuar de Elvis Presley. Y en cambio nos dio un mameluco gris que eligió a ojito.

Se paró el surtidor, volvió el silencio. Empiezo a evocar con cariño el cuartel. En los últimos tiempos se podía vivir: era lindo trabajar en la quinta y en el picadero, estaban los libros, había una rutina establecida, los guardias se comportaban decentemente. Rememoro también los feriados, el día de Santa Bárbara, los eventos cuarteros, cuando venían los viejos y en que nos servían un rancho especial. Sí, se podía vivir. ¿Qué me espera ahora? ¿Y hasta cuándo me tendrán con esta calabocada con que me han recibido?

Reviso una vez más el mameluco: está plagado de remiendos, quién sabe por cuánto tiempo lo usó el anterior. Y el tupa que lo tuvo sabía coser: observo las puntadas, cortitas, parejitas, un trabajo de primera. Qué silencio aplastante.

Vuelvo a examinar el cubículo. Dos metros y medio por tres, pero cortado a los dos tercios por un enrejado que va de pared a pared. Hormigón lustrado el piso, hormigón las paredes, hormigón el techo. Qué gentileza. Adelante de la letrina, un murete bajo; tal vez para preservar la intimidad si uno está haciendo sus necesidades y se asoma alguien por el visor: qué delicados, pensaron en todo. Arriba, pegado al techo, un ventanuco largo que deja pasar la luz pero por el que no se alcanza a ver absolutamente nada. Deprimente.

Pero por lo menos esto no se parece al período de incomunica-

ción del cuartel: eso sí que estuvo bravo; si dura poco se podrá bancar. Además los millicos, si bien secos como ladrillos, no te tocaron. Cuando esto termine, bueno, será como volver al mundo; en el cuartel ya quedábamos pocos, menos de treinta, y con los que ahora nos vinimos, restarán unos quince, como quien dice en familia, con todas las mañas conocidas, con todos los cuentos sabidos: medio aburrido. En cambio en el Penal debe haber como dos mil tipos. ¡Dos mil! Tupas y bolches. Es inagotable: simplemente en conversar con todos, pasarán años: y la cantidad de información que tendrán, en el cuartel entraba poca, a cuentagotas, y más que información eran bolazos, de los cuales era sano desconfiar.

Ruido en la puerta. La abren: hay dos tipos, uno de verde, uno de gris: un soldado, un preso. El preso me hace visajes de bienvenida, disimuladamente, deben ser años de práctica. Me traen la cena, es un guiso. Cuando se van, lo pruebo: diablos, es bueno, requetebueno, mucho mejor que el del cuartel. Lo devoro, reconciliado con el Penal.

¡Años de práctica! Porque debe ser un tupa, el número que llevaba en el mameluco era trescientos y pico. Me quedo pensando en lo que será año tras año aquí; es distinto al cuartel, sea el trato mejor o peor; en el cuartel uno está en tránsito, aunque pase el tiempo uno siempre está pendiente de la salida, en cambio en el Penal uno llegó para quedarse.

Sí, llegó para quedarse. Se terminó una etapa, empezó otra, casi como si uno dejara un hotel y arribara a su casa. Porque sí, ahora esto va a ser mi hogar: bueno, ¿dónde vive, señor?, pues en la ruta N° 1, mojón 301, a la izquierda. ¡Qué infinitamente lejano está el tiempo en que vivía en casa! La calidez del hogar, aunque me brindaba tan poco, siempre corriendo de acá para allá, siempre en el diario, era un refugio, acogedor, protector.

Hoy ya es tarde cuando vienen tres soldados y nos sacan en fila. Nos gruñen que no miremos para el costado, pero no pueden evitar que los ojos vayan y vengan. Estamos caminando hacia la mole del Penal. Llegamos: rejas. Entramos: más rejas. Un festival de rejas; un soldado gira una rueda, se corre con ruido tétrico otra reja, y allá vamos.

Subimos una escalera, entre rejas por supuesto. Llegamos. Otro soldado mueve otra rueda, otra reja se abre, pasamos. Estamos en el patio de una inmensa construcción, una cáscara, que nos envuelve hostil, gélida, silenciosa. A lo largo de los dos costados trepan cuatro angostas planchas, pasillos abiertos a lo largo de los cuales se suceden monótonamente una tras otra puertas macizas metálicas: detrás de ellas, guardados, archivados, uno adivina que

hay hombres, cada uno de ellos con sus pensamientos, con sus pesares y tal vez con sus esperanzas. Aunque esta construcción está destinada a destruir toda esperanza. “Acá se viene a cumplir” decía un enorme cartel a la entrada del celdario: “*Lasciate ogni speranza o voi che entrate*”, debería decir.

Formamos en fila. El sargento se dirige hacia nosotros y escuetamente nos endilga un discursete, en donde, por si no lo habíamos leído, nos vuelve a machacar que ahí estamos para cumplir, que de las reglas del Penal nos informarán nuestros compañeros y que tendremos que pegarnos en los mamelucos los números que nos va a informar y por los cuales pasaremos a ser reconocidos. Oigo: José Jorge Martínez, 2419. Well: primera y última vez que en el Penal oiré mi nombre, he pasado a ser simplemente un ente denominado recluso 2419.

Y por el número recién estrenado va llamando a los entes y en el mismo piso los va introduciendo en las celdas que se abren cautas y se cierran con bronco ruido, tragándose al compañero. Quedamos solo dos, Bossé y yo, y a los dos nos lleva hasta la última celda, la abre y nos introduce juntos.

Esperamos quietos, mirando lo que nos ha deparado nuestro destino. Cuando sentimos cerrar la puerta y correr el cerrojo, nos encaramos y espontáneamente nos damos un estrecho abrazo. Hemos llegado, por fin henos aquí.

2

El unitarismo había sido circunstancialmente esgrimido por los partidos comunistas de acuerdo a las directivas de la III Internacional que, en 1936, había suplantado la tacha de los partidos socialdemócratas como social-traidores e incluso social-fascistas de 1924, por melifluas propuestas amatorias que tuvieron aceptación episódica en Francia y en Chile. En la época, los timoratos intentos de unir a las fuerzas antiterroristas en Uruguay fueron cortados de cuajo con la reafirmación baldomirista de la ley de lemas que machimbró la unión bajo los lemas tradicionales de los sectores antagonicos.

Con la asunción de Arismendi como Secretario General del Partido Comunista, éste retomó el tema, pero cambiando el enfoque. Ya no era en la línea táctica del Frente Popular, limitado al establecimiento de acuerdos electorales, sino que alcanzó proyecciones es-

tratégicas. Partiendo de un análisis de la estructura de clases del país, se llegaba a la necesidad de acumular fuerzas hacia la conformación de un “frente democrático de liberación nacional”, antiimperialista y antioligárquico, que orquestara una vasta unión de la clase obrera con las capas medias, pequeños propietarios del agro, cooperativistas, etcétera, en torno a un carozo de organismos políticos con tal definición.

Presuponía ese encare que el arquitecto y orientador del conjunto sería el Partido Comunista y en la jerga interna se le llamó “la táctica de los tres círculos”.

Pero paralelamente Vivian Trias había sustituido a Emilio Frugoni en la jefatura ideológica del Partido Socialista que, alentado por la Agrupación Nuevas Bases y por el trotskista argentino Abelardo Ramos, reorientaba su accionar hacia posiciones populistas y nacionalistas. Y así, encandilados ante el hecho de que la 41 de Enrique Erro había sido la lista blanca más votada, pensaron que la alianza de ambas fuerzas rompería con el tradicional relegamiento elitista y testimonial de la izquierda uruguaya. Así nació la Unión Nacional y Popular (UP).

Tal proyecto era letal para el rival proyecto comunista. En momentos de descontento e inquietud política inéditos en el país, surgía una propuesta renovadora, con todo el potencial atractivo de ser abierta y desprejuiciada, pero que encubría el mantenimiento en un gueto de los comunistas, no ya sustentado en cerriles argumentos antitotalitarios, sino en la disculpa de que la presencia comunista significaría una pesada hipoteca que actuaría como techo de la potencial explosión electoral que se soñaba.

Resignado, el PCU resolvió dar la batalla y para ello se encaminó a armar un frente propio, conformado con los grupos que la vorágine cubana había aproximado a las posiciones comunistas.

Y para que la izquierda no tuviera dudas, su sigla fue FideL, Frente Izquierda de Liberación.

Nació el 15 de junio de 1962.

El previo proceso unitario del movimiento obrero había sido más avanzado. En él habían antagonizado y acordado fuerzas importantes, reales, de distintas vertientes. En el caso del FideL, el Partido Comunista pagaba un precio alto, en la forma concreta de bancas de diputados y ediles –harto escasas–, a grupos insignificantes electoralmente para poder presentar a la opinión pública el nacimiento de un conglomerado unitario. Lo catapultó con la fuerza, en crecimiento, de su militancia y su dinero y, por sobre todo, con la consecuencia política de su planteo estratégico: el nuevo frente organizó su militancia en comités, en su base y en su cúspide.

Esa fue mi vía de entrada. Yo estaba decidido a ingresar, pero no quería aparecer y decir: hola, aquí estoy. A su vez nadie podía conjeturar que estaba en disposición enrolable. Así que fui a algún acto electoral a aplaudir aprobatoria pero discretamente, como correspondía, a los oradores. Efectivamente, Igor Martínez me vio, carburró que algo raro estaba pasando y se me acercó a hablar como indiferente. Debe haberlo informado más arriba, alguien debe haber sellado el visado y a su debido tiempo me invitaron al Comité Universitario. Pero yo no quería tal cosa: había dejado de ser estudiante, era un simple militante político momentáneamente desocupado. No hubo caso, en todo caso conmigo se innovaría y se ampliaría el Comité dando cabida a los funcionarios.

Así pues, a fórceps, volví a ser, la gente lo suponía, estudiante.

Mis primeras reuniones fueron deprimentes. Se empezaban a discutir las líneas correspondientes al Comité Universitario que le estaban destinadas en las listas de la 1001 y, fuera del "colorado" Luis Echave, indiscutible N° 1, todos parecían moderada pero firmemente interesados en su lugar en la lista.

En tanto, se editó un folleto en donde yo compartí con Luis Pedro Bonavita el honor de declarar ante Dios y los hombres mis nuevas convicciones y lo reprodujo *El Popular*, por lo que cantidad de gente se creyó obligada a acercármese para felicitarme por mi auspicioso acceso a la verdad.

Tuve que esperar cuatro años para encontrarme en otra instancia preelectoral menos desagradable. Una comisión partidaria integró la lista como le plugo, la propuso al Comité Central, éste salvó la objeción de alguno que se resistía a pasar de dirigente sindical a diputado, la aprobó y punto.

En los días previos a las elecciones ya se empezó a ver cómo venía la mano y los dirigentes socialistas comenzaron a hacer urgidos llamados, no ya orientados a las grandes masas, sino a sus afiliados y simpatizantes para que votaran la 4190. A nadie le importaba la definición central, que la volvieron a ganar los blancos, sino que estábamos pendientes del pleito dentro de la izquierda: en la noche del gran día esperábamos expectantes los resultados en la sede central de la calle Mercedes y cuando se develó que el FideL superaba palmariamente a la UP hubo indecentes explosiones de entusiasmo.

Fue importante; pese a hechos posteriores, como la nueva frustración de 1966, o como las escisiones más recientes de la 99 y el PDC, desde entonces la unidad de las izquierdas quedó sólidamente anclada como un valor irreversible del imaginario político uruguayo. Claro que, excepto los propios interesados, nadie podía suponer

que también del descalabro de la UP nacerían como reacción los tupamaros.

En esos días había empezado a concurrir en nombre del Comité Universitario al Comité Ejecutivo del Frente. La situación era forzada por mi falta de representatividad pero nadie parecía apercebirse o preocuparse por ello. Ni los comunistas, que estaban acostumbrados a esas cosas, ni los aliados, que solo estaban atentos a fastidiar a Bonavita y los demás con sus arrestos egocéntricos, como lo habían estado en la integración de las listas. Yo particularmente encontraba al Movimiento Revolucionario Oriental (MRO), con excepción de Hugo Trímboli, absolutamente insoportable y tenía poca vocación para la diplomacia. En ese estado de ánimo estaba cuando, a mediados de enero de 1963, Walter Sanseviero me invitó a una reunión a realizarse en su casa. Allí, derechamente, me invitó a afiliarme al Partido.

Sanseviero era un hombre con el cual antaño me había enfrentado un par de veces en mesas redondas y me parecía capaz. Y capaz tiene que haber sido para suponer que en pocos meses yo estaba en disposición de pasar del anarquismo al comunismo: o tal vez ignoraba mi interludio ácrata posterior a mi abandono del gremialismo estudiantil. Lo precipitado de la decisión me parecía un poco impropio, pero el Comité Ejecutivo del Frente me tenía un tanto harto: quería un lugar de militancia más en serio y cavilaba que ese Comité era solo otro precio que tenía que pagar el PCU por su pabellón unitario. Por otra parte la galanura de que hacían gala el Leopoldo (Polo) Bruera y César Reyes Daglio, delegados del Partido, en sus relaciones con los aliados me tenía impresionado: me preguntaba si yo en su lugar hubiera sido capaz.

Aunque mal podía autotitularme marxista-leninista (prudentemente Sanseviero no tocó el tema), ¿no era ese el lugar adonde pensaba llegar al irme de la FAU?

Me afilié. En ese momento no podía conjeturar que mi nuevo partido resolvería que mi lugar de militancia sería por varios años justamente el Comité Ejecutivo del FIdel, por lo que mi afiliación no se haría pública.

3

Servicio a domicilio: con un carro metálico un preso controlado por un milico va repartiendo el desayuno. Resulta aceptable. Al cabo de un rato se abre otra vez el ventanuco de la celda y un nuevo preso nos informa: herramientas. Quedamos perplejos, pero el hom-

bre se da cuenta de la situación, nos saluda y nos suministra los materiales para hacernos los números que deberemos fijarnos sobre el pecho y la espalda. Well: ya tenemos trabajo para la mañana de hoy. Además, nos aclara que dentro de la celda no tenemos que llevar el mameluco excepto para la revista nocturna: es, como quien dice, el traje de calle.

Nos disponemos a hacer los números con esmero: ¿no soy dibujante técnico acaso? Mientras Bossé hace un reconocimiento: cuenta los pasos y halla que la celda mide 2,20 por 3 metros.

La puerta, maciza, tiene un ventanuco también macizo que se abre del exterior; arriba, a dos metros y medio, otro hueco con enrejado cumple una doble función, asegurando la ventilación y portando una lámpara. A la derecha hay una amplia amalgama de inodoro y taza turca: a esa innovación sanitaria le llaman "biorse", expresión de la jerga carcelaria que los gambusas le han contagiado a los tupas en Punta Carretas. A la izquierda, una plancha de hormigón empotrada en la pared oficia de mesa; a su vera otra ménsula es el asiento. Una sola: se advierte que estas celdas fueron concebidas como unipersonales. A la derecha están las cuchetas. Al fondo, lo mejor, una ventana angosta pero alta, con barrotes, que se abre al exterior, hacia canchas de fútbol, de básquetbol y de voleibol, anunciadoras de placeres tal vez reencontrados. Siete barrotes longitudinales, cuatro transversales: cavilamos que va a ser difícil aserrarlos. Y a la izquierda de la ventana, cuatro planchitas más de hormigón que fungen como alacena y en donde hemos acomodado las pocas pertenencias que se salvaron de los afanes expropiadores del obeso sargento. Evaluamos críticamente esta oquedad que va a ser nuestra vivienda de ahora en más y concluimos que podría ser peor.

Bossé y yo vamos confeccionando nuestras matrículas mientras jodemos con comentarios más bien obscenos sobre los barrotes de la ventana y su relación simbólico-pedagógica con los comunicados 4 y 7. Discutimos nuestras discrepancias sobre las miras de tales comunicados y sobre el difunto coronel Ramón Trabal, aunque estamos acordes en que lo mataron ellos y que por algo será.

Nos interrumpen con una nueva apertura del ventanuco, ahora para dejarnos los cubiertos. Es la primera vez en años que tenemos un cuchillo a nuestra disposición y lo examinamos con maravilla. Y a la hora, la comida, acompañada de la advertencia que luego se retirará el menaje y que éste deberá estar lavado. Vaya, esto está muy animado.

Un soldado va corriendo los cerrojos de las puertas, dejándolas

entreabiertas: vichamos expectantes y vemos que de las celdas vecinas van saliendo los presos enfundados en sus mamelucos por lo que hacemos lo propio y emergemos a la sociedad de los hombres. Saludamos alegres a unos y otros pero nos avisan admonitorios que siempre que estemos fuera de las celdas o que nos enfrente un milico debemos estar con las manos cruzadas atrás a menos que estemos desempeñando una comisión: ajá, pero... nos aclaran que una comisión es un trabajo en la planchada. Ajá. Ahí vamos, en filas de a uno. Milicos y más milicos.

Salimos; hay también perros y los perreros no me parecen tan afables como los del cuartel; en realidad, nadie parece afable, ni nada que se le parezca: alertas, antagónicos. En el camino que bordea la cancha de fútbol nos detenemos y a una señal hay un batiburrillo entre los presos que van formando de a dos a voluntad y luego rompen a caminar. Zorrón comprende mi desconcierto y se me aparea.

Es que las canchas están barrosas y hoy no hay deportes, me explica, así que se hace un trille, una caminata, me traduce. Solo se puede hablar con la pareja, pues si se infringe esa norma uno la queda, como la queda en caso de cualquier pecado similar. Entonces estoy regalado, protesto, si yo no las conozco: le explico que estoy con Bossé, también recién llegado del cuartel, y que los dos somos como angelitos. Se encoge de hombros como diciendo joderse y tomar quina y pasa sin más a lo que le interesa. Intercambiamos nuestras sendas ignorancias sobre lo que está pasando en el mundo exterior y los avatares del Partido o de lo que quedó del Partido. Porque luego del asalto de octubre del 75 el reconstituido Comité Central volvió a caer: se sabe que ahora se reconstruyó de nuevo. Coincidimos en que el Partido es indestructible, pero cómo cuesta.

Luego me pasa a informar sobre el Penal. En realidad, me dice, no hay un Penal sino veintiuno, ¿qué?, sí, veintiuno, porque estamos todos compartimentados y todos con distinto régimen. Divididos por piso, por sector y por ala; así que solo tenemos comunicación con los que ocupan las veinticinco celdas del ala nada más. Mientras se esfuman mis sueños de conversar con dos mil tipos, Zorrón prosigue, metódico: los dos primeros pisos son los de seguridad, que no tienen otra salida al exterior que el recreo. A mí me tocó el primero, comento, qué suerte perra. No te quejes, me responde, porque los del segundo están peor, ahí está Jaime, y en el sector B están en confinamiento solitario: son casi todos tupas acusados de tener boletas en su haber. Luego del segundo el rigor va disminuyendo piso a piso. A su vez, continúa, cada piso está dividido en dos

sectores, A y B, y nosotros estamos en el A; cada sector se divide en dos alas, así que estamos en el A derecha. Mucho gusto, digo abrumado. Pero Zorrón no terminó aún y prosigue implacablemente: sin ningún contacto, excepto los de los pisos altos que se mezclan en el trabajo de la cocina. Pero además están las barracas, donde los presos llevan una vida similar a la de los cuarteles: por eso digo veintiún penales, concluye triunfalmente.

Pasaron los tres cuartos de hora del recreo. Mientras vamos formando de nuevo la fila Zorrón me da línea: ojo, que acá entre los grises no hay diferencias, salvo los ortibas desde luego; con los tupas estamos muy bien, con los primeros del Partido que fuimos llegando se portaron como unos caballeros.

4

En enero de 1964 viajé a Cuba junto con Eduardo Bleier. Me apresuro a aclarar ante los fortuitos lectores que eventualmente se froten las manos imaginando que ahora viene lo bueno, que ese viaje nada tuvo que ver con la lucha armada o ramas anexas: fue un viaje, a invitación del gobierno cubano, para conocer la Revolución.

El año anterior había viajado a un Congreso en Solidaridad con Cuba en Río de Janeiro. No había aportado mayores novedades: el único entretenimiento lo habían suministrado los ultras que sostenían que la única solidaridad válida era hacer la revolución en el propio país; para mí, se añadió haber comprobado que Luis Carlos Prestes era efectivamente una poderosa personalidad. Y hubo un hecho que en ese momento fue considerado parte del folclore brasileño pero que en realidad fue anunciador de un tenebroso futuro. El presidente era Goulart, que autorizó el congreso como correspondía, pero al frente de la gobernación carioca estaba Lacerda, que a su vez lo prohibió; entonces las sesiones se trasladaron enfrente, a Niterói, y cuando cruzábamos la bahía todas las mañanas, las tropas federales se apostaban en el embarcadero para proteger nuestra partida por si a la policía municipal se le ocurrían cosas raras. En ese momento mirábamos a los soldados con inédita simpatía pues simbolizaban –y tan errados no estábamos– el avance de las fuerzas progresistas en el continente.

Para viajar a Cuba había que hacerlo vía Praga y –capricho de las conexiones aéreas– esperar seis días en esta ciudad. Nos iba a esperar el partido checo. Praga me dejó extasiado: es una de las ciuda-

des más bellas del mundo. Ahora bien: las gentes, comprobándonos extranjeros, nos hablaban invariablemente en alemán y, chasqueados, su obsequiosidad disminuía notablemente. El partido nos había designado un enlace que esporádicamente nos llevó aquí y allá desapareciendo sigilosamente por grandes períodos, sin mayor pesar nuestro. Un día nos condujo a Radio Praga, donde nos hicieron un reportaje; cuando terminó la audición nos dieron un sobre con dinero por el improbable esfuerzo intelectual realizado. Otro día nos llevó al Comité Central del KSC, el partido; ahí un hombre nos habló fluidamente sobre los problemas de la construcción del socialismo en Checoslovaquia, pero cuando le preguntamos sobre un ajuste en los planes económicos que se había producido en esos días, se quedó en blanco, nos explicó que esa no era su especialidad y dijo que iba a traer un experto en el tema: lo declinamos amablemente.

Fuera de estas peculiaridades, la ciudad impresionaba por la inexistencia de barrios marginales y su evidente alto nivel de vida. Y el Moldava, la Ciudad Vieja, la Malá Strana, el puente Carlos, el Castillo...; me fui con la íntima y rústica convicción de que Praga era maravillosa y que los checos no tanto.

Me volvió el alma al cuerpo ya en el avión de La Cubana que abordamos. En él viajaba una flota de muchachos cubanos que habían estado becados durante uno o dos años en la URSS: volvían a su isla, estaban radiantes y cantaron y bailaron en el avión durante todo el viaje; cantando hicimos escala en Shannon, en Irlanda, y Gander, en Canadá, y a los sonos estridentes de un cha-cha-cha una mañana del 29 de diciembre sobrevolamos La Habana.

Cuba se aprestaba a conmemorar el quinto aniversario de la Revolución. Había pasado y superado la crisis de los cohetes de octubre de 1962; seguía sometida a un intenso bloqueo que entonces abarcaba también a países de Europa, pero luego del traumático retiro unilateral de los cohetes por parte de la URSS ("Nikita, Nikita, lo que se da no se quita"), había quedado establecido que Estados Unidos no iba a invadir nuevamente el país. En setiembre se había avanzado en el proceso unificador de las fuerzas revolucionarias con la constitución del PURSC; en octubre se había decretado la segunda ley agraria nacionalizando la tierra con más de 5 caballerías (67 hectáreas); sobrepasado el huracán Flora, en noviembre de había decretado la ley de Servicio Militar Obligatorio.

Luego de pasar el nacimiento del nuevo año en el Palacio de la Cerveza, ingiriendo copiosas dosis de daiquiris, al mediodía estábamos en la tribuna de la Plaza de la Revolución, en un sector especial destinado a los invitados extranjeros. Sé que es un tópico pero co-

responde estampar que fue una experiencia indescriptible el espectáculo de esa masa enorme de gente, entusiasta, bullanguera, que repletaba el inmenso espacio.

En un momento dado, alguien se desplazó por el sector saludando: era el Che Guevara, con el que hablamos brevemente. No me dio la impresión que fuera un hombre modesto, como se dijo luego de Nancahuazú, sino consciente de su nombradía y de su poder; pero afable, que escuchaba con atención lo que se le decía y respondía con sencillez y franqueza. Recordaba con cariño a nuestro país.

Habló Fidel. Hizo un balance de la reacción abnegada de todo el pueblo ante los desastres causados por el Flora y luego se extendió largamente sobre la última y definitiva reforma agraria, que permitía asegurar el desarrollo agropecuario del país sobre bases socialistas y planificadas, liquidar el poderío económico de la burguesía rural y asegurar la alianza con los pequeños agricultores asegurándoles un precio justo a su producción. Se refirió al convenio comercial a largo plazo suscrito con la URSS, contrastándolo con las relaciones comerciales inequitativas existentes en el campo capitalista y diciendo que esa sí era una verdadera Alianza para el Progreso. Y terminó señalando la solidaridad cubana con el pueblo panameño, que estaba luchando por la revisión del tratado de 1903 y la devolución del Canal.

Luego viajamos por toda Cuba, excepto la provincia occidental de Pinar del Río. Nos metimos en plantaciones de caña y fábricas, astilleros y Comités de Defensa de la Revolución, escuelas y hospitales. Hablamos e investigamos. En el deambular llegamos a Puerto Manatí, en el norte de Camagüey.

Resulta que yo tenía un tío en Cuba, Gervasio. Cuando llegamos al pequeño pueblo nos recibieron cordialmente, llamaron al resto de la familia y se aprestaron a festejarnos con un cochinitillo a la cubana, cosa que no era moco de pavo: se acondicionaban brasas y sobre unas horquetas hincadas en el suelo se ensartaba el animal y un cristiano se dedicaba a hacerlo girar durante horas: un procedimiento que debía venir de los tiempos de la esclavitud. En el interludio, primero el tío y luego el primo mayor me llamaron aparte y pulcramente me señalaron que “la revolución no era buena”. El tío había llegado de Galicia, como mi padre, con una mano atrás y otra delante y se había instalado ahí, donde la propietaria de vidas y haciendas era la Manatí Sugar Co.; durante años había hombreado bolsas de diez arrobas y había juntado sus pesitos, llegando a ser dueño del cine y de la “pulpería” del pueblo (los portuarios, los taxistas y los gastronómicos eran asalariados privilegiados en la Cuba

prerrevolucionaria). Y había llegado la Revolución, le había expropiado el cine y le había instalado un Almacén del Pueblo a competir ventajosamente con él; pero lo que le mortificaba al viejo era no poder disponer libremente de divisas para viajar a Galicia a alardear ante sus coterráneos de su prosperidad de “americano”. El hijo mayor era otra cosa: en tiempos de Batista había sido dirigente sindical mujalista (batistiano) del sector azucarero. La hija que le seguía en edad estaba casada con un yanqui que ya se había repatriado y ella estaba en los papeleos para reunirse con él. Y el hijo menor no era nada: trabajaba en una cooperativa pesquera.

Me fui con mis simpatías hacia el tío y mi repugnancia hacia el primo. Cuando volví en 1968, el tío se enteró por *Granma* y me fue a visitar al Hotel Nacional donde me alojaba. Discretamente quería que yo intercediera ante las autoridades por su hijo mayor, que había sido entrampillado llevando vituallas a los alzados en el Escambray. Estaba detenido muy flojamente, por cierto, y le permitían salir los fines de semana a visitar a los suyos. En la cuota de presos políticos de la familia Martínez a mí, lo supe posteriormente, no me tocó la mejor parte.

Mal que le pese a la familia, su opinión sobre la Revolución no era compartida por la inmensa mayoría. Recuerdo con particular ternura dos visitas. Una, a la Escuela Mariana Grajales, en San Antonio, al sur de la provincia de La Habana. Era una escuela de recuperación de prostitutas. La prostitución en la Cuba de Fulgencio Batista revestía en dos categorías: la “alta”, de atención a los turistas, que rayaba a gran tren y cuyas partenaires habían huido masivamente a Miami, y la “baja”, expulsadas del agro, y que formaban el pupilage de la escuela. Allí estudiaban el básico, aprendían un oficio y les enseñaban de nuevo a vestirse, cosmetizarse y caminar. De las egresadas recaía un porcentaje inferior al 5%: la estrella de la escuela era una muchacha que, egresada, se había casado y había sido declarada “tractorista ejemplar” de la provincia de Santa Clara.

Y visitamos un hospital psiquiátrico en Matanzas. Era un lugar asombroso, parecido a un hotel tres estrellas, con habitaciones y equipamiento similares a un hotel. Y hasta con pacientes parecidos a huéspedes de un hotel, con la diferencia de que los más válidos cooperaban en la curación o atención de los menos favorecidos por la vida.

Cuando nos alejamos de Cuba pensé que un régimen que así trataba a las putas y a los locos muy humano tenía que ser.

Estamos hablando de bueyes perdidos cuando abren el ventanuco: biblioteca dice el preso que se asoma. Me voy al humo. El tipo me explica que pasa dos veces por semana, que se prestan hasta dos libros por vez y por semana, aunque se puede renovar el préstamo por otra. Me ofrece un catálogo –bueno, bueno, es grueso– y nos entrega una ficha que tenemos que llenar por orden de interés de los libros que queremos. Mientras tanto nos ofrece los que lleva en el carro. Me quedo con un tomo de relatos de Julio Cortázar y elijo una novela de Joseph Conrad para Bossé, que no es muy ducho. Antes de irse nos dice que tenemos derecho a pedir a nuestras familias hasta dos libros que podemos tener en la celda en propiedad: claro que también pueden rechazarlos.

Miro el catálogo: hay miles de títulos. Me aboco a su revisión minuciosa: literatura, ciencias, religión, filosofía, ajedrez, ciencia-ficción, de todo. Noto que no hay nada de física, matemáticas o química (será que contienen símbolos que parecerán jeroglíficos a los revisores, pienso), pero su falta me importa un bledo. Noto también, y eso sí me importa, que hay muchos de historia pero que faltan de los períodos más contemporáneos. En filosofía están los autores clásicos y algunos idealistas modernos: en fin, ¿no pretenderías materialismo dialéctico, no? Joder. Verifico que en literatura la censura ha sido más liviana de lo que sería de esperar, no sé si por amplitud o por ignorancia. Bastante bien, concluyo.

Es de tarde y estoy confeccionando con sumo cuidado la lista de biblioteca: son veinte títulos que hay que poner y como no es seguro que estén disponibles hay que esmerarse. Se abre la puerta: el sargento. De pie, manos a la espalda, en correcta posición de recluso. El hombre nos dice que mañana, miércoles, tenemos visita y que tendremos cada quince días. Macanudo, tengo que recordar la fecha: mañana será el 5 de setiembre, sí, 5 de setiembre de 1978. Vuelvo a lo mío.

Otra vez se abre la puerta. Mierda, a uno no lo dejan en paz. Nos ponemos de pie, manos en la espalda, correcta posición de recluso: afeitada dice lacónico el soldado. Nos enfundamos céleres en el mameluco y salimos. Frente a una celda vecina hay cuatro reclusos en fila y nos agregamos en tanto van pasando uno a uno. Me toca. Están los dos compañeros que me ofrecen jabón, brocha y gillette o máquina eléctrica. Opto por ésta, musitamos algún comentario breve y me voy.

Regreso al catálogo. Estoy finalizando mi querida lista, cuando

se reabre la puerta, carajo, y otra vez un soldado, puta madre: de nuevo de pie, manos en la espalda, en correcta posición de recluso, pudren ya: pelo nos dice. Qué más remedio, nos ponemos el bendito mameluco y salimos, ahora hacia la jaula central, donde una fila de ocho presos espera. Me agrego mientras un soldado, máquina en mano, rapa a un desgraciado. Esto va rápido: me toca, el hombre confunde mi cráneo con un zapallo, dos, tres veces, tropieza con vericuetos de mi epitelio (¿así se dice?), listo. A terminar la lista.

El sargento no nos dijo a qué hora tenemos la visita. A las 6, cuando tocó la chicharra, ya estábamos despiertos: arreglamos las cuchetas y esperamos. Después vino el desayuno, nos lavamos minuciosamente la boca, nos pusimos los mamelucos y esperamos.

Pasó el carro de las herramientas y nada. Sentimos pasar el carro que reparte los bolsos de las manualidades y nada. Oímos que en la celda de al lado sacan a la gente para la fajina de planchada y nada. Esperamos. Tomo a Cortázar y lo dejo. Esperamos, sigo esperando. Bossé salta: ¿no será de tarde? Puede ser, le respondo locuaz.

Se abre la celda y un soldado nos dice: visita. Se dio. Salimos, Bossé delante, yo detrás. Se va formando una fila de doce presos, abren las rejas y volvemos a formar en la entrada del celdario. Aguardamos como media hora. Del exterior aparece una larga columna de presos y pienso que son los que vuelven del turno anterior de visitas; les pasan lista, oh, parece que están todos, qué extraordinario, y los conducen al interior. Luego de un rato se deciden y ahora marchamos: en la cancha están jugando al fútbol, mientras nos dirigimos a un edificio que está alejado.

Formamos de nuevo a la entrada. Estamos todos parados como estacas, menos uno, lo reconozco, es el gordo, es Julmer Arce, que parece considerarse como en su casa y que está al borde de la sanción, pienso. Ahora vamos entrando.

Estamos en el locutorio. Es una pieza grande, dividida a lo ancho por mamparas vidriadas que limitan unas diez filas ocupadas por asientos. Nos van introduciendo alternadamente en ellas, seis por fila, y nos sentamos. Frente nuestro está el vidrio y un estante en el cual espera un tubo telefónico, al igual que al otro lado. Todo muy aséptico. Empiezan a entrar apresuradamente los familiares, buscando con la vista a sus contertulios, y al fin aparece Adriana, quien al principio no me encuentra. Ahora sí, retrocede, se mete en su pasillo y se sienta. Nos miramos, yo esbozando una sonrisa y ella muy seria. Ahora hay una señal y rápidamente tomamos los tubos.

Me han avisado que pueden estar grabándonos y supongo que

también se lo habrán advertido a ella. Le cuento de mi nuevo hogar, de la limpieza que hay, de la buena comida; adivino que no me cree y huelo su inquietud. Sigo, convincente, le cuento de los deportes, de la biblioteca, de la tranquilidad nocturna en contraste con las tertulias de la guardia del cuartel. Y le cuento de mi gloria: la ventana, desde donde se ven las canchas, otras construcciones del Penal, el verde de los campos, el azul del cielo y, por la noche, en el horizonte, el resplandor lejano de las luces del Pueblo Libertad. Se va animando, pero igual desconfía, no me cree, no me cree nada.

Pienso que llevamos diez minutos cuando la chicharra suena destemplada. Mierda, ya pasó la media hora: intento completar lo que estaba diciendo pero me doy cuenta que ya no me oye, han cortado los teléfonos. Nos seguimos con la mirada mientras ordenadamente todos nos vamos levantando: los presos, manos atrás, en correcta posición de recluso, se encaminan hacia un ventanuco del otro lado del cual su correspondiente visita le espera: leve sonrisa y un beso, corto, corto. Me llega el turno, voy hacia Adriana en mi correcta posición de recluso, le sonrío y le doy un beso corto, muy corto.

Terminó todo y salimos. Afuera siguen jugando al fútbol mientras unos pocos trillan en torno a la cancha. Nos introducimos en el celdario, “Acá se viene a cumplir”, y formamos. Pasan lista, oh, parece que estamos todos, es extraordinario, y a las celdas.

Bossé y yo estamos muy satisfechos. Él me cuenta que su mujer está bien y que está trabajando. Yo le cuento que mi mujer está bien y que está trabajando. Todo está bárbaro: ¿quién se puede quejar?

6

El 1° de abril de 1964 se produce el golpe militar contra el gobierno de João Goulart en Brasil. Por razones no solo mercosurianas es preciso dedicarle algo más que pocas líneas.

Luego de la forzada renuncia a la presidencia de Janio Quadros, el 7 de setiembre de 1961, y de la forcejeada asunción de su vice, Goulart, Brasil entró en una etapa de definiciones. Luego de varias hesitaciones, Goulart entendió que el equilibrio ya no se sostenía. Nacionalizó siete distribuidoras de petróleo y se las entregó a Petrobras; legalizó, por primera vez, al Partido Comunista; el 13 de marzo de 1964 firmó en acto público un proyecto de expropiación de los predios rurales superiores a 500 hectáreas que estuvieran

incultos y creó la Superintendencia de Reforma Agraria; días después firmó otro proyecto que le otorgaba el voto a los soldados.

El accionar del Ejecutivo concordaba con el de parte del país: en Pernambuco el gobernador Miguel Arraes lanzaba un plan de alfabetización de los campesinos; en todo el Nordeste se extendían las Ligas Campesinas animadas por Francisco Julião; en Río Grande el gobernador Leonel Brizola había nacionalizado la ITT y la Foreign Power y había expropiado dos grandes latifundios. El deshilvanado movimiento obrero —entonces con su centro en Río, no en San Pablo— aceleraba su unificación a través del Comando General del Trabajo.

En las FF.AA. brasileñas había sectores democráticos y antiimperialistas de larga data, herederos del tenientismo de 1920, los 18 del fuerte Copacabana de 1922 y la columna Prestes de 1924. Luego había venido el equívoco Getulio Vargas. Pero en 1964 se hallaban en estado deliberativo. Se había formado una Asociación de Cabos, Sargentos y Marineros; se extendían los “grupos de 5”, unidades semiclandestinas entre los clases; en marzo 14.000 marineros se amotinaron contra los oficiales reivindicando la libertad de agremiación y el Ministerio de Marina fue asumido por el Almirante Paulo Da Cunha Rodrigues, reconocido izquierdista; la infantería de marina era comandada por el Almirante Aragão, motejado “El Rojo”. Más aun: cuando Brizola apoyó la legalidad y la asunción de Goulart en la pugna tras la renuncia de Quadros, el III Ejército lo había apoyado.

El 31 de marzo el presidente norteamericano envió un cable felicitando a los mandos del Ejército por haber asumido el gobierno: se apuró mucho, el golpe recién se produciría el día siguiente. Con el apoyo del gobernador de Río, Carlos Lacerda, y el de San Pablo, Adhemar de Barros, el golpe lo dieron el IV Ejército con sede en Pernambuco y el II, con asiento en San Pablo. El I Ejército con sede en Río quedó expectante y más tarde se sumó; el III, con sede en Río Grande, calló.

Goulart viajó a Brasilia para presentarse ante un Congreso renuente, abandonando los posibles focos de resistencia. Los sindicatos, que eran organizaciones de cúpula, hicieron inefectivos llamados a la huelga. La infantería de marina estuvo acuartelada cinco días esperando que la llamaran a resistir el golpe.

Una semana después se firmó el Acuerdo Militar Brasil-Estados Unidos. Hubo cientos de detenidos y fueron dados de baja 5.000 sargentos, marineros y fusileros y 122 oficiales, incluyendo 16 generales y 5 almirantes.

En vísperas del golpe Arismendi había publicado, en *Estudios*

Nº 28, un artículo donde, además de polemizar indirectamente con los tupamaros que ya levantaban cabeza, sostenía que ante una conspiración antidemocrática era imprescindible la movilización de las masas, pero que: "El Partido y las fuerzas populares (...) deben estar en condiciones de enfrentarlo en todos los terrenos, o por lo menos, procurar efectivamente hacerlo", creando las condiciones para frustrar los planes del enemigo o "transformarse en una contraofensiva".

Después del golpe en Brasil, en *Estudios* Nº 29, Arismendi, que lo analiza, profundiza su enfoque. Dice: "allí existían condiciones para aislar a los conspiradores, para enfrentarlos y aplastarlos"; "si el gobierno y los sectores patrióticos hubieran encarado ciertas medidas, es evidente que una parte importante de las fuerzas armadas se hubieran batido codo con codo con el pueblo". Afirma: "las posibilidades de actuación junto al pueblo del Ejército, la Marina o la Aeronáutica se acrecientan por el carácter de la revolución latinoamericana (patriótica y democrática)". E insiste: "En estas circunstancias, el movimiento obrero y popular uruguayo debe procurar estar en condiciones de actuar en todos los terrenos en que se promueva la lucha", lo que "involucra complejos problemas y complicadas tareas".

Y abundando, en la revista *Estudios* Nº 30, vuelve a analizar el pasaje de una a otra forma de lucha "tanto en la preservación de un movimiento popular que puede verse obligado a pasar a la clandestinidad como a la posibilidad de enfrentar al enemigo con las armas en la mano". No significa solamente resistencia. "La cuestión de la lucha armada es antes que nada un problema político que debe ser resuelto de un modo concreto." Pero debe existir una crisis y debe conquistarse la simpatía de la mayoría de la clase obrera y el pueblo, condiciones que no existen en un período de acumulación de fuerzas. Sin embargo, ante un golpe gorila, pueden precipitarse las condiciones políticas. "En ese sentido, el golpe regresivo puede ser un coagulador de la crisis política, un acelerador de ese proceso de acumulación en donde 'veinte años preparan uno', al decir de Marx."

A mi entender aquí se explicita claramente el pensamiento arismendista de la vía más probable de la revolución uruguaya. El proceso de acumulación de fuerzas acrecienta las confrontaciones de clases hasta un punto que la situación resulta insostenible para las clases dominantes y promueven un golpe gorila: entonces el movimiento obrero y popular debe pasar a una contraofensiva en todos los terrenos, inclusive y en ese momento el armado, para así "coagular la crisis" y, de esa "coagulación" emerger con un cambio decisivo en la correlación de fuerzas en el país.

Arismendi nunca le perdonó la defección a Prestes. Que no fue “técnica” sino “política”. En efecto, Prestes y Codovilla habían polemizado en los principios del cuarenta acerca de la ubicación frente a la burguesía nacional. El argentino nunca lo entendió y así fue que el PCA se colocó ruinosamente con Braden, el embajador intervencionista yanqui, contra Perón; paralelamente, Prestes, con una visión mucho más aguda, comprendió a Vargas (que lo mantenía preso), pero sobrevaloró el nacionalismo burgués y, de hecho, le cedió la jefatura del movimiento liberador. Por eso, en la crisis, el mando del proceso lo tenía Goulart y el PC brasileño no tuvo ni las condiciones “técnicas” ni las “políticas” para asumirlo.

Los comunistas que en 1976 estaban presos en el cuartel de La Boyada y sostenían que lo del aparato armado del Partido era una falsedad de la DINARP, evidenciaban una muy mala lectura de Arismendi. Fue justamente en 1964 cuando aquél empezó a formarse.

7

Con todo, me dice el sargento que aparece en la puerta. Agarro el bolso, lo lleno con mis cosas, me miro con Bossé, nos abrazamos y salgo. Sigo al sargento mientras me pregunto si no acabaré en el segundo y me digo que no sería justo, caramba, si al final estuve quince días en el primero y no me sancionaron ni una sola vez. Tomamos el ascensor y me aprieto; pero pasa el segundo y para en el tercero: opa, estoy de buenas.

Ahí me entrega a un cabo que me lleva hasta la mitad de la planchada en el A y abre la celda 16; entro. Veo a un tipo más bien bajo, con lentes como culo de botella, que espera que se cierre la puerta y luego me abraza: bienvenido me dice.

Es Vera, de Casa de Galicia. Mientras acomodo mis pertrechos nos vamos presentando y miro alrededor: es una celda pelada, Vera no hace manualidades. En la pared tiene pegadas un par de fotos de una muchacha y unos pibes, y me los presenta como su mujer y sus hijos: linda familia. Resulta que cayó de los primeros, en octubre de 1975, y que ya es un veterano del Penal.

La celda tiene la misma orientación que la del primero pero es mucho más abarcativa: mejoré un quilo. Vera le dedica días y días a pensar y redactar las cartas que cada quince días le destina a los dos hijos, a los que solo puede ver una vez por mes, cuando tiene

una visita especial en un jardín con hamacas y toboganes y custodiado por milicas. Está destinado a los menores de 13 años.

Vera tiene sus teorías pedagógicas así que me explica que los chiquillines están en una edad muy comprometida, que ellos pueden resentirse por entender que el padre los abandonó, o también cobrar odio hacia los milicos que le quitaron al padre. Vera no quiere ninguna de las dos cosas y entonces piensa y piensa sus cartas vicarias. Es sensato, creo, pero tiene glaucoma e imagino que esa obsesiva meditación es asimismo una coartada que se ha impuesto para no castigar más los ojos.

No hago deportes, prefiero el trille alrededor de la cancha de fútbol mientras observo crítico a los troncos que se lo toman muy en serio y hasta caen en ocasionales broncas como buenos uruguayos. Voy ubicando a los que hacen manualidades. Hay gente que trabaja en madera, en telares, en cuero, mayoritariamente en cuero. Todo eso va en bolsos que se entregan por la mañana y se devuelven al anochecer. Para trabajar en ellas hay un carro que transporta herramientas, algunas personales y la mayoría colectivas, cosa que me extraña que permitan dada la hostilidad de los milicos a todas las manifestaciones solidarias: debe ser por las dificultades del control. Al final ubico a un compañero que hace trabajos en resina, sobre todo colgantes, y me intereso inmediatamente.

Resulta que dejan entrar y salir un bolso por mes. Salen las manualidades y entran los materiales para ellas y un surtido bastante amplio: leche en polvo, café, té, yerba, dulce, tabaco, jabón en polvo (eso sí, azul, porque la fábrica es de un milico). Bajo cuerda, el fajinero gestiona un suplemento para los compañeros más necesitados o que no reciben bolso. Pero eso no es todo: en el Penal hay una cantina atendida por los propios presos en donde se encuentra papelería y otras cosas. En las visitas los familiares depositan dinero y se van cubriendo los gastos que uno hace como en una cuenta corriente. Muy cómodo, pero el presupuesto de los presos no le sale a las familias nada módico, especialmente a las familias de los comunistas que son en general gente muy modesta: Vera me explica que en los barrios obreros se han montado pequeñas redes de ayuda.

Por el correo pido materiales. Bueno, han llegado. Comienzo una nueva etapa de mi vida, destinada a la creación artística. Me lo tomo muy en serio, porque serios son la resina y el acrílico. Ensayo con esto y aquello, hasta que le voy tomando la mano. Hago moldes de madera de distintas formas y tamaños y en la resina introduzco materiales diversos, no solo acrílico: cuentas de colores, huesos,

alambre cromado, lana, florcitas y hasta insectos. Otros tienen que tener cuidado con los motivos porque hay una lista enorme de temas prohibidos: las palomas, los quijotes, las estrellas de cinco puntas, las rosas, los mosquitos, las mujeres embarazadas y otros que día a día se suman porque molestan a la fina sensibilidad democrática de los censores. Pero a mí no me concierne: yo no estoy para la representación, soy un artista abstracto.

Pero soy un artista incomprendido. A los más hábiles la gente del Partido les pide trabajos especiales para enviar de regalo a gentes importantes. Las gentes importantes valoran mucho recibir una manualidad de los pobres presitos del Penal de Libertad. Resulta que a mí no me piden, lo cual resiento bastante. Y no porque me importen un pito las gentes importantes.

Esta valiosa labor la voy mezclando con las comisiones que tiene el ala. Está el carpido, que no tiene ningún misterio. Es solamente en torno al celdario y su único atractivo es que lleva a permanecer varias horas en el exterior y que, como si hubiera un concierto al respecto, los soldados lo dejan a uno en paz tal como si fuera un trabajo agotador: tal vez lo creen porque son unos vagos y unos campeones para hacer bicho.

La otra tarea es el lavado, que resulta más entretenido. Se lavan las sábanas y los mamelucos de todo el celdario y se usa un método creativo. Vamos afuera, a una parte pavimentada, y ahí metemos la ropa en tachos con agua caliente, le agregamos jabón en polvo (azul, como corresponde), la agitamos y luego la arrojamos al piso: entonces, enérgicamente la batimos con cepillos contra el suelo, la estiramos y finalmente la enjuagamos tirando nuevos tachos de agua. Insólitamente las sábanas y los mamelucos resisten el tratamiento.

En eso estoy, cuando husmeo una inquietud entre los soldados: secretean entre ellos, descuidan la vigilancia, se oye algún comentario que nadie entiende: "como pudo pasar si ni siquiera sabían formar", "qué van a decir los viejos ahora que ganaron los pichis". Envainados esperamos la visita y nos enteramos exaltados que los sandinistas le dieron pa' tabaco a Somoza.

Quedamos con viento en la camiseta. Hasta se rumorea que hubo uruguayos metidos en el asunto. Aquí han pedido voluntarios para demoler una construcción aledaña, no pequeña, que lleva el ganso nombre de jabonería. Allí voy yo, junto con otros cinco, armados con mazas y picos. Y la emprendo entusiasta: paf, un mazazo, paf, otro, me posesiono con la tarea, estoy tirando abajo una parte del Penal, paf, fuerza, por algo se empieza. En eso se van tres o cuatro días.

En el año 1964 entré a la radio. Al Partido se le ocurrió que el FideL tenía que tener una audición diaria y allí fuimos, Héctor Cerrutti y yo. Era de media hora por CX 46, a las 14 y 30; de los primeros 15 minutos me encargaba yo hablando de la actualidad política y luego seguía Cerrutti con temas jubilatorios. Inocultablemente era para hacerle la competencia a Paulino González y como mi voz no era de una eufonía sensacional que digamos, los oyentes –que los había– pasaron a creer firmemente que yo era un jubilado. Allí aprendí que 15 minutos, perorando de corrido al vacío sin parar ni para respirar, era una enorme cantidad de tiempo: un nuevo motivo de admiración para Enrique Rodríguez que dictaba cátedra al mediodía en la 30.

En agosto se me completó la agenda: pasé a editar un periódico del Frente, *Oiga*, que saldría por algo más de dos años. En correspondencia con las realidades políticas, nunca llegó a tener ni por asomo la influencia del diario *El Popular*, que crecía a la par de la influencia del Partido. Era, más que un órgano de prensa al cual nos esmerábamos en imitar, un medio de propaganda que animosamente los comités de base del FideL se esforzaban por colocar en barrios y empresas.

Temas no nos faltaban, desde la ruptura de relaciones con Cuba hasta el proyecto de reforma agraria de Wilson Ferreira Aldunate. En mayo de 1965, un acuerdo de los dos dictadores que presionaban en nuestras fronteras, Juan Carlos Onganía y Artur Costa e Silva, amenazó directamente con la intervención en nuestro país en aras de las “fronteras ideológicas”. Era una manifestación de la paranoia gorila existente porque, si bien en el Uruguay el movimiento obrero estaba muy activo, los niveles no alcanzaban ni de cerca los que llegaría a tener un lustro más tarde. En “Una carta a un amigo brasileño” dije entre otras cosas:

“Ellos vinieron de las sombras y mataron tu esperanza. Porque quisiste pan para el hambriento, tierra para el caminante, escuela y voto para el analfabeto. Porque ya no te alcanzaba ‘o petróleo e nosso’ y quisiste gritar ‘o Brasil e nosso’. Porque tú, campesino, ya no soportabas esos latifundios grandes como Gran Bretaña y levantaste tus ligas; porque tú, obrero, pretendiste salario y dignidad y liberaste tus sindicatos; porque tú, estudiante, quisiste ser joven y rebelde y politizaste tus uniones; porque tú, soldado, resolviste dejar de ser capanga y formaste tus clubes. Porque tú, padre, tú, intelectual, tú, anciano, tú, favelado, tú, brasileño, quisiste a tu madre y tu hijo y tu

camarada y tu patria y te uniste y creciste y avanzaste y reclamaste cambios de base y fuiste antiimperialista. Por eso, ellos, embajadores del miedo, portadores del castigo, se levantaron y te amarraron. Para que no hubiera pan, ni escuela, ni patria ni esperanza. (...) Y ahora se fijan en el Uruguay, les preocupa el Uruguay, dicen que sí sí, dicen que si tal vez, dicen que la subversión, dicen que la intervención..."

Al año siguiente, CX 14 *El Espectador* organizó una mesa redonda semanal que se llamó "Parlamento del Pueblo" y en la que participaban todos los sectores políticos con representación parlamentaria. Por lo tanto, había cuatro colorados, tres blancos, la UP y participé yo por el Frente. Si tenía motivos para suspirar por lo extenso que eran los quince minutos de CX 46, pronto tuve más legítimas razones para quejarme por lo breve que era el tiempo de que disponía en la 14: en efecto, el régimen era una ronda, de orden sorteado, de tres minutos por cada representante y una ronda final de un minuto cada uno. Los temas a considerar se acordaban previamente.

Por supuesto esa fugacidad no daba para profundas disertaciones de carácter programático: el quid era lograr un golpe de efecto en el oyente y nada más, pero para eso y para prever las disquisiciones ajenas, había por cierto que estudiar cada tema con amplitud. Las relaciones fuera del micrófono eran honorables, casi todos eran jóvenes que comenzaban su carrera política y se esforzaban en cumplir buen papel aunque la estrella del programa era Rossi, un descarado delegado herrero; yo no figuraba mal en el ranking y en general coincidía con Julio Faravelli, pariente mío y delegado de la UP, que en su momento algo tuvo que ver con los fierros y terminamos cohabitando en el Penal de Libertad, él como pesado con 22 años de condena y yo como liviano con apenas ocho. Yamandú Fau, el que fuera ministro, era el representante de la 99 y ya usufrutuaba ese tonillo sacramental de predicador que estila hoy. El día que más recuerdo es cuando quedé solo frente al mundo: se discutía el Muro de Berlín y aunque me defendí como gato entre la leña la paliza que recibí fue de novela.

El programa lo dirigía Hugo Infantino que se esforzaba con hidalguía en actuar imparcialmente. Una vez lo metí en un lío: se discutía el tema de los medicamentos y me referí en forma acre a la Bayer, sin parar mientes en que esta empresa era anunciante de *El Espectador*. Pero al hombre de los controles le sobrevino el pánico y cortó la transmisión mientras yo le seguía hablando a los santos apóstoles: recién me enteré llegado a casa y tardé una semana en saber que Infantino había presentado renuncia por la censura a que ha-

bía sido sometido su programa, renuncia que solo retiró ante la promesa de la radio de no reincidencia. Lo cierto es que la audición era un reñidero de gallos más que un programa de esclarecimiento político y tal vez por eso tuvo éxito, tanto que al año siguiente, año electoral, pasó en una hora pico a la televisión, en el canal 12. Allí mi voz de caño pasó a ser un hándicap de menor importancia.

Mientras engalanaba la pantalla chica con mi efigie, llegaron las elecciones. Pese a los esfuerzos de la Mesa por la Unidad del Pueblo, formada en octubre del año anterior por el FideL, el Partido Socialista y la gente de *Marcha*, por bobas discrepancias de los socialistas sobre el nombre del lema a utilizar, la izquierda volvió a presentarse desunida. El Frente mantuvo holgadamente su preeminencia, aumentando su caudal de votos en un 70% y llegando a ser una fuerza política real en casi todos los departamentos del interior.

9

Cuando cumpla un año en el tercero, para festejar el acontecimiento viene el sargento y me tira de nuevo en el primero. Esta vez en la izquierda del A.

Ahora estoy con Alcoba, ex policía de investigaciones. Como para despejar dudas ya de entrada me cuenta su lamentable historia. Es hijo de un militante comunista del transporte, pero como los padres se llevaban mal, él creció a la buena de Dios; de todos modos, una vez en un baile se dejó afiliar a la UJC, aunque nunca hizo nada. Comenzó a trabajar en una carpintería y se casó; al tiempo se quedó sin el laburo y la mujer, que frecuentaba un templo evangelista, consiguió una recomendación del pastor y así entró en Investigaciones. Me cuenta de su tiempo de milico y de cómo fue desarrollando el espíritu de cuerpo; no me lo dice, pero yo le agarro en el aire que se le va pegando el engruimiento de ser alguien con poder, la jactancia de ir armado y de ir para adelante en las buenas y las malas, de no achicarse por más que la cosa venga fea. Y la rivalidad, la tirría profesional con los verdes; en febrero de 1973, cuando la Marina se atrincheró en la Ciudad Vieja, en la Biere hubo zafarrancho de combate, emplazaron ametralladoras en las aberturas, se salían de la vaina para fajarse con el Ejército. Pero la quedaron. Así que en 1974 agarraron a unos pibes de la UJC, de 14, 15 años, que como unos angelitos estaban volanteando contra la dictadura: ahí los tenían, esposados y encapuchados, cagados de miedo. Me dice que a él le

dio lástima una muchachita menor que los otros y que se le ocurrió arrimarse para darle algún consejo sobre cómo declarar; pero, estúpidamente, no se dio cuenta que lo podían oír unos empresarios que igualmente estaban esposados y cegados, presos por ilícitos económicos, y que para congraciarse lo batieron.

Ahí empezó la cosa, me relata manso, sin rencor, sumiso ante el inescrutable designio de los dioses; los mandos hicieron funcionar los ficheros y saltó el apellido: fue a parar a la Metro con un arresto a rigor preanunciador de la baja. Pero la fiera estaba hambrienta y se fue procesando un crescendo. No me lo dice, pero lo adivino: tortura y consiguiente admisión de lo que quisieron, primero asociación para delinquir y luego una fantástica conspiración para hacer saltar por los aires la Radio Policial que está en el Clínicas. Conclusión: catorce años.

Cuando desembarcó en Punta Carretas y cayó por primera vez en el patio, estaba amedrentado. Muchos lo conocerían como tira, lo cual no es un diploma muy acreditado. Pero, famoso, lo recibieron como a un campeón e inmediatamente lo bautizaron SÉRPICO, el policía decente que hizo Al Pacino. Mientras me va contando, mientras me dice que la madre se vengó del padre a través de él denunciándolo a las Conjuntas como comunista, que la amante esposa se separó definitivamente y volvió a Mercedes con el hijo que tuvieron, que el padre ha ido solo dos o tres veces a verlo; y, en contraste no deseado me cuenta sus andanzas en Punta Carretas, me va penetrando una triste comprensión: de su quieto relato se trasluce que ese fue su período de beatitud, que en Punta Carretas encontró por primera vez en su vida amistad, compañerismo, lealtad. Desolador.

Y sin embargo, con catorce años de bagayo arriba y abandonado por la familia, al hombre lo veo incólume. Pasmoso. Tiene un riguroso programa carcelario: hasta avanzada la mañana hace manualidades en cuero, luego estudia matemática (tiene el sueño de que cuando salga, pronto, dentro de ocho años nada más, pueda alcanzar el profesorado), por la tarde lectura varia y cierra el día de nuevo con las manualidades.

Acordamos de inmediato intercalar en su calendario un partido de ajedrez, que ha aprendido a jugar en Punta Carretas. Eso sí, uno solo, porque tiene mucho que hacer, no puede perder tiempo en futilidades.

Yo no me siento tan flemático. En el primero no salimos, he perdido la carpida y el lavado, solo me quedan las tareas de planchada.

Me consuelo como puedo pensando en que no son pocas y las voy repasando como quien verifica un tesoro. A las cinco de la ma-

ñana se reparte el agua caliente, un termo por persona: para ello por la noche y para que no los despierten, los presos los han dejado en una mesita de madera que industrialmente han pegado detrás del ventanuco. De paso, eso habilita un pijeo de la guardia; el rito es que adelante va el soldado abriendo las ventanillas y detrás los dos presos que llenan los termos y cierran con cuidado; pero la norma es que en el segundo los milicos abran las ventanillas con el mayor estruendo posible, por lo que no solo despiertan a los del piso sino a todo cristiano que en el Penal tenga sueño liviano, benditos sean. Por la tarde, también a las cinco, todo se repite. Alcoba y yo no tomamos mate, pero igual recibimos el agua para lavar la vajilla.

A las 6 nos levantamos y diez minutos después la cucheta debe estar polenta, vale decir impecable. De inmediato se sucede el pasaje del carro de las herramientas y luego se reparten los bolsos de las manualidades. A continuación viene el desayuno, para lo cual los encargados han tenido que bajar a buscar los tachos a la cocina y subirlos a pulso. Más tarde, y turnándonos por ala, salen los cuatro presos encargados de la fajina de planchada, o sea el lavado del patio. En una hora que no es fija, pero por la mañana, un preso pasa otra vez por las celdas recogiendo la basura. Ya es casi mediodía y se reparten los cubiertos. Finalmente vienen los tachos de la comida. Por la tarde se repite toda la serie, excepto la fajina de planchada.

El ritual es regido por el fajinero, que es un preso por ala. Tiene que llevar un complejo planillado y avisarle en la víspera a los agraciados: atención, que eso no es moco de pavo porque el hombre no puede equivocarse: preso salteado es preso que no sale de la celda y eso es terrible verdugueo.

Por eso es que el Penal ve con censura lo que los seispuntistas le hacen a otros presos. Ya dije que entre los grises no se hacen diferencias, hay plena camaradería. Pero agregó: excepto los "6 puntos" que discriminan a los "6 puntos" que trillan con otros tupas, el fajinero "6 puntos" no saca al preso "6 puntos" que converse con tupas que no sean de ese agrupamiento. Eso es muy grave, solo se le hace a los ortibas probados.

¡Ah! No puedo dejar de establecer un hecho destacado, que lo estampo pese a mi enorme modestia: fui designado rey del lampazo.

A mediados de agosto de 1966 se reunió el XIX Congreso del Partido. Días antes se hizo llegar a las organizaciones partidarias el informe del Comité Central para su discusión.

¿Cómo se discutía en el Partido?

Téngase presente que era un partido adscripto al principio leninista del centralismo democrático. O sea, el carácter electivo de todos los organismos de dirección, de arriba a abajo, la obligación de los organismos de dar cuenta de su actuación, la disciplina total en la subordinación de la minoría a la mayoría y la obligatoriedad de los acuerdos de los organismos superiores para los inferiores.

Esa era la ley para toda la gradación del Partido: agrupaciones, seccionales, regionales, departamentales, secretariado, Comité Ejecutivo, Comité Central.

Pero en los hechos, la práctica política era otra. Cuando un informe del Ejecutivo “bajaba” (que no “subía”) al Comité Central era aceptado por todos tácita o expresamente. Al momento de abrir el debate, generalmente algunos más decididos o más voluntariosos se apuntaban primero; apoyaban el informe, subrayaban aprobatoriamente algún aspecto de él, y luego dedicaban la mayor parte de su tiempo (que era corto, 10 ó 12 minutos) a exponer acerca de la instrumentación del informe recibido en su frente específico de militancia. Quedaba bien alguna referencia autocrítica, con cuanto mayor ardor mejor. A continuación, la Mesa, compuesta por miembros del Ejecutivo, incentivaba la intervención de los más renuentes, tal vez por suponerse que al llegar el momento de que el integrante del Central, a su vez, hubiera de “bajar” el informe tuviera una práctica de cómo hacerlo. O por un formalismo democrático.

Al estar el rito así conformado no había una real discusión porque nadie, normalmente, tenía interés en discutir sobre un frente de trabajo que él no integraba; había sí, a veces, escarceos entre algunos que integraban el mismo frente.

Al ser el Comité Central bastante frondoso (60 miembros más o menos), las sesiones se prolongaban mucho, generalmente un par de días, y no cuesta imaginarse que luego de un par de horas se volvían aburridas. Como era inaceptable retirarse si no había poderosos motivos, la lectura de *El Popular* o las palabras cruzadas constituían un precioso socorro.

Cuando a mi vez integré el Central, me ajusté al rito como el mejor, intervenía más o menos por la mitad del debate y dedicaba

buena parte del tiempo de espera a cavilar angustiosamente sobre el aporte original que podría hacer, sin salirme del esquema, claro.

Finalizadas las exposiciones, alguien de la mesa hacía el resumen: decía que la discusión había sido muy rica, repasaba las líneas básicas del informe, criticaba a los participantes por haberse referido poco a él y laudaba en las cuestiones laterales que hubiesen surgido en la sesión.

El mismo esquema seguían los organismos subordinados cuando “bajaba” el “informe del Central”. Y, esencialmente, con un pequeño aporte de desorden, también lo seguían los congresos. Era, por lo demás, una práctica del movimiento comunista internacional, pues el mismo sistema de funcionamiento lo he visto aplicar –sin la cuota uruguaya de desorden– en los congresos de los “partidos hermanos” a los que me tocó asistir.

Por supuesto, el Partido no era un ateneo de discusiones: tenía sus principios y si alguien tenía discrepancias sobre ellos, mejor se fuera con el viento fresco, como yo me había ido de la FAU. El problema mayor era la “línea”. Se suponía que la línea política la fijaba el Congreso y la podría modificar solo otro congreso, ordinariamente tres o cuatro años después (cuando todo transcurría decentemente: el PCUS vio transcurrir dos décadas sin congreso). Los lapsos eran muy dilatados y las realidades políticas cambiantes y a ellas había que adaptarse. Por ende, la adecuación al momento de la línea pasaba a integrarla, era la línea, era intocable. Y la fijaba el Ejecutivo, con solo la aquiescencia automática del Central.

Así pues, al Central se lo mencionaba con unción, pero quien dirigía el Partido era el Ejecutivo. O el Secretariado.

Erróneo sería creer que por este sistema de no-discusión real, los comunistas éramos unos eunucos intelectuales. Pero también lo sería atribuirlo a nuestra condición de partido leninista, porque en vida de Lenin los bolcheviques habían discutido: y mucho.

En el PCU sucedía en parte –y mucho más en otros partidos comunistas– que quedaban rezagos del estalinismo; la admiración por Stalin perduró subterránea mucho tiempo después de Jruschov; luego de 1956 y antes de la ruptura, la “teoría del Partido” tuvo su fuente de inspiración en los comunistas chinos. Luego ya quedó trazada. Era “mal visto” discrepar; hacerlo reiteradamente era sinónimo de ser un tipo lioso y de prolongarse, no se expulsaba al disidente como en tiempos de Gómez, pero era descalificante.

Había un hecho: el poderoso influjo de la figura de Arismendi. El respeto que merecía y lo riguroso de su pensamiento lo tornaban poco menos que indiscutible; entre las dudas propias de un lado y

la opinión de Arismendi por otro, se tendía naturalmente a sospechar que uno tenía que estar equivocado. O aunque no fuese así, ese uno no tenía coraje para manifestarlo.

Y había una tercera razón. Las discrepancias o las reservas que alguien pudiera tener se sumían en los éxitos del Partido. El Partido, a partir de 1955, crecía formidablemente y su "línea" se verificaba en su práctica política. ¿Por qué ponerse a discutir cosas que no atañían directamente al accionar político diario, si en la táctica general el Partido acertaba siempre? ¡Allá Brezhnev con sus porque-rías si en Uruguay avanzábamos impetuosamente! O, más acerbo, ¿por qué trenzarse acerca de la conducta del Partido antes y durante el golpe si Democracia Avanzada se multiplicaba?

Téngase presente que en el Partido se podía vivir. En toda su estructura, lo que no era "línea" se discutía mucho, a veces apasionadamente, y no había jefes que fueran sagrados. En el periodismo era lógica una disciplina estricta y cada palabra era controlada. Mas en los otros órdenes no había inspectores, o comisarios, que anduvieran husmeando qué decía o pensaba cada cual. Incluso yo expresé alguna que otra "originalidad" en algún artículo de la revista *Estudios* y nunca nadie me objetó nada.

Claro que la situación cambió tras el golpe. Ahí la práctica de la no discusión fue calladamente haciendo crisis y cuando, con la implosión de la URSS y la muerte de Arismendi, se debió abrir libre el debate, el Partido se deshizo.

Lo cierto es que en 1966 ello estaba lejano. Así que el Congreso se desarrolló sin sobresaltos y se aprobó una resolución que recogía la del Congreso anterior, enriquecida por los nuevos aportes efectuados particularmente por Arismendi en el período transcurrido. Tampoco hubo problemas en la elección del Comité Central, que fue ampliado, dándoseme a mí y a otros dos compañeros que no teníamos los cinco años de antigüedad requeridos para integrarlo, un carácter de miembros sin voto o similar.

11

Alcoba y yo estamos ensimismados: el pobre, peludeando con no sé que teorema y yo escribiendo mi carta quincenal.

El batir sordo, como un seco chapoteo, de las sábanas colgadas del tendedero, que se agitan con la brisa, tiene algo de evocador con sus restallidos apagados y su fugaz vuelo que a veces parecen iniciar para luego dejarse caer blandamente. Recuerdo cuando tenía

un puñado de años y la azotea de casa tenía todo el encanto de lo prohibido, le escribo a Adriana; yo me allegaba a ella por una escalera del altillo que moría en una escotilla como la de un barco y que era el límite de mis dominios legales. Solo se me permitía trepar hasta asomarme y allí, a medio pecho, como un tanquista en su torreta, desplegaba mis cachivaches en el embaldosado y me convertía en generalísimo de confusos combates. Pero más tarde, con ansias del acre sabor del tabú, me izaba hacia ese mundo insólito y vedado:

“Era el momento culminante de la aventura; tomaba por las puntas las sábanas que sacudía el viento y éstas se hinchaban, gordas, tensas, duras, y allí me abismaba yo, viento en popa a toda vela, no navega sino vuela un velero bergantín, como hubiera cantado si hubiera conocido a Espronceda, y en el bajel pirata galopaba huracanes y domaba tifones; pronto la vela amiga y corajuda se transmutaba en indefinido y feroz enemigo y sable de madera en mano golpeaba y tajeaba hasta quedar rendido y siempre victorioso”.

Estoy, ajeno y nostálgico, en mi azotea de Cuñapirú y Democracia, cuando se abre la puerta y se entrevén galones: es el cabo acompañado por un teniente. El cabo solo dice salgan; requisa, putísima madre. Los dos salimos más rápido que ligero sin siquiera embutirnos el venerable mameluco; manos en la espalda, nos ubicamos de cara a la pared y aguzamos el oído.

De Colonia tenían que ser. Porque resulta que las dotaciones de guardia se rotan entre todas las Regiones Militares, de dos por vez y por un solo mes. Éstos de Colonia son los peores. Hace un tiempito, con la obsesión comunista de trabajar en la cuarta dirección, les regalaron a unos milicos de Minas unas billeteras repujadas; pero la guardia paralela eran estos malditos de Colonia y los batieron y los miliquitos minuanos terminaron arrestados a rigor. Es que ellos pueden robar manualidades que salen, pero jamás recibirlas de los presos: es de los peores pecados, es ceder ante los intentos de abordaje de la sedición.

A su vez, los frustrados intentos de los grises por hacerlo se entienden como conatos de familiarización y terminan invariablemente en la leonera, en un islazo. Hace relativamente poco un preso, jovial él, le hizo una morisqueta a un perro, y le salió barato: una sanción de diez días. Es que los perros también son personal militar.

Las dotaciones se turnan entre los dos sectores, primero en el A, luego en el B, quince y quince días, así que todavía nos quedan once días de Colonia. Son grupos comandados por un cabo en cada sector, pero que no dependen del superior natural porque en cada piso

hay un sargento permanente, que dura en el destino seis meses o un año y que es el que manda. Están Kín Kong, Chupamiel, Caballo y ahora, en el primero, Alambique, que debe su nombre a que luce un jopo como el petiso Alan Ladd y es un borracho.

¿Qué estarán haciendo ahí adentro? Algún desastre: no siento nada. El oficial era muy joven: a lo mejor no es teniente sino alférez, no atiné a ficharle los galones. Porque a los oficiales no los conocemos. Afuera, en el mundo exterior, los pichis están divididos en A, B y C, pero nosotros estamos muy por debajo de los pichis clase C. Sí, para nosotros los milicos son personajes ante los cuales hay que estar siempre cuadrados y con las manos detrás, pero los cabos y sobre todo los sargentos son notabilidades. En cuanto a los oficiales son apenas sombras: los vemos solamente en el pase de lista, a las 9 de la noche, cuando pasan raudos ante las ventanillas abiertas y nosotros los esperamos cuadrados de mameluco. Por supuesto, con relación a los viejos, sospechamos de su existencia porque de ella se murmura, pero no nos consta en puridad, jamás los vemos, son como serafines, creer en ellos solo es cuestión de fe.

Ya va como media hora: vicho a derecha e izquierda y la planchada está desierta. Apenas se entrevén, entre las rejas de la jaula central, a los tres soldados que controlan las puertas. En cambio, se nota bien al escopetero de la jaula de la otra punta. Está rígido porque hay un oficial en la planchada. Es el único que tiene un arma de fuego y a su jaula no se accede por la planchada sino que se sube por una escalera externa. No es un destino grato porque se pasan solos toda la guardia, se pudren, dormitan, a veces se les escapa un tiro y terminan arrestados; las puertas de las celdas pegadas a su jaula están marcadas por sus disparos erráticos.

Bueno, ahí se van: el cabo dice taciturno adentro. Entramos encomendándonos a los santos apóstoles: hijos de puta, es un revoltijo total. No solo las cuchetas, la ropa y los papeles de Alcoba: han tirado hasta el azúcar. Putos, putos, me han jodido los colgantes que estaban a medio hacer: se imaginarían que en los moldes habían sierras sucuchadas. Los cueros de Alcoba están por cualquier lado. Y lo peor, fíjate vos, no se puede creer, mirá qué cacumen, qué agudeza, han desparramado el bracaqué, apurate a ver si podemos recoger algo que el maldito se abrillanta enseguida y emporca todo. Aquí está mi carta: tendré que empezarla de nuevo.

Tenían que ser de Colonia. Casi seguro que mañana o pasado habrá una alarma: ojalá que nos agarre en la celda. Porque en cualquier momento puede chillar la chicharra como loca y ante ello los presos, estén donde estén, todos, en la celda o en la cancha de fútbol,

en la fajina entre el agua o en la cocina entre los desperdicios, debemos arrojarnos de inmediato al suelo, con las manos en la nuca y por todo el tiempo que dure la alarma. Generalmente es bastante larga porque hay que esperar que los sargentos controlen que todos estén OK, presos y soldados. Además los guardias se ponen algo nerviosos porque nunca falla: una alarma siempre termina, además de con uno o dos grises en la Isla, con un soldado arrestado.

12

En agosto de 1967 se reunió en La Habana la OLAS (Organización Latinoamericana de Solidaridad). La historia previa había estado jalonada por otros eventos de distintas características, con participación de gobiernos, de ONG o de ambos, animados por asiáticos y africanos en su proceso descolonizador.

En particular, a fines de 1957 se constituyó la Conferencia de Solidaridad Afroasiática. En 1961 se le incorporó Cuba en carácter de observador: de ahí surgió la idea de sumar a América Latina y entonces nació la Tricontinental, formada por organizaciones no gubernamentales, que se reunieron en La Habana en enero de 1966, con la presencia del FideL en representación de Uruguay.

Allí, a su vez, por iniciativa de Salvador Allende, las 27 representaciones latinoamericanas acordaron la constitución de la OLAS y formaron un Comité Organizador integrado por Brasil, Colombia, Cuba, Guatemala, México, Perú, Uruguay y Venezuela, fijando la primera sesión para el año siguiente.

En Uruguay se urdió tremendo guiribay. El Partido Comunista pretendía controlar el Comité Nacional a formarse y partía de la base que lo componían las organizaciones del FideL y que podrían agregarse los integrantes de la Mesa por la Unidad del Pueblo; el Partido Socialista, la FAU y otros reclamaron primero arrancar de cero y luego transaron con el FideL como matriz pero dando entrada a todo aquel que quisiese. Mientras se remoloneaba con esta cuestión, el FideL en tanto Comité Nacional designó sus representantes al Comité Organizador. A fines de año partimos el Polo Bruera, del Comité Ejecutivo del PCU, Armando Cuervo, del MRO, Álvarez, del MPU, y yo por el Comité Universitario. Era valor entendido que yo permanecería todo el período preparatorio, que Bruera y Cuervo irían solo un par de veces y que Álvarez estaría algo más.

Las circunstancias estaban crispadas porque la URSS y Cuba se

disputaban la hegemonía política sobre la izquierda latinoamericana. La URSS contaba con la adhesión de buena parte del movimiento comunista del continente pero su panorama no era en absoluto homogéneo. Los guatemaltecos absolutizaban la lucha guerrillera que desarrollaban a través de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), que a su vez reivindicaban cierta autonomía política. En el plano teórico lo hacían también haitianos y dominicanos. Los venezolanos estaban divididos, habiendo sufrido el partido la escisión del grupo comandado por Douglas Bravo. Los colombianos sostenían una poderosa guerrilla, las FARC, pero la combinaban con métodos de lucha legales. Los brasileños se encontraban procurando sobrevivir y se desinteresaban de los planteos continentales. Los argentinos estaban en posiciones francamente antagónicas si no hostiles hacia los cubanos.

A su vez los cubanos influían decisivamente en grupos guerrilleros de Perú, Venezuela, Colombia y Guatemala; sumaban algunos grupos con voluntad guerrillera pero aún inoperantes y otros grupitos que no pasaban de la verborragia. Se agregaban unos pocos con un común denominador antisoviético, particularmente grupos peronistas argentinos.

El Partido se encontraba en una situación privilegiada: contaba con la confianza a la par de los soviéticos y los cubanos. Arismendi favorecía la defensa intransigente de las formas democráticas y de las libertades burguesas, pero sostenía la necesidad de dominar (y contar con los medios) de impulsar todas las formas de lucha y creía que en las condiciones concretas de América Latina la vía más probable para todos los países era la lucha armada. Incluso en una ocasión había dicho que para Uruguay la única opción no armada —que no necesariamente no violenta— sería la previa liberación de Argentina y Brasil. A las que no había que esperar, por supuesto.

Fidel Castro y tras él los cubanos en general, tenían en gran aprecio la solidaridad con Cuba que se había desarrollado en nuestro país y Fidel hasta la había mencionado largamente en el discurso de cierre de la Tricontinental. Tenía relaciones estrechas con Arismendi. Pero, además, mientras yo estaba en la OLAS y con mi desconocimiento, en Cuba se estaba preparando un contingente del Partido para ir a combatir a Bolivia.

Por supuesto, también desconocía los planes y el paradero del Che Guevara y hasta ignoraba que había estado peleando en el Congo, aunque esto era ligeramente más sabido.

Ello dio motivo a un embarazoso engorro. En vísperas de mi partida habían llegado a Uruguay los primeros ejemplares de *Revolu-*

ción en la Revolución, de Regis Debray, y el Partido me lo hizo llegar poco menos que en la escalerilla del avión. Lo lei durante el viaje y me quedé frío. El francesito estaba lanzado; sostenía que la exclusiva vía de la revolución era la guerrilla, y no cualquiera, sino la rural; sostenía que genéricamente los partidos eran un estorbo burocrático y que la vanguardia, el foco, era el destacamento armado; sostenía que la lucha tenía que ser por el socialismo.

Se trataba de la esquematización de la experiencia cubana hasta la exasperación y era una burda tergiversación de la historia. La revolución cubana no había sido socialista en su partida, sino democrática y había llegado al socialismo una vez afianzada. Se había estructurado a partir de un partido, el Movimiento 26 de Julio, que incluso había tenido más víctimas en los choques urbanos que en Sierra Maestra. Gobiernos vecinos, como el de Venezuela, le habían cedido armamentos y hasta la había respaldado Lobo, el principal plantador azucarero.

Por lo demás, el modelo cubano era irrepetible porque ni a los yanquis ni a los burgueses se les iba a tomar otra vez de sorpresa en un enfrentamiento armado prolongado, por lo que las nuevas revoluciones iban a tener que ser tan originales como lo había sido la cubana. O cualquier otra en la historia. Sabía que los cubanos se habían ido esquematizando: no era casual que no hubiera ninguna historia más o menos oficial que estudiara todo su proceso. Pero no me imaginaba que hubieran alcanzado tal grado de cerrazón: porque no se me escapó que Debray hablaba con el visto bueno cubano.

Me preparé para el combate ideológico. ¿Había un país que fuese posiblemente una excepción? Descarté Costa Rica por baladí y era poco táctico que un uruguayo adujera Uruguay, por más que fuese risueña la perspectiva de una guerrilla en las sierras de Minas. El asunto era encontrar un país de cierta relevancia que probara que la guerrilla rural no era una ley general, ineluctable, y que dejara su proceso revolucionario a decisión de la historia. Luego de repasar los países de América Latina, en pésima ocurrencia me decidí justamente por Bolivia.

En su momento había leído todo lo que pudo llegar a mis manos sobre la revolución del 52 protagonizada por el Movimiento Nacional Revolucionario (MNR). Sabía de la liquidación del latifundio en casi todo el territorio, con la relativa excepción de la provincia de Santa Cruz en el Oriente, y de la entrega de la tierra a los campesinos, aunque también de la inexistencia de necesarias medidas complementarias, como asistencia técnica y crediticia, por lo que la miseria se mantenía pero no en los niveles anteriores. Sabía que los

campesinos se habían quedado con las armas expropiadas en los cuarteles, por más que fuesen viejos máuser de la guerra del 14. Sabía que los campesinos continuaban agradeciendo al gobierno de La Paz, fuese quien fuese su ocupante, la entrega de esas tierras. Sabía, en fin, que entre indios, cholos y blancos seguían perdurando abismos insondables.

En suma, creía firmemente en que, a pesar de la existencia de un poderoso núcleo en franca postura revolucionaria, insurreccional que no guerrillera, como lo eran los mineros dirigidos por Juan Lechín, no había en absoluto condiciones para una guerrilla rural.

Con tal composición de lugar, llegué a Cuba convencido de que era posible demostrar lo erróneo de la ley inevitable que había decretado Debray en su libelo.

13

Hoy celebramos un acontecimiento: hay una visita especial. Una vez al año, la visita no se realiza en el locutorio sino en el jardín. Uno puede tocarse con el familiar, con la esposa, poco, claro, nada de ponerse a fregar porque si no la guardia te saca cortito. Y además podés decir las cosas que tenés embuchadas porque no hay micrófonos, no hay grabación. Es una concesión singular, así que en su honor se me ocurrió no desayunar para tener la garantía de no evidenciar mal aliento cuando bese a Adriana. Admito que estoy algo nervioso. Sí, es un evento notable.

Estoy en la fila en la entrada del celdario. He leído cantidad de veces el "Aquí se viene a cumplir" y hace un buen rato que esperamos. De pronto me encuentro tirado en el suelo: sin aviso previo, ¿qué pasó? Me pongo trabajosamente en pie mientras los compañeros de al lado me ayudan. El sargento me trata de maricón por no resistir el plantón, cosa que me avergüenza más aún y me ofusca. Pero, ¿qué pasa? Me encuentro de nuevo en el piso: no entiendo, si estoy bien, en serio, estoy bien, no siento nada. Por indicación del sargento ahora es un soldado el que me ayuda a levantarme y quien me lleva a la enfermería en el segundo piso.

Hay dos muchachos jóvenes, de túnica; uno de ellos me ausculta, me pregunta cosas que yo desatiendo desconcertado: justo hoy me tiene que pasar esto, qué cagada, justo hoy, quién sabe qué va a pensar Adriana. El médico concluye que no es nada, que es solo una lipotimia. ¿Qué diablos es una lipotimia? Una pérdida pasajera

del conocimiento como consecuencia de la falta de oxígeno en el cerebro, me dice, no es nada. Ajá, entonces puedo irme. Sí, pero mejor esperá unos minutos más. Me quedo, a la vez impaciente y aplastado; miro en torno a la enfermería y no registro nada, lo único que me repito monótonamente es justo hoy, justo hoy.

Salgo, conducido por el soldado: los demás ya se han ido, quien sabe cuanto tiempo he perdido; me apuro, llevo a rastras al milico, entro al jardín, ahí está Adriana, sentada en un banco, no le permiten pararse.

Está inquieta, nerviosa, y debo confesarle que no se trata de que haya sido sancionado sino que apenas sufrí una lipotimia: para ocultar mi bochorno, le transmito con suficiencia mis nuevos conocimientos médicos. Por supuesto ella no se convence y tengo que contarle largamente cómo está organizada la atención médica en el Penal.

Hay tres o cuatro médicos del Hospital Militar, que se turnan y a los que les fastidia este destino: mandan a cualquiera y en una recordada ocasión le tocó venir a un ginecólogo. Hay también un dentista. Son ayudados por presos, que actúan de enfermeros, y que también son médicos o estudiantes avanzados de medicina. Y además, en cada sector, hay otro preso médico que pasa por las celdas todos los días para dejar la medicación que se tiene recetada y para evacuar alguna consulta rápida. Ciertamente, lo que abunda en el Penal son los médicos, lo que habla bien de la profesión.

Distinto es el caso del psicólogo, Dolcey Britos. Ese no es rotativo sino permanente y es una caca: pertenece al S2. En el Penal hay mucha gente rayada y la cantidad de calmantes que se consume bate récords; es enorme el número de tipos que no pueden dormir si no se dopan y también la gente atacada de depresión porque no banca el Penal o arrastra postraciones traídas del Infierno y que no se ha podido recuperar en ese ambiente jodidamente hostil. No le digo que ha habido suicidios e intentos de suicidios, que psicológicamente esto es una máquina de picar carne.

Al final, logro que Adriana me deje en paz a los servicios médicos y me cuente de lo suyo, cosa que hasta ahora, micrófonos mediante, eludió responder. Ella es arquitecta, pero, destituida de la Facultad y ex dirigente de la SAU, está en la lista negra de la DINAVI y del Banco Hipotecario, así que es imposible que a través de ella alguien obtenga créditos para construir. Pero se liberaron las importaciones, así que se contactó con un vivo que introduce material sanitario de Italia y ahora se pasa la vida proyectando baños y cocinas para los burgueses de Punta del Este.

Vaya, vaya. No será gran cosa, pero saca su platita. Eso sí, tiene

que pasar la mayor parte del tiempo en La Punta. Vaya, vaya. En son de disculpas, me da nombres de otros arquitectos del Partido que están haciendo negocio allí.

Nos despedimos y al regreso voy pensando que los compañeros médicos nos han asesorado sobre otro problemilla que por vergüenza no le he contado a mi mujer. Y es que, sencillamente, los médicos son hinchas fanáticos de la masturbación y hacen proselitismo al respecto. Uno, en los primeros tiempos, se escandalizó ante la sugerencia y, embarazado, se retraía incluso de conversar sobre ello. Pero... tras las reiteradas idas en seco y después de pensarlo mucho se fue cediendo. En otras palabras, uno se fue haciendo un pajero. A escondidas desde luego: es un asunto al que para nada se alude en las conversaciones de celda. La verdad es que los presos somos unos cuáqueros. La temática sexual está interdicta en el Penal. Hasta pasó una cosa, si se quiere graciosa. Resulta que casi todas las semanas tenemos cine: por la noche todos los que no están sancionados bajan, un piso por día, al patio del primero y ordenadamente nos sentamos sobre frazadas dobladas. Entonces vemos una película vieja: generalmente son un bodrio pero igualmente son muy celebradas. Nos vamos convirtiendo en expertos sobre Palito Ortega y Luis Sandrini y hasta se discute sus méritos y deméritos, porque hay quienes dicen que sus películas son buenas porque son sanas. Qué se entiende por sanas, la idiotez, discuto caliente.

Pues bien: una vez que nos visitó una delegación de la Cruz Roja, hubo uno que se les quejó porque en el Penal se exhibían cintas pornográficas. Imagino que le habrá parecido escabroso algún chupón y parece que al tarado no se le habrá ocurrido nada más apropiado para aprovechar el poco tiempo que le tocó por azar. Qué cretino. Hays estaría feliz.

Supongo, me digo, que ese tipo no sabrá que el médico de nuestro sector, que es cirujano, es un partidario de la circuncisión y la propaga por eso de la higiene y demás boludeces. Que no rompa, mire si uno va a entrar en eso. Aunque se comenta que alguno agarró viaje.

14

Con Álvarez y Cuervo llegué nuevamente a Cuba a fines de 1966, a horcajadas de otro aniversario de la Revolución.

Fuimos recibidos cordialmente, pero no le erré en mis previsiones: no había abierto las valijas cuando ya me estaban preguntan-

do sobre el folleto de Debray; no me inmuté y, tras los elogios de rigor, recité el libreto que me había aprendido. Más tarde me llevaron ante Haydée Santamaría, quien presidía el Comité Organizador en nombre del Partido Comunista cubano.

Empezó la rutina. Yo compartía con Álvarez una enorme habitación en el Hotel Nacional, un hermano mayor del Parque Hotel montevideano, frente al Malecón. La planimetría de La Habana es similar a la de nuestra ciudad, solo que orientada al revés, con el Malecón (la Rambla Sur) al norte, la Ciudad Vieja sobre la entrada de la bahía, la refinería al fondo de ésta y, enfrente, en vez del Cerro, el barrio obrero de Regla. Y la ciudad extendida al oeste en vez del este. En el Vedado, siguiendo la 23 y a unas diez o doce cuadras del Hotel Nacional, se encontraba la sede de las OLAS, a seis o siete cuadras del Comité Central del Partido.

Había una reunión plenaria semanal, pero pasábamos todas las mañanas por la sede para leer los diarios y los resúmenes informativos del Partido que eran mucho más completos. Permanentemente éramos convocados unos u otros para hablar en actos organizados en barrios o centros de trabajo, y a veces en otras provincias de Cuba. Se nos acogía efusivamente: la población se imaginaba que éramos el Estado Mayor de la revolución latinoamericana, cosa que le encantaba a varios de mis compañeros. También se nos invitaba a recepciones oficiales y a espectáculos cuando éstos tenían una connotación política.

A poco de estar me di cuenta que nuestra presencia era meramente protocolar: la conferencia la venían preparando los cubanos y nosotros estábamos, con resignación o beneplácito, solo para co-honestar. Con mis compañeros también la relación era amigablemente formal: no nos sincerábamos entre nosotros y no contactábamos sino en la propia OLAS. El guatemalteco era serio, reservado, y hacía milagros para mantener un equilibrio entre el Partido y las FAR que aquél supuestamente controlaba. El brasileño, que residía en Cuba, era un bancario, sin definición partidaria, que fungía como representante obrero. La pareja mexicana, jovencita, eran unos loquitos simpáticos de un ignoto grupo cardenista. El representante peruano, un taciturno mestizo, lo era de un pequeño movimiento guerrillero. La delegada del MIR venezolano era la que más cómoda se sentía no haciendo nada útil y tenía empujes reivindicativos aspirando a un auto para su uso privado. Con el único que sintonicé fue con un comunista colombiano, Caycedo, hombre serio, inteligente, con excelente formación política; igualmente nos tratábamos esporádicamente para que los cubanos no

sospecharan una actitud fraccional: cuando teníamos que conversar seriamente, cruzábamos al Malecón porque creíamos, a medio camino entre la paranoia y la cordura, que las conversaciones de los integrantes del grupo eran grabadas.

Tampoco tenía un contacto asiduo con la pequeña colonia uruguaya, salvo con un Ingeniero, Tróccoli, que vivía con su familia en una bonita casa en Cubanacán, y con Moisés Lasca, un violinista que tocaba en la Orquesta Nacional. Ambos eran del Partido y aplatanados, o sea que eran milicianos y ganaban los magros salarios cubanos y no los opíparos de los técnicos extranjeros. Convivir con ellos fue una bocanada de aire fresco.

Haydée no era una mujer llana: enérgica, decidida, había tenido una actitud heroica cuando cayó presa en el batistato y era muy consciente de ello. Nos trataba como un soberano a sus súbditos.

Pese a mis moderados esfuerzos, nunca le caí en gracia. Yo me preguntaba las razones y creí hallarlas en el hecho de que era un comunista embozado, cosa que imaginé que a Cuervo le había faltado tiempo para decírselo; esa vez que volvió Bruera, se lo reveló y añadió, para mejorar las cosas, que yo era del aparato armado del Partido “y tú sabes que esa gente es un poco rara”. No mejoró las cosas.

Cuando llegaron Bruera y luego Arismendi les hice un detallado informe de mi vida y milagros en la OLAS, incluyendo mi relación con quien yo llamaba “la princesa” y mi trovatta dialéctica sobre Bolivia. Ignoro si Bruera sabía en qué andaba el Che: supongo que no. Pero Arismendi me escuchó en silencio sin hacer el menor comentario. Ahora supongo que Haydée sabía lo del “operativo Bolivia”, que presumió que yo también estaba enterado y conjeturó un doble y malintencionado discurso mío y del Partido: que apoyábamos la aventura del Che, facilitándole el ingreso a Bolivia y proveyéndole de una dotación de uruguayos, pero a la par descreyendo en su éxito y proclamando su eventual fracaso ante quien quisiera oírlo. Como lo hacía yo. Aparte de que esa hipótesis hubiera demostrado una insanable bobera de mi parte, la verdad es que la ambigua actitud de Monge, el secretario del partido boliviano, daba pie para recelar de la postura de esos dúplices comunistas.

A mediados del semestre, cuando pasó Bruera, fuimos con toda la gente de la OLAS al corte de caña durante una semana: fue un prurito de honor cortar más caña que cualquier extranjero, pues los comunistas uruguayos no podían ser menos que nadie. En otra ocasión viajamos a la Isla de los Pinos, la isla de la Juventud, donde estaba el famoso Penal vacío; ante los lóbregos edificios varios que-

daron horrorizados, aunque yo imaginé y luego confirmé que no era peor que el de Libertad: incluso era más racional, porque sus pabellones eran circulares y por ende desde la torreta central se vigilaba toda la construcción.

Así se llegó a la Conferencia. Me mudé desde el Hotel Nacional al Habana Libre, asistí a nuevas discusiones inútiles entre los delegados uruguayos y me preparé para el gran momento: sin especial inquietud, de todos modos ahí estaba Arismendi para desfacer los entuertos que surgieran.

Era un mundo de gente: entre participantes, invitados y periodistas superaban las 300 personas. Se integraron cuatro comisiones: la 1, sobre formas de lucha; la 2, sobre penetración imperialista; la 3, sobre solidaridad; y la 4, sobre estatutos. La 1 concentraba toda la atención; a mí me tocó la 3.

La temática de la Comisión 1 fue la más ardua por supuesto. En ella, el Partido Socialista uruguayo y el MRO se incorporaron a las filas más radicales, mientras las delegaciones más sensatas hicieron lo indecible para equilibrar el proyecto de resolución; en forma optimista se puede decir que lo lograron apenas.

Inesperadamente, la comisión más tensa resultó la mía. Primero, porque junto al apoyo a Bravo se coló el repudio al Partido Comunista venezolano (PCV): no me gustó, pero no lo tomé demasiado a pecho: la media vuelta del PCV había sido un tanto abrupta.

Pero segundo, más definitorio, porque se debatió el comercio soviético con nuestros países y, al socaire de una presunta ayuda crediticia soviética a las oligarquías, se pretendía censurar a la URSS. Para peor, los delegados comunistas chileno y paraguayo vituperaron la censura como posición anticomunista; Armando Hart, que presidía la reunión en nombre de los comunistas cubanos, se encrespó y ardió Troya. Yo atacué briosamente la censura, pero con paños tibios hacia los cubanos; luego Hart, ante Arismendi, reconoció ese respeto pero en cambio, al regreso, los socialistas me pasaron lija gruesa.

La Conferencia terminó como es sabido: la Mesa y la mayoría del Plenario aplaudiendo enfervorizadamente la censura a la URSS, con Arismendi de pie y sin aplaudir y el observador vietnamita también de pie y también sin aplaudir.

Creo que en esos momentos los cubanos estaban enfermos de petulancia; no solo se creían dueños de la verdad –cosa que cualquiera tiene derecho a creer– sino que estaban envanecidos de que ellos iban a llevar la revolución al mundo. Su presunción era desmesurada pero, en aras de la justicia, también hay que decir que la

mitad de los cubanos estaban dispuestos a viajar a los más recónditos lugares para combatir al imperialismo con las armas en la mano. Y a derrotarlo.

De todos modos, me fui hartó.

15

Ha pasado tremenda desdicha: cerraron la biblioteca para una requisa a fondo y retiraron también los libros que teníamos prestados.

Tiene que haber sido una batida. Porque en la biblioteca había, sucuchados, muchos libros vetados; algunos inofensivos, como textos de física que figuraban como de astronomía, pero otros no tan inocuos, comentándose que hasta estaban las obras escogidas de Lenin y *El Capital*. Con cubiertas inocentes, claro. Los bibliotecarios eran casi todos tupas y los libros prohibidos los hacían circular entre gente elegida: vaya el bardo grosso que se les viene cuando esas cosas salten.

Esto arrancaba de la época de oro del Penal, los primeros tiempos, en que adentro los tupas hacían lo que se les ocurría y la biblioteca se armó con donaciones masivas de ellos y sobre todo de los suecos. Ahora la requisa sin dudas va a durar meses porque cuando aparezca algún contrabando de estos los milicos se van a emplear a fondo y van a mirar todo con lupa ya que los oficiales no se puede decir que sean unos expertos: hace poco, en una requisa en el tercero, un oficial armó flor de relajo porque creyó que un libro de Thomas Mann era de Marx.

Y pensar que me fui cansando de la resina y cada vez me dedicaba más a la lectura. Me había consagrado sobre todo a la literatura latinoamericana porque allí tenía un agujero: en mis tiempos mozos, cuando leía como un descosido, mis preferencias iban a la novelística europea y norteamericana. ¿Y ahora, qué hago?

Bueno, nada gano con quejarme. Vera, al que hace poco también bajaron al primero, tiene la Biblia en propiedad, se la mandó la familia, y ni la ha tocado. Voy a ver si se la pido prestada. Después de todo, nunca la abrí y ese es otro agujero que tengo en mi cultura, caramba. A veces me he dicho que si llegaba a estar preso la iba a leer. Bueno, llegó el momento.

Heme aquí con la Biblia: empecé metódicamente, trabajo de preso, y al poco rato me pudrió. No hay caso, no se puede leer como si

fuera una novela: o se estudia o se la deja en paz como hizo Vera. Así pues estoy haciendo una cronología del Génesis: qué bueno, voy a averiguar la edad del mundo. Un momento, aquí hay incongruencias: en alguna parte he leído que los libros del Pentateuco fueron escritos por distintos autores y en distintas épocas, voy a identificarlos. Es un trabajo interesante.

No, diría más, es muy interesante. Sí. Voy a ver si hago un estudio en serio. Voy a tomar todo el Pentateuco, empezando con el Génesis, y dividiré el estudio en varias partes: un enfoque literario, uno histórico, uno económico y uno religioso. Claro que yo no sé nada de religión y casi nada de la historia de la época y no tengo bibliografía de apoyo. Pero, digamos, si lo hago con seriedad, tendrá un valor testimonial: qué le puede decir la Biblia a un ignaro total en el tema.

Para empezar, porque esto es un abuso, voy a pedir a casa una Biblia y le voy a devolver la suya a Vera.

La Biblia no aparece: es raro porque Adriana es muy cumplidora, aunque le revienten los libros religiosos: prejuicios de su época de alumna de una escuela de monjas. Le voy a preguntar en la próxima visita. Le han rebotado el maldito libro, se lo han devuelto con un sello que dice rechazado. Me enfurezco. ¡Cómo me pueden hacer tal cosa, defensores del mundo occidental y cristiano! ¿Por qué la puede tener Vera y yo no? ¿Y si yo estuviera por convertirme? Tengo derecho, ¿no?

No importa, me hago el sota con Vera y chau. Aunque hay otro problema: en el Penal no se pueden escribir obras, está prohibido. Se dice que solo hay una autorización especial, la de Conteris, un fulano que fue pastor y que cayó preso por falsificar documentos para los tupas. Pero es probable que un material sobre la Biblia se salve en una requisa: después de todo los oficiales entenderán poco y pensarán que se trata solo de resúmenes de lecturas, que esos sí están permitidos. Después de todo, entre un islazo y pudrirme todo el día como una ostra no hay opción.

Eureka: pasó, pasó. Mi primera victoria en el Penal, sobre el Penal. Tuvimos una requisa y cuando volvimos a la celda ésta presentaba un espectáculo extraordinario: estaba impoluta y sobre la cucheta estaba mi cacho del Génesis, perfectamente ordenado. El oficial estuvo cerca de media hora adentro y sin dudas se pasó todo el rato leyéndolo y no tocó más nada, ni siquiera para hacer pinta. Es notable porque el estudio tiene un enfoque marxista y si el milico hubiera leído bien, entendiendo lo que leía, tendría que haberle parecido satánico. A Alcoba le pareció tan notable lo sucedido que

también se ha puesto a leerme: tengo dos lectores, soy un autor de éxito.

Hoy es 17 de abril de 1981: esta es una fecha que hay que anotar, sí señor. Reabrieron la biblioteca: siete meses estuvo cerrada. Ahora estoy en la cruz de los caminos: ¿qué hago con el Génesis? Porque está claro que si lo que he venido escribiendo tiene algún mérito, tiene algún valor, es porque partí de cero, sin saber nada, son mis mondas y lirondas conclusiones. Pero si ahora pido material, entonces ese valor se va al diablo: lo que salga será equiparable a miles de otros estudios que ha hecho gente que se ha pasado la vida estudiando la Biblia. Y entonces voy muerto.

Pero, ¿qué importa? Si mi Génesis va a ser para mí, nada más. O para mí y Alcoba; no lo podré sacar del Penal, nadie va a leerme. Y tengo curiosidad por ver si mis conclusiones se compadecen con las de la gente que en realidad sabe. Si: voy a ver qué bibliografía hay: supongo que en la requisa deben haber barrido con cientos de libros pero sin duda los míos estuvieron vacunados.

Estoy leyendo literatura especializada, religión, historia de las religiones, todo lo que hay, y también historia del Cercano Oriente. Los tipos de la biblioteca deben estar convencidos de que en plena angustia existencial me he convertido al cristianismo, ¿catolicismo, protestantismo?, vaya a saber. O al Islam, por qué no. La verdad es que me he convencido que la única religión verdaderamente monoteísta, o sea la más avanzada, es la musulmana. También podría ser el budismo, caramba: estos asiáticos, el Gautama, Confucio, son unos capos, fueron filósofos, no religiosos; las vueltas de la vida: Buda fue ateo y sus seguidores lo hicieron dios a él. Da para pensar mucho acerca de los hombres y el origen de las religiones; voy a ver si cuando termine el Génesis empiezo a trabajar sobre esto. Tiempo tengo.

Cómo no: tengo todavía para tres años. Dos años y medio en el cuartel, dos años y medio en el Penal, equilibrio perfecto. Tres años; si se lo compara con los siete que todavía le esperan a Alcoba no es para tanto. O con los treinta que les fajaron a algunos tupas.

Pensar que hace algunos años había gente que no deshacía el bolso porque pensaba salir en días, que iban a venir los camiones. Los mioncas, el sueño de los mioncas... En qué quedó.

Ahora, en general, el que no está loco, está asimilado, no se piensa ya en la salida y las perspectivas se miden en, digamos, lustros. En comparación, yo soy un liviano. Pero la gran mayoría está tranquilo, tomarán pastillas y todo lo que se quiera pero la bancan. Los milicos fracasaron en hacer de esto un gran manicomio.

Si no, que lo diga Alcoba: catorce años de gratirola y como si nada. Solo toma algún plidex de vez en cuando. Dentro de quince días va a haber un plebiscito y hasta se niega a hablar del tema. Es que sabe que todas las dictaduras han ganado sus plebiscitos, no serían tan imbéciles de llamarlos si no tuvieran la absoluta seguridad de ganarlos.

16

De marzo a octubre de 1967, con Oscar Gestido, el nuevo gobierno colorado intentó esforzadamente impulsar una política económica distinta a sus antecesores blancos, independiente de los organismos financieros internacionales. No se lo dejaron y el general se rindió con armas y bagajes, expresando resignado: "Sin romper con ningún organismo internacional, pero prescindiendo de su ayuda, dimos oportunidad para que se intentara poner al país en marcha con los frutos casi exclusivos del esfuerzo propio. El camino del aislamiento y del esfuerzo interno, es demasiado penoso y quizás estéril en el mundo de hoy". El 9 de octubre desplazó a sus cinco ministros desarrollistas y decretó las medidas de seguridad contra los bancarios.

Gestido era un buen hombre. Al mes siguiente murió y va a comenzar el pachecato.

Mientras tanto, en torno al diario *Época*, del que habían desplazado a Quijano que lo había hecho posible, los socialistas y otros grupos como la FAU y el MIR intentaban agrupar una izquierda –para decirlo discretamente– radical y publicaron un documento incendiario. Se quemaron: con buena dosis de ingenuidad sobrevaloraron las libertades burguesas y Jorge Pacheco Areco replicó clausurando el diario y disolviendo las organizaciones políticas firmantes, hecho facilitado por la falta de representación parlamentaria de éstas.

Se veía venir: días antes la Iglesia había publicado la *Pastoral de Adviento*, grito de alarma sobre el rumbo al que se encaminaba el país. Pasaron unos pocos meses más –como para dar tiempo a la “devaluación de la infidencia”– y el 13 de junio de 1968, aduciendo conflictos gremiales reales e imaginarios, Pacheco se libró de Alba Roballo, Manuel Flores Mora y Carlos Queraltó y pocos días después de Aquiles Lanza, impuso un ministerio de financistas y grandes empresarios, decretó nuevas medidas de seguridad y lanzó la

congelación de precios y salarios. Era el “cimbronazo hasta que crujan los huesos” que le había reclamado Jorge Batlle.

El Uruguay del segundo batllismo –el del primero había muerto con Terra en la década del treinta– falleció a su vez ese 13 de junio. De entonces a hoy, y pasando por la dictadura, hubo un largo camino sin solución de continuidad.

La táctica del Partido y, a través de él, del movimiento obrero, fue de lucha y desgaste contra el gobierno, al mismo tiempo que de mayor acrecentamiento de sus fuerzas. Sin entrar en el corral de ramas de una huelga general insostenible en el mediano plazo, en todo el resto del año no se concedió un solo día de paz.

A fin de año el balance fue tremendo: 50.000 funcionarios, del Banco de la República, del Banco Central, de UTE, de ANCAP, de AMDET, habían sido militarizados; miles de uruguayos habían pasado por los cuarteles; la Universidad fue clausurada por casi un mes; se despidieron dirigentes sindicales. Se contabilizaron 130 confrontaciones callejeras con la policía y en ellas hubo cientos de heridos y tres muchachos, Líber Arce, Hugo de los Santos y Susana Pintos, murieron baleados por la policía.

Las medidas de seguridad de 1969 serán igualmente o más duras.

Anoto, en ese mar convulsivo, una gota minúscula pero significativa: 69 en 73 funcionarios de la Facultad de Arquitectura, incluyendo blancos y colorados, muchachitas y viejos, achuchados, aterrados, salíamos antes de la clausura de los locales universitarios a volantear contra las medidas de seguridad.

Recuerdo que en la mañana en que se supo que en el Clínicas había muerto Líber Arce yo estaba en el Rectorado. El golpe fue brutal. No era la primera vez que en confrontaciones sociales se sufría un caído: pero antes las víctimas habían sido obreros. Lamentables, indignantes esas muertes, pero se visualizaba que formaban parte de la lucha de clases, provenían del proletariado, un sector social focalizado y en cierta medida segregado. Pero esta vez era un estudiante: la agredida era la sociedad toda. Y como tal reaccionó: a la mañana siguiente, para el cortejo que se hizo hasta el Cementerio del Buceo, se congregó una de las mayores multitudes que registra la historia del país; las campanas de las iglesias repicaban ante el lento pasaje, repicaban por Uruguay.

Yo venía escribiendo en el diario *El Popular* desde 1964, en un incremento que me había llevado a ser colaborador habitual del suplemento *La Revista de los Viernes*. Pero la situación no estaba para medias tintas. Días después me incorporé al diario como

subdirector y tras ello renuncié a la Facultad pasando al diario como funcionario.

Como después de 1992 se ha dicho por ahí que los periodistas desfondamos las arcas del Partido, quiero agregar algunos datos de índole personal, aclarando que mis peripecias no fueron solo particulares. Yo trabajaba en la Facultad de Arquitectura en un modesto cargo, funcionario administrativo con 30 horas semanales, y el resto de mi tiempo lo dedicaba a la militancia: nunca había cobrado ni un boleto de ómnibus. En mi condición de periodista, o sea de funcionario del Partido, pasé a ganar menos de mi sueldo de Facultad con 30 horas: exactamente el 70% de lo que ganaba un guarda de ómnibus con 44 horas semanales. El régimen pasó a ser el siguiente: por la mañana, a partir de las 8 y 30, revisaba y anotaba todos los matutinos para constatar omisiones y aprestar la edición de ese día; a las 14 horas llegaba al diario y trabajaba hasta las 12 de la noche, menos el lunes, en que como por la mañana se reunía el Consejo de Dirección del diario y por la noche yo era encargado de cierre, me quedaba desde las 8:30 del lunes hasta las 5 de la mañana del martes, de corrido. Así todos los días, menos el sábado, en que mi señora me rescataba a las 7 de la tarde para ir a un cine, a un teatro o a alguna reunión de amigos. No conocíamos otro feriado que la víspera del día mensual del canillita; pero como ya éramos unos viciosos, por la mañana reuníamos la Agrupación del Partido. En suma, entre 90 y 100 horas semanales.

¿Así fue como nosotros fundimos al Partido?

17

Pa' los contras: se ganó el plebiscito, los milicos se jodieron, el relajo que ahora habrá entre ellos. No se sabe mucho, pero clavado que menos los pachequistas y algunos blancos, como en 1973, todos se portaron, habrá que acreditarlos.

Sí, los milicos en el molde, como si no hubiera pasado nada. No, qué digo, el primero tendrá trabajo, nos han dado la panadería: se terminó el primero como piso de seguridad, es tremendo afloje, ¿cómo, si no, interpretar esto?

Panadero: mi viejo estaría contento, y también mi padrino, el tío Jesús, que siempre me reprocha la deserción. Lo bueno es que los compañeros se creen que yo domino el oficio, qué va. En fin, las vueltas de la vida.

Hoy nos inauguramos, hubo que bajar a las cuatro y media, antes del reparto del agua caliente, y aquí estamos. La panadería está bien, el horno es aceptable, la amasadora y la sobadora son apropiadas, industriales. Los maestros son un par de compañeros del tercero, que hace años que cumplen con la tarea y que seguirán con el amasado y marcan el ritmo. Teóricamente hay un cabo que funge como capataz o algo por el estilo pero que no hace un pito y que solo se aparece cuando hay que mandar el pan a los pisos. Así que hacemos lo que queremos, es el autogobierno en el Penal, que te creés vos. Mientras armamos, hablamos entre todos y esto se va pareciendo a una agrupación del Partido. Está bueno. Me adapto bien y me pasan a la sobadora: hay que tener cuidado con las manos, no sea cosa que deje algunos dedos entre los rodillos.

Formamos dos equipos y a los ocupantes de las celdas los han dividido, por lo que hoy le toca bajar a Alcoba. Estoy solo: es la primera vez en cinco años que estoy toda la mañana solo. Me siento liberado, me doy cuenta que estar toda la vida acompañado en todo, hasta para cagar, crea tremenda dependencia y también un hastío, es como si uno tuviera todas las desventajas de un matrimonio y ninguna de sus ventajas. Cometo la estupidez de ponerme a revisar la celda como si no la conociera en sus más mínimos detalles, inspecciono hasta las manualidades de Alcoba y sus apuntes de matemática; durante algunos minutos los repaso, recordando mis viejos tiempos de estudiante, pero descubro que lo hago sin ninguna añoranza, como si me fuera totalmente ajeno: como efectivamente lo es.

No sé qué hacer: me siento como si el día de hoy fuese un feriado. Dado que estoy en el equipo de la panadería quedo eximido de los trabajos de planchada y estoy totalmente al cohete. Porque no siento ganas de meterme con el Génesis: quisiera algo distinto, pero no sé qué. Si fuera de noche, me asomaría a la ventana para ver las débiles luces del balneario Kiyú: dicen que en los pisos altos se aprecia la costa y barcos que pasan, debe ser lindo. Hasta algunos dicen que se nota un lejano resplandor, como una focalizada claridad lejana, que atribuyen a las luces de Buenos Aires. Puede ser.

Me acodo a la ventana donde están posadas dos palomas que indiferentes no se mueven.

"Libertad, 14 de enero de 1981. Querida Adriana (...) están en el vano de la ventana, entre el vidrio abierto y la reja, discuriendo. Su glogloteo a pico cerrado no era algo que ellas hacían sino que les sucedía y al cual permanecían indiferentes; resultaba un sonido denso, cavernoso, cortado, como un goteo de melaza, que asumía un carácter básicamente orgánico, de una elementalidad impersonal y ge-

nérica, de un principio esencial. Me entretuve observándolas: su perfil es una composición de curvas casi perfecta, tal vez el logro más armonioso obtenido por la naturaleza, y su cuerpo, despojado de ese carácter etéreo y frágil que generalmente se les atribuye, se revela aplomado, rotundo, grávido, como una estatuilla de las diosas madres neolíticas; el plumaje es de un gris levemente azulado y cede en el cuello ante pequeñas oleadas violetas y verdosas que se van reduciendo hasta una apariencia escamosa, equilibrando el púrpura agresivo de las patas. Cloqueaban en su atalaya como si estuvieran juzgando a seres y aconteceres circundantes, pero ausentes en su gravedad de todo superficial ánimo chismoso, como dos matronas patricias que otearan desde su templo jupiteriano la decadencia de Roma; efectivamente hay rasgos de estoicismo en esa permanencia desapegada que se gasta la vida en sus encarnaciones irracionales. No obstante, la conjunción de proximidad y evaluación crítica puede ser desmitificadora; encontré un defecto formal que bondadosa o mentirosamente disimulan los ilustradores, disimula Picasso, un cedimiento del hueso frontal al bajar hacia el pico, que le otorga ese mismo aire huraño que le da el sobresaliente arco superciliar al hombre primitivo o que, más bien, dada su relativa altura, me rememoró absurdamente la frente de una ballena con la incongruencia que implica ese injerto de Moby Dick en un cuerpo alado. Luego descubrí que la gravedad encubría un algo de falsedad, de artificio, en esa nerviosidad de los cuellos que se movían súbita y continuamente, como un juguete de relojería al que se le hubiera descompuesto el mecanismo y repitiera caóticamente trozos inconexos de un ritmo perdido. De pronto, una de ellas saltó a un barrote y miró hacia atrás y durante un largo instante nos miramos de hito en hito: sus ojos eran dos botones de vidrio marrón, inexpressivos, que evocaban la industria engañosa de un taxidermista y que ubicados en un animal vivo contrastaban lastimosamente con la luminosidad húmeda que nos lleva a querer al perro. A esa sensación de rechazo me rendía cuando abruptamente las dos aletearon y se echaron a volar como si proclamaran que en ese milagro dinámico increíble se hallaba la respuesta a toda posible objeción. Entonces recordé a otro amigo, ahora perdido: cuando me encontraba en el tercero, dos o tres veces al día se podía ver planear a lo lejos como un punto negro que crecía velozmente y que, a cosa de diez metros del celdario, efectuaba un ceñido giro; era un halcón que se posaba enhiesto en un cable justo frente a mi ventana. Lo evoco bello por su arrogancia; seguro de sí, observaba con interés el movimiento de las canchas y luego, aburrido, procedía a operaciones de expeditiva higienización. Otras veces traía como tro-

feo algo que parecía un despojo deshilachado: lo sujetaba entre el cable y una pata y mientras compensaba pequeños balanceos tal cual un trapecista de circo, su pico hurgaba y arrancaba: merendaba. Merendaba alguna lagartija o, claro, algún pichón de paloma. Supongo que visto de cerca sería un espectáculo desagradable; a la distancia que yo lo observaba, el hecho se inscribía en su plenitud pura, gozosa y vital, y estaba bien, pues era lo que correspondía. Mientras dejaba la ventana pensaba que así nos sucede con todo: la distancia o el encerramiento nos ahorran detalles penosos que nos son develados por la cercanía y la cotidianeidad, pero ese aislamiento es la cobertura de la ignorancia pues vivir es conocer y no podemos renunciar a ello, debiendo entonces aprender a aceptar que lo imperfecto, lo lesivo, lo gravoso, son la condición del vuelo hacia el firmamento. Me despidió, entonces, con muchos besos. Tito.”

18

Aparte de participar en la página editorial del diario, me encargué de las “campanas”. Por tales se entendía tomar un tema y cubrirlo sistemáticamente desde todos los ángulos por largo periodo de tiempo. La habilidad –o falta de ella– consistía en tratar de descubrir nuevos enfoques o encontrar materiales enriquecedores de modo de cansar lo menos posible al sufrido lector. Esto era prácticamente imposible de lograr en ciertas campañas a término como, por ejemplo, preparatoria de un acto importante; entonces el lector avezado razonablemente no leía esos artículos repetitivos sino que, estimando a ojo su cantidad y extensión, evaluaba la importancia que le daba el Partido a tal evento y obraba en consecuencia. Claro que más hubiera valido llegar a un acuerdo tácito o expreso con los lectores y otorgarle equis cantidad de asteriscos al acto, del mismo modo que hacen los críticos cinematográficos. Lo cierto es que escribir esos materiales era una torturante y vana búsqueda de originalidad. Solamente en los últimos tiempos descubrimos tímidamente la eficacia de la publicidad gráfica en la prensa.

Distinta era la “campana” sobre un tema al cual el Partido le interesaba convertirlo en un hecho político. Por ejemplo, llevé adelante las correspondientes a UTE y ANCAP, sobre todo la primera. Eran peculiares al ser los artículos aperiódicos y siempre surgía un ingrediente nuevo que se podía agregar encabezando la nota; sobre todo Pereyra Reverbel era un valioso colaborador del diario porque perpetraba perennes barbaridades que nos permitían lucirnos.

Pero, de lejos, la más trascendente fue la campaña relativa a la banca privada.

El elenco con el cual se rodeó Pacheco era harto singular. Estaban: Jorge Peirano Facio, ministro y del Banco Mercantil; Federico García Capurro, ministro y del Banco de Cobranzas; Frick Davie, ministro y del Banco de Crédito; César Charlone, ministro y de la Sociedad de Bancos; Carlos Sanguinetti, presidente del Banco Central y de la Caja Obrera; Carlos Vegh Garzón, presidente del BROU y de los bancos del Plata e Internacional; Alejandro Vegh Villegas, Comisión de Planeamiento y Presupuesto y Banco La Caja Obrera; Joaquín Secco García, Subsecretario y Banco de Cobranzas. Este florilegio se acompañaba de algunos colaterales, del tipo gran empresario, como José Serrato o Walter Pintos Risso, y abogados de grandes empresas, como Eduardo Jiménez de Aréchaga.

Ya no era una representación de la oligarquía, sino sus titulares directamente que, viendo en juego sus intereses, dejaron brevemente a un lado sus tráficos y han tomado la conducción del gobierno: es un caso de capitalismo de Estado. Y no es la oligarquía genérica, sino la oligarquía financiera; el latifundio o el gran comercio puros han sido desplazados, pero, reconociendo su supeditación creciente al capital bancario, lo han aceptado.

Es con ese marco que en pocos años se procesa la concentración y extranjerización de la banca, auspiciadas y financiadas abiertamente por el Banco Central.

Contando con la valiosa colaboración de la gente de la Asociación de Bancarios, *El Popular* fue el único medio de prensa que abordó tan vital problema: no olvidemos que Quijano era abogado del Banco de Londres y que *El Oriental*, sustituto de *El Sol*, era meramente testimonial.

La banca privada era (¿es?) un nido de agio, maniobras e ilegalidades de todo tipo y calibre. Por ejemplo: en abril de 1965 había quebrado el Banco Transatlántico, el segundo banco de plaza; no cayó por causas sustantivas sino por un error, haber especulado con tierras y no con dólares, y un pecado, estar enlazado a financieras norteamericanas y no a la gran banca. Aramendía, del Banco Comercial y presidente del BROU, le hizo una zancadilla y cayó el BTU. Sus responsables fueron juzgados, procesados y velozmente, en setiembre, marcharon a la cárcel por sus delitos.

Pues bien: todos y cada uno de esos delitos los venía cometiendo y los siguieron cometiendo los demás bancos a vista y paciencia del Banco Central.

Desde el *El Popular* me dediqué sistemáticamente a levantar esos velos.

1. La ley 13.330 y el decreto 177/966 prohibían a las financieras recibir dinero en préstamo. Se lo tipificaron al BTU. *El Popular*, con nombres, directorios y supeditaciones, demostró que otros diez bancos tenían financieras colaterales. No pasó nada.

2. Realización de operaciones fraudulentas con las financieras: se lo tipificaron al BTU. *El Popular* demostró que también lo hizo el Banco Comercial con “Alcresa”. No pasó nada.

3. Colocación en los directorios de las sociedades anónimas colaterales de amigos, familiares y dependientes: se lo tipificaron al BTU. *El Popular* demostró que ello se hacía también en otros siete bancos. No pasó nada.

4. Colocación de préstamos importantes a las colaterales: se lo tipificaron al BTU. *El Popular* demostró que lo mismo habían hecho el Banco de Crédito, el Industrial y Comercial y el de Cobranzas. No pasó nada.

5. Las colaterales obtenían créditos del exterior que se canalizaban al banco: se lo tipificaron al BTU. *El Popular* demostró que otros ocho bancos hacían exactamente lo mismo. No pasó nada.

6. Balances falsos: se lo tipificaron al BTU. *El Popular* demostró que otros doce bancos también lo hacían. No pasó nada.

7. Pago de intereses superiores a las tasas legales: se lo tipificaron al BTU. No vale la pena contar: todos los bancos lo hacían. No pasó nada.

8. Violación de las leyes impositivas: se le tipificó al BTU. También todos lo hacían y se demostró. No pasó nada.

9. Fraudes en perjuicio del propio banco: se le tipificó al BTU. *El Popular* pudo demostrar un caso, falsas órdenes de pago del Toronto Bank al Banco de Crédito. No pasó nada.

Más tarde, una recopilación ampliada de estos artículos se publicó en forma de libro, *La telaraña bancaria*.

Cuando decimos que no pasó nada, decimos algo inexacto. No pasó nada por parte del Banco Central o la Judicatura, pero pasó en el interior de los bancos, pues de inmediato y sistemáticamente comenzaron a trasladar al personal sindicalizado de las secciones más comprometidas –Secretaría, Mesa de Cambios, Negocios con el Exterior– a otras más inocuas.

Y pasó otra cosa, más original. En noviembre de 1972 el dos veces ministro de Pacheco, Jorge Peirano Facio, era ex ministro y tenía el Banco Mercantil intervenido. Ante nuestro tratamiento del tema se decidió a argumentar y envió hasta seis largas cartas al diario en una polémica suicida. Vaya a saberse cuáles eran los propósitos que perseguía; en ella se dirigía a mí como “los abogados del

diario". Las publicamos con gran deleite de nuestra parte y, claro, las respondimos; modestia aparte, lo hice puré.

19

Los mandos han lanzado los dados y me ha tocado volver al tercero: después de dos años y medio con Alcoba, ahí marchó con mi colchón y mi bolso y a la izquierda me abren una celda. Me encuentro con Pinky. Piccardo: lo conozco del diario, donde él dirigía el suplemento de la UJC. Muy buen tipo: he tenido suerte.

Pinky es sereno, taciturno, tiene un buen humor que lo trasunta en una semisonrisa a lo Mona Lisa. Cuando jovencito también fue estudiante de arquitectura y luego se convirtió en funcionario del Partido. Pero algo de su primaria condición le debe haber quedado porque en el Penal se ha dedicado a la pintura. Me muestra, reticente, su producción: pinta unos cuadros abstractos, manchas de pintura difuminadas, satinadas, con colores en general apagados; sí, como dicen, la pintura es un reflejo del alma, Pinky no está complacido con su encierro pero sí está tranquilo. Me gustan, aunque cuando se lo digo me mira dubitativo: no está convencido del valor de su producción pero la lleva adelante con dedicación y esmero.

El ala tiene la cocina como comisión. De panadero paso a cocinero, algo que por cierto no ha sido mi especialidad pues nunca me he hecho más que churrascos y huevos fritos. Pero se verá: nunca se sabe.

Ahí voy: el equipo de cocina es grande, como quince o veinte tipos. Llegamos: está en el subsuelo y es medio penumbrosa. En un rincón, el lavado, en el centro muchas mesas para el trabajo y una fila de cocinas a gas, a la derecha, en un sector enrejado y cerrado, la carnicería, y al fondo tres marmitas, enormes, que en mi vida he visto y que miro con expectación.

He bajado en mi calificación profesional: soy apenas un pinche, pelo papas, corto verduras, esas cosas. Los chefs son del cuarto. La comida que hacemos es bastante variada: guisos, pasta, salpicón, sopa, polenta; los domingos, asado, que se cocina en el horno de la panadería. Hay tres o cuatro regímenes especiales para gente que tiene problemas y para ellos se preparan partidas de churrascos, huevos duros, queso, dulce.

Somos muy puntillosos, no solo en la preparación del rancho sino también en lo que comemos nosotros que escrupulosamente es

igual a lo que comen los demás. Hay dos excepciones: la cáscara del queso de los regímenes es ávidamente disputada entre nosotros y también el caracú de los huesos que se ponen en la sopa y que, enmantecando pedazos de pan, es una delicia.

La gente de todos los pisos, menos los del segundo, baja a la cocina a retirar los tachos de la comida. Aunque llegan con sus guardias, siempre en el ajetreo hay oportunidad para cambiar impresiones entre nosotros, por lo que la cocina y los cocineros se convierten en socializadores de la información y también de las ondas y los bolazos que circulan en el Penal. Los más militantes son los seispuntistas, que ahora los han agrupado en el cuarto, y que siempre andan con manijazos. Con los chinos de Etchenique, que están en el cuarto B, y con los considerados ortibas, que están repartidos en el cuarto y el quinto, no nos hablamos. En cambio, con los chinos de Arizaga, los del Movimiento Marxista del primero A, los del Grupo de Acción Unificadora (GAU) del tercero, los de la Organización Popular Revolucionaria 33 (OPR 33) y los del Partido por la Victoria del Pueblo (PVP) que nadie diferencia, y los gambusas del cuarto, no hay ningún problema, estamos como chanchos. Pero son un puñadito. Hay también raros, como el “tachito” Somoza, Guridi, Micheliní, que sobrellevamos con curiosidad y reserva.

Volvemos y nos duchamos, gozosa, pausadamente: cuando volvemos de trabajar los guardias nos dan franquicias, no es como la ducha después de hacer deportes, en que los guardias incordian con su “tienen tres minutos y van dos”. Llego a la celda, le paso las novedades a Pinky y vuelvo a mi Génesis. Pero hoy ha habido cambio de guardia y de pronto tres oficiales jóvenes abren el ventanuco, me llaman con intención de pijearme, luego vacilan, se dicen que este no es y se van. Yo ya estoy acostumbrado: es que en el Penal está preso un ex oficial, un tal José Martínez, al que le hacen la vida imposible y dos por tres los nuevos lo confunden conmigo. Estos se han dado cuenta, pero en otros casos no y yo los aguanto con filosofía, no es cosa de ponerse a argumentar que no soy el que ellos creen y que busquen en otra celda.

Es en medio de la noche cuando me despierto, no sé qué hora es. Se sienten alaridos desgarradores y nos incorporamos atentos: el Penal entero se despierta alarmado, vigilante. Pasa en nuestro sector pero no distinguimos si es en el primero o en el segundo. ¿Será una largada o un flauteo? Porque, aunque lamentable, no es lo mismo: flauteo es cuando han venido sigilosamente para llevarse algún desgraciado de nuevo al Infierno: te hacen un somero examen médico para acreditar que el infeliz está en buenas condiciones y te

entregan como un paquete; es que en la tortura alguien ha cantado tu nombre y vienen a buscarte para recomenzar contigo, otra vez la colgada, otra vez el submarino, otra vez la pícana, otra vez todo eso que ya considerabas sobrepasado. A cualquiera le puede pasar en cualquier momento: en el Penal se es carne disponible y uno se ha habituado a convivir con esa intranquilidad de la que nunca estás, al final, inmune. A Almiratti lo han flauteado varias veces y ahora duerme con el mameluco puesto para estar preparado por si vienen de nuevo.

Pero sigue, aunque más débil, parece que es una largada. La largada se produce cuando uno se descompensa, como explican los compañeros médicos, se desequilibra, pierde ese contrapeso que te da tu conciencia política y larga toda la angustia con que convivís diariamente. Y gritás. Gritás cuando alguien cercano a tu celda se ha suicidado o ha intentado hacerlo. Pero podés largar cuando alguna razón, aun la más pavota, ha roto tu rutina, la salvadora rutina que te mantiene en el invernáculo, en tu hibernación protectora. Gritás cuando te comés un bagre, porque te han trasladado de celda o te han cambiado el compañero, porque te han sancionado o no ha venido la visita.

El hombre gritaba mientras escuchábamos tensos. Abruptamente calló, de forma cortante, irrevocable, y sobrevino un silencio violento, que sumió al Penal en una pesada vigilia.

20

Los esfuerzos a través de la Mesa por la Unidad del Pueblo se habían estrellado en 1966 cuando el Partido Socialista insistió en que una fórmula unitaria solo se alcanzaría bajo su propio lema. Se intentó otro atajo: en 1968 el creciente despenadero autoritario de Pacheco, con su desborde inconstitucional permanente de las medidas de seguridad, habilitó que se articulara un Movimiento de Defensa de las Libertades y la Soberanía con la participación de las fuerzas de izquierda y de algunos legisladores de los partidos tradicionales.

No obstante, un hecho externo congeló el intento: la represión de la liberalización de Checoslovaquia por los ejércitos del Pacto de Varsovia. Desde octubre de 1967 un sector del partido checo encabezado por Alexander Dubcek venía chocando con los "duros" de Antonín Novotný y en enero de 1968 lo había reemplazado en la

secretaría del partido: comenzaba la “primavera de Praga”. El 30 de marzo Ludvík Svoboda reemplazó a Novotný en la presidencia de la República y se acentuó el rumbo democratizador: se liquidó la censura, se liberaron escritores presos, se cambió la comisión ideológica y, finalmente, el comité central reorganizó la dirección del partido. El 3 de agosto Dubček se entrevistó en Bratislava con los “5” del Pacto de Varsovia, que estaban inquietos con el rumbo de los acontecimientos, particularmente Ulbricht, y pareció alcanzarse un armisticio si no un acuerdo. Mas el 20 de agosto, las tropas soviéticas, ayudadas por las de la RDA, cruzaron la frontera y ocuparon el país. Una inscripción en un muro de Praga dijo: “¡Despierta Lenin! ¡Breznev se volvió loco!”. Hubo cantidad de víctimas.

Yugoslavia, Rumania, China, los PC francés e italiano y la Federación Sindical Mundial condenaron la invasión. ¿Qué pasaba en el PCU? Eduardo Viera, el Director, había alineado *El Popular* contra “el rumbo antisocialista de la capituladora dirección checoslovaca”; pero el partido de 1968 no era el partido de 1956, cuando se produjo la intervención en Hungría. Muchos leían y callaban, cundía la desazón, hubo francas posiciones de condena.

El 24 de agosto Fidel Castro respaldó la intervención: “El régimen checoslovaco marchaba hacia el capitalismo, marchaba inexorable hacia el imperialismo”. Para mí, y para muchos, fue determinante: no porque fuéramos “fidelistas” antes que “comunistas del PCU”, sino porque le otorgábamos dos credenciales, la de revolucionario consecuente y la de dirigente con independencia de criterio. A través de su embajada en Praga, me dije, debe tener informaciones de primera mano que no llegaban a través de los cables. En cambio, los “eurocomunistas” no me merecían mayor confianza y los chinos y los rumanos mucho menos. Hesitante, di mi acuerdo íntimo a la intervención, aunque callé cuando se reunió la agrupación a discutir el pronunciamiento de la dirección del Partido, acorde, una vez más, con la URSS. Sin embargo, hubo en ella algo sutil, inusual, nadie presionó para que los que no habíamos hablado lo hiciéramos, como era norma, tal como si se pasara sobre ascuas, como si se estuviera tragando una píscina amarga. ¡Qué tristeza!

La situación local no daba pie, sin embargo, para que nos abismáramos en dubitativas cavilaciones sobre la lejana Praga; tras la muerte de Líber Arce, el 21 de setiembre, en otro enfrentamiento con la policía, morían Hugo de los Santos y Susana Pintos. Y la tensión crecía.

No éramos los únicos que estábamos más preocupados por la situación nacional que por la europea. Proliferaban las mesas re-

dondas, con la presencia de Michelini, Roballo, Previtali, Terra, Gutiérrez Ruiz, Giorello Abelenda. El 6 de noviembre, el Jefe de la Región Militar N° 1, general Líber Seregni, solicitó su pase a retiro. Pocos días después el director del IMES, general Víctor Licandro, fue sancionado con 15 días de arresto. Luego de la *Pastoral de Adviento* los “grupos de reflexión” de la Iglesia Católica se agitaban políticamente. En esos días se publicó un documento, “¿Qué hacer?”, que no era de Lenin sino de Juan Pablo Terra, en el que se preguntaba si no podía estructurarse un programa mínimo común por parte de la oposición.

El año 1969 se vio animado por una serie de contactos entre el Partido y el PDC y en diciembre Terra propuso un proyecto de bases programáticas. El año 1970 ya fue decisivo: sucesivamente la Convención del PDC resolvió dejar en suspenso la proclamación de sus candidatos, la gente de *Marcha* impulsó la salida de un manifiesto firmado por personalidades independientes en favor de la unidad sin exclusiones, la Convención de la lista 99 decidió la separación del Partido Colorado, lo mismo hizo el sector de Rodríguez Camusso respecto al Partido Nacional. Cuando se sumó el Movimiento Socialista, lo hizo también el Partido Socialista que temía perder la propiedad del lema, y se fueron agregando otros grupos menores. En diciembre lo ratificó el Congreso del Partido Comunista (a partir del cual yo pasé a integrar el Comité Central). Y el 5 de febrero de 1971 se constituyó el Frente Amplio, que el 26 de Marzo, en la Explanada Municipal, abrió su primera aparición pública en la escena nacional.

El progenitor del Frente fue el Partido Comunista, que desde 1956 venía propulsando la idea unitaria, y su fuerza más renuente el Partido Socialista que, entre sus vaivenes ideológicos y sus siempre errados cálculos electorales, solo tuvo un papel secundario. Le tocó a Terra, en la vida política como profesional, el papel de arquitecto: no era Terra, para nada, compadre de los comunistas pero a esa altura sabía que dada la poderosa influencia que éstos tenían en todo el abanico de organizaciones sociales, cualquier intento de nuclear a la izquierda sin los comunistas era sueño vano. Había aprendido, además, del ejemplo dado por los trabajadores con la constitución de la CNT como organización unitaria y del equilibrado papel cumplido por los comunistas en ella. Tomó el papel de impulsor mientras el Partido permanecía en discreta postura y luego, también discretamente, se tornó en la fuerza orientadora del Frente.

El MLN vio con fastidio cómo el nacimiento del Frente Amplio introducía en la gente esperanzas de cambio que no pasaban por el fusil, pero más tarde tuvo la inteligencia de subirse al carro y lo hizo

a través del 26 de Marzo que, por meses, proveyó a los comités de base de nutridos contingentes de bocamaros generosamente dispuestos a discutir interminablemente las vías de la revolución.

Así, a trancas y retrancas, llegó Uruguay a su definición electoral. El cierre de campaña del Frente, en la Diagonal Agraciada, fue monstruoso: parecía que el Frente ganaba. Hubo concurrentes que, en tren de expectativa benévola, fueron al acto, se asustaron de que la cosa parecía venir en serio, y terminaron votando a Ferreira Aldunate. Y hubo muchos más de la derecha blanca que, empavorecidos, se volcaron súbitamente hacia la candidatura Pacheco-Bordaberry, convencidos de que éstos eran los únicos en condiciones de frenar la ordalía que se abatía sobre el país. El sábado víspera de las elecciones, la caravana pachequista que arrancó de la costa con la inclusión de numerosos autos con carteles blancos, ante la desesperación de Juan Raúl Ferreira que vanamente trató de disuadirlos, preanunció lo que iba a pasar al día siguiente. Con la ayuda, además, de algunos miles de votos truchos en Canelones, ganó Pacheco y se proclamó Presidente de todos los orientales a Juan María Bordaberry. El nuevo mandamás era un estanciero que había tenido un fugaz y silencioso pasaje por el Senado: un católico escandalizado por el espectáculo de una Casa de Dios invadida por la subversión y un hombre convencido de que la democracia era el peor sistema de gobierno ideado por los hombres.

Muchos opinamos que esa era la última elección que iba a conocer el Uruguay por muchos años.

21

Me encuentro sancionado, poca cosa, cinco días, por hablar en la fila cuando íbamos hacia el recreo. Es común y hay quienes sostienen, lo más probable con razón, que los milicos tienen una cuota de sanciones que varía de acuerdo a los pisos y según estén de apriete o no. Estas sanciones se deben a multitud de razones: por no pararse correctamente, por olvidar poner las manos detrás, por dar un beso demasiado prolongado en la visita, por equivocarse en el conteo de la fila, por tener el mameluco desabrochado, por celda sucia, y por un largo etcétera. Esto de la celda sucia es un chiste: cuando el pasaje de lista nocturno, al negro Polo, que es negro realmente, lo han sancionado tantas veces por celda sucia, a él y no a su compañero, que ya está curtido y nosotros se lo tomamos para la farra. Quien le manda ser negro.

Son cinco días sin recreo, pero van dos que llueve y se hace el trille entre las columnas del celdario lo que, con la ventolina que hay, en realidad es una joda. Lo malo es que también me pierdo el cine.

Pienso que en todo el tiempo que llevo aquí no me ha tocado ni un islazo, menos al ingreso, claro. Eso sí que es bravo: te lo encajan por cualquier cosa que ellos entiendan que es insubordinación o, al revés, por intento de confraternización. O porque en una requisa te encuentran elementos no permitidos; yo, por ejemplo, con mi Génesis, estoy peligrando permanentemente un islazo, aparte de la confiscación, naturalmente.

Ya lo he terminado y estoy evaluando si guardarlo o tirarlo. Me da no sé qué romperlo porque pienso que me ha quedado bastante bien; ya, con los ajustes que le introduje cuando accedí a bibliografía, no vale como el trabajo de un tipo que partió de cero, pero pienso que podrá ser interesante como estudio marxista del Génesis: no sé si habrá antecedentes al respecto. No pienso seguir con el resto del Pentateuco como proyecté en un principio: ya son palabras mayores e imagino que solo tendré tiempo para plantearlo y no para escribirlo. Y para qué, además. Tengo la cocina para pasar el rato y, total, entre tirarlo ahora y tirarlo cuando me vaya, tanto da. Está condenado a morir inédito. Opa, ya estoy pensando en términos de salir en libertad: en libertad, qué concepto insólito.

Estoy jugueteando con eso, en lo que significaría en concreto la libertad, cuando aparece el sargento y me dice con todo. Diablos, durante el recreo, no me deja ni despedirme del Pinky. Lo sigo, agarramos por la escalera y subimos al cuarto, vicho la inscripción que hay al lado de la puerta y leo: Luis Iguini. También lo conozco: Iguini, con su tradicional boquilla y su pucho.

Nos saludamos y nos ponemos a hablar. Fue durante años el número uno de la Confederación de Organizaciones de Funcionarios del Estado (COFE) y el tipo que en el Uruguay sabía más de presupuesto, más que cualquier diputado excepto Salvador Ferrer Serra. Pero no engrano mucho con él; tenemos algunas diferencias acerca del Partido, de la política que éste llevó respecto a los militares y otras.

Por eso, dos meses después, cuando el sargento busca un voluntario para el Correo, me intereso. En el Penal hay varias celdas dobles, que les llaman colectivas, donde conviven cuatro presos que están destinados a funciones centrales. Son el correo, la radio, la biblioteca y el taller de prótesis dental. La del correo no tenía al principio buena fama porque estaban destinados a ella presos de

“buena conducta”, vale decir de confianza de los mandos, pero eso se fue diluyendo y desde que pasó por ella el gordo Platero los grises le otorgamos la unción.

Me ofrezco, efectivamente se da y cruzo. Es la celda 2 del sector B del cuarto. Allí manejamos para su reparto la correspondencia que reciben todos los presos del celdario después que ésta ha sido censurada por los milicos: es una tarea administrativa y me hace recordar viejos tiempos de Facultad, especialmente por el uso de la máquina de escribir y la confección de planillas.

Me resulta radicalmente distinta la convivencia entre dos que entre cuatro presos. Entre dos se tiene que dar una sintonía, una unidad plena porque en caso contrario se convierte la vida en un purgatorio; cuatro, me doy cuenta inmediatamente, es un grupo, con relaciones más laxas, más distanciadas. Acentuado en este caso porque solo otro es del Partido, Becerra, gastronómico: con él nos acollaramos disimuladamente porque no sabemos qué piensan de la vida los otros dos, en la celda se habla poco de política, cosa singular en un Penal político.

Hoy he cometido una infantilidad: estaba revisando la lista de presos y me encontré que hay un número salteado. Es raro: se trata de un preso que se ha hecho humo. O es alguien que cayó en gracia a los milicos por alguna razón y lo han liberado sin dejar huellas o, al revés, es alguien que fue flauteado y murió en el Infierno. Lo digo, los demás se hacen los indiferentes y yo me muerdo la lengua. Maldito sea, qué imbecilidad.

Efectivamente, han pasado dos días apenas cuando aparece el sargento y bruscamente me dice, 2419, con todo. Me lleva al sector A y me deja en la celda 16, diciéndome como despedida que estoy sancionado por quince días, sin explicarme la razón.

Well, la saqué liviana. En la celda se encuentra Ortiz, de Salud Pública, un gordito ceremonioso y simpático. Con él me franqueo y le cuento mi tontería y mi seguridad de que fue Zutano el que me batió: con Becerra no le teníamos confianza, era un tipo resbaladizo y que evitaba como a la peste hablar de política. Total, que mi estadía en el Correo fue de apenas un poco más de un mes. El plato que se habrá hecho el negro Polo que me relajó por agarrar viaje ahí.

Bueno, con Ortiz estoy tranquilo y en paz. Pero no puede durar: al cabo de otro mes, me sacan de nuevo y ahora estoy en el sector B, celda 24 izquierda, siempre en el cuarto. Y solo.

Pero, qué joda, ando como una langosta, de mata en mata. Menos de dos meses después otro cambio, no me dan sosiego, ahora me han llevado de vuelta al tercero, siempre en el B izquierdo, en la

celda 10. Y siempre solitario. ¿Todo este pijeo por mi inocente pecado en el Correo? Estos milicos son unos rencorosos, caramba, no fue para tanto.

Aunque ahora debo haber purgado a medias mis delitos: sigo solitario, pero el fajinero me ha conchabado como herramientero.

Dios sabe que no hay tipo menos apropiado que yo para esa tarea porque no paso de conocer martillos y destornilladores. Trabajosamente voy aprendiendo que la sierra eclipse es la sierra baby, que el escoplo es un formón, que los cortes se llaman trinchetas. Que hay escariadores y pasatientos, marteladores y sacabocados. No obstante me esmero y al poco tiempo parezco un experto. O eso creo yo.

22

Nadie se llamó a engaño sobre el gobierno de Bordaberry. A los diez días de asunción lo recibió un paro de la CNT. Y el 14 de abril, en un tremendo error de evaluación, el MLN declaró la guerra, ejecutando al ex Subsecretario del Interior, Armando Acosta y Lara, al capitán de la Armada Ernesto Motto, al Subcomisario Oscar Delega y a su chofer Carlos Leite. El contraataque militar fue fulminante: mataron a ocho tupamaros ya detectados y lograron que al día siguiente la Asamblea General decretara el Estado de Guerra Interno. Otro día más y las Fuerzas Conjuntas trataron de arrastrar a la confrontación militar al Partido Comunista asesinando a ocho militantes en el Seccional 20°.

Los tupamaros habían emergido diez años atrás luego de la debacle de la UP; surgió como un agrupamiento que nucleó principalmente a socialistas conducidos por Raúl Sendic a los que se sumaron los anarquistas del Movimiento de Apoyo al Campesino, cristianos venidos de los grupos de reflexión de la Iglesia y otros. Un fugaz contacto con la FAU terminó en desacuerdos metodológicos y ésta optó por formar el OPR 33. El MLN se inauguró con el asalto al Tiro Suizo, se afirmó con la marcha cañera de junio de 1964 y luego se fue definiendo por la guerrilla urbana en desmedro de la rural. Esto los distinguió de los demás grupos que surgieron en esos tiempos en América Latina y terminaron en fracasos, como los del Frente Unido de Liberación Nacional (FULNA) paraguayo, los de Hugo Blanco y Luis de la Puente Uceda en Perú, los comandados por Ricardo Massetti y Mario Santucho en el norte argentino y tantos otros. Un

segundo rasgo distintivo fue que su programa genérico de liberación no era muy minucioso: lo importante era la acción. Los primeros años fueron relativamente cautos, dirigidos a acciones propagandísticas y luego a asaltos bancarios y algunos secuestros. Obtuvieron el mayor eco popular con el asalto a la Financiera Monty. Pero el 8 de octubre de 1969 dieron una inflexión militarista a su accionar con el copamiento de Pando.

A todo esto, su enrolamiento se había dado crecientemente dentro de las capas medias, engrosándose con los radicales del movimiento estudiantil bajo el pachecato. Los socialistas les expresaban en forma especulativa discretas simpatías y los comunistas confrontaban sus planteos táctico-ideológicos, sin perjuicio de una puntual cobertura en un primer tiempo, cuando el MLN careció de una infraestructura suficiente: fueron siempre considerados adversarios, “revolucionarios honestos pero equivocados”, y no enemigos, distinguiéndolos de los bocamaros.

La situación se había puesto al rojo vivo. Las Fuerzas Conjuntas lograron ir desmantelando al aparato tupamaro, pero al mismo tiempo allanaban locales del Frente Amplio mientras grupos fascistas colocaban bombas en domicilios de personalidades progresistas. Era notorio que se torturaba a mansalva.

El 29 de abril el Frente Amplio realizó un acto callejero en donde el general Seregni efectuó un llamado a la pacificación y al alto el fuego.

No me convenció. Hacía ya tiempo que los militares seguían metódicamente un camino de acceso al poder. Pensaba que el llamado de Seregni incluía un cierto retroceso táctico dirigido a la opinión pública democrática, sobre todo wilsonista, pero que era un mensaje confuso para nuestra gente, a la que había que ir preparando para lo que inevitablemente se venía. A los dos o tres días se reunió el Comité Central y algo de eso dije: era insólito tras el respaldo a Seregni dado en el informe de Arismendi, y el resto del Comité Central se encarnizó conmigo.

Efectivamente, el Partido seguía un doble discurso. En el siguiente número de *Estudios* se leía: “En esta agudización de las luchas, los niveles de acumulación de fuerzas y las posibilidades reales de toma del poder se aprecian según el grado de capacidad que tenga la vanguardia para unir y movilizar a todo el pueblo. Teniendo clara esta perspectiva, nadie puede determinar en este instante cuándo y cómo habrá de culminar el proceso. Sería igualmente absurdo transformar las luchas actuales para juntar fuerzas y ganar las elecciones dentro de cinco años”.

Estaba claro, para quien sabía leer, que no eran todos.

El 10 de julio de 1972 se votó la "ley de seguridad del Estado", desaguizado que Wilson Ferreira Aldunate votó, a pesar de que a esa altura el MLN estaba casi totalmente desarticulado.

Después vino lo que vino. La escalada de las expectativas, con el planteo del brigadier Jaume, la actuación de la Comisión de Represión de Ilícitos Económicos y del Batallón Florida, los empujes de "los capitanes", la detención de Jorge Batlle y de Peirano Facio, la ¿puja? entre el "honesto" Esteban Cristi y el "peruanista" Ramón Trabal, la tregua y las conversaciones entre mandos del Ejército y dirigentes tupamaros detenidos, el espanto de muchos políticos no tanto por el desborde institucional de las FF.AA. sino por su rumbo aleatorio. Y sin solución de continuidad, y tras las muertes del doctor Alvariza y del coronel Artigas Álvarez, el viraje y los cambios de destino sigilosos de los oficiales medios que habían animado la lucha contra la corrupción.

Sale Enrique Magnani, entra Augusto Legnani, sale éste, entra Benito Mederos, sale éste, entra Armando Malet, sale éste, entra el general Francese: los cambios en el Ministerio de Defensa se sucedían con rapidez y, a menor ritmo, también en la Comandancia del Ejército. Los uruguayos estaban totalmente desorientados, incluyendo los frenteamplistas: había memos militares que subían a Bordaberry y que eran reservados; diputados aludían en Cámara a sucesos que sus colegas ignoraban. La política cedía su lugar a la criptografía.

Se suponía que la dirección del Partido estaba enterada de todo, cosa inexacta. Pero la militancia partidaria lo ignoraba por unanimidad. Entre quienes lo ignoraban estaba el Comité Central y, por supuesto, yo, aunque muchos confundían mis ignorancias con reservas, que también existían. Un confundido fue el Comandante del Ejército, general César Martínez, a quien entrevisté en su casa y que me planteó en tren confidencial, al margen del reportaje, sus aprensiones acerca de "las inquietudes de mis muchachos", aprensiones no sobre el metódico ascenso de los militares sino sobre su destino final. No sé: tal vez fue ésta una amigable advertencia al Partido.

El 7 de noviembre deslicé mis propias recelos en un artículo que "escapó al control de la dirección" y que publiqué en la página editorial de *El Popular* bajo el título "No despreciar la demagogia fascista". Así comenzaba:

"No sería exagerado afirmar que uno de los mayores peligros del fascismo consiste en el menosprecio que en militantes del movimiento democrático y avanzado puedan generar sus desvaríos o la

ingenua creencia de que las cohortes fascistas saldrán a las calles viviendo a los capitalistas y dando muera a los obreros.

"Muy por el contrario, una diferencia formal pero importantísima del fascismo con el cavernarismo corriente o el gorilismo ramplón, consiste en su ilimitada demagogia social, que le permite cabalgar no solo sobre los prejuicios más comunes, sino también sobre las necesidades, reclamos e indignaciones más lógicas y espontáneas de la gente".

Y por ahí decía: "S.A. en Alemania, los de la 'seconda rivoluzione' en Italia, primoriveristas en España, terminaron bajo tierra por haberse tomado en serio puntos del programa fascista". Entre quienes no me leyeron, tal vez estuvo Trabal.

23

Estoy en mi celda solitaria del tercero, acodado en la ventana. Es de noche, sábado de noche, y de los altavoces colocados en el exterior del celdario mana la música. Porque los sábados de noche hay una sesión de música variada y los domingos de mañana otra de tango.

Es verano y sigo distraídamente el reflejo de la luz lunar en los ojos que unos definen como tajamares y otros como oxigenadores de las aguas servidas del Penal. Me sobresalto. *Non, je ne regrette rien*, siento. Es una voz profunda, bronca pero cálida, que marca fuertemente las erres. *Non, rien de rien / non, je ne regrette rien / ni le bien qu'on m'a fait / ni le mal / tout à moi est égal*. Piaf, es Edith Piaf, que nos dice que no echa nada de menos, que todo está olvidado. Escucho y es como si me vaciara. Inesperadamente, refreno un sollozo. Recuerdo otros veranos, otras noches de sábado, en Ejido, en el apartamentito que teníamos con Adriana y en donde escuchábamos conmovidos a la Piaf. No me contengo y las lágrimas me empiezan a rodar mientras me digo qué pavada, mi Dios, qué flojera.

Es bravo estar solo. Cómo harán para aguantar esos pobres tipos del segundo que hace ocho o diez años están solitarios en sus celdas. Pero no seas imbécil, al final te queda solo un año, un año se pasa volando. Por supuesto, no tengo la menor intención de transmitir nada de esto; por el contrario.

"Libertad, 23 de enero de 1983. Querida Adriana: (...) Ya estaba durmiendo plácidamente cuando un horrisono barullo que largó un grillo me hizo pegar un salto; no espero que te hagas cargo porque, ciudadana como eres hasta los tuétanos, tu experiencia no habrá

sobrepasado los tibios recuerdos de bucólicas noches estivales: pues una cosa es el afligranado concierto que parece surgir del temblor de los pastos en las noches de luna y otra cosa, muy otra, es el estruendo que ese desgraciado es capaz de producir en una habitación de tres por dos. Simplemente debes aceptar que todo vibraba, las paredes, el techo, el aire; penetrante como una chicharra, agudo como un bisturí, ubicuo como una maldición, ese rasguído que no era ruido sino improprio asaeteaba desde todos los puntos y yo me sentía como debe sentirse una cucaracha dentro de una sirena ululante. Salté con olvidadas agilidades, prendí fósforos a raudales, removí todo lo removible como un loco y nada: el cretino se estaba riendo de mí y desde ignoto refugio daba rienda suelta a su vocación trasladante. Suspiré hondo, me senté, armé un cigarrillo y con controlada displancia lo encendí y me puse a pitar. La situación era mala, tan mala que se había convertido en una confrontación entre él y yo: el deterioro resultaba agravante. Pero mientras él solo podía continuar chillando, yo podía refugiarme en el pensamiento de que después de todo no sería esa mi primera noche en blanco. Recordé que se aproximaba el día 18, ese funesto cumpleaños mucho más real que el natural y que al marcar mi séptimo aniversario me traía la buena nueva de que solo me restaba un año; fumaba mi segundo cigarro y esperaba, hasta que súbitamente se hizo un silencio duro, viscoso. No sé si se cansó, o se fue o si murió sofocado por el esfuerzo: no lo volví a sentir. Ahora te escribo y este año que era de 365 días se ha reducido ya a 360, y mañana serán 359 y traspasado 358 y, como el alboroto del satánico grillo, está destinado a tener su natural fin. Muchos besos. Tito."

Escribo esto mientras los tangos se suceden familiares y me digo qué insólito todo, domingo de mañana y tango, lo único que falta es mi mujer preparando los tallarines y yo aprestándome para ir al Estadio, aunque esto no sea más que una figura literaria porque jamás en la vida Adriana me hizo tallarines.

Amo los pájaros perdidos / que vuelven desde el más allá / a confundirse con un cielo / que nunca más podré recuperar.

La Rinaldi, la novia del Penal.

Vuelven de nuevo los recuerdos, / las horas jóvenes que di / y desde el mar llega un fantasma / hecho de cosas que amé y perdí.

No te mueras nunca, Tana, grita uno desde la ventana de una celda.

Todo fue un sueño, un sueño que perdimos / como perdimos los pájaros y el mar / un sueño breve y antiguo como el tiempo / que los espejos no pueden reflejar / después busqué perderme en tantos otros / y aquellos otros eran vos.

Los compañeros se rompen el alma para preparar estas audiciones, pero me pregunto si será bueno, alimentando así la morriña, sacándote de la cotidianeidad siempre igual y arrojándote violentamente a un pasado perdido como perdimos los pájaros y el mar.

Estoy rumiando esto con algo parecido a un rencor cuando me viene a la memoria Faulkner, cuando concluye *Las palmeras salvajes* con una frase tremenda del médico que, irrevocablemente derrotado, se dice: "Entre el dolor y la nada me quedo con el dolor".

Y así permanezco, aferrado fuertemente a las rejas de la ventana, bebiendo mi pasado y mi dolor.

24

El 7 de febrero de 1973 estallaron las tensiones contenidas. Bordaberry, para reasumir cierto control sobre las FF.AA., designó como Ministro de Defensa al general Francese y aquéllas se negaron a aceptarlo. Era una llana insubordinación.

Renunció César Martínez y la Marina bloqueó la Ciudad Vieja en oposición a los alzados. Dos días después salieron los comunicados 4 y 7 de las FF.AA. ¿Pantalla política, expresión de las contradicciones internas, aspiración sincera y luego frustrada? Yo sigo creyendo que fue un poco de las tres cosas, pero ello se seguirá discutiendo hasta el Día del Juicio Final. Tengamos presente que hacía meses que la derecha militar había paralizado las investigaciones sobre los más gordos negociados y empezado a trasladar a los capitanes que las llevaban adelante: Nelson Caula y Alberto Silva, en *Alto al fuego*, sitúan el punto de inflexión en un día preciso, el 19 de octubre. La renuncia de César Martínez era reveladora: no la hubiese presentado si había intenciones de llevar adelante los postulados planteados en esos comunicados; Hugo Chiappe Pose, su sustituto, por cierto no iba a enfrentarse con la oligarquía pese a lo pujos de Pérez Caldas, jefe de la Fuerza Aérea. Quien marcaba el paso era el Ejército y al frente de la Región Militar N° 1 se hallaba Esteban Cristi.

Lo cierto es que los famosos comunicados cumplieron al menos uno de sus cometidos, desacomodando a todo el mundo y en primer lugar a la izquierda. Fueron recibidos con entusiasmo, lo cual era imprudente, y se reclamó la renuncia de Bordaberry, lo cual era ineludible. No se podía salir en su defensa y los hechos de 1974 así lo comprobaron: un test, por lo demás, estuvo cuando el presidente llamó al pueblo a respaldarlo y concurrieron a la Plaza Independencia cuatro jupistas y un manisero.

Unos reclamaban que asumiera el Vicepresidente, Sapelli, el cual, consciente de su escuálida fuerza, se negó; Wilson Ferreira pedía nuevas elecciones, lo que también era una ruptura del orden constitucional y una vía segura para su propio acceso a la presidencia. Quijano lúcidamente oponía civiles y militares, pero políticamente eso se traducía en un alineamiento suicida con Bordaberry. A todos nos burlaron: Bordaberry y los mandos militares acordaron el pacto de Boiso Lanza, que institucionalizó el COSENA, o sea la preeminencia castrense, y la designación del coronel Néstor Bolentini, un funámbulo, como Ministro del Interior, y de Ravenna, o sea nadie, como Ministro de Defensa. Después vino el comunicado N° 8, claramente regresivo.

Si es explicable el error del Partido y del Frente Amplio al recibir con entusiasmo los comunicados 4 y 7, no lo es la posición expectante asumida a continuación y que tuvo una desmañada expresión en una fecha tan tardía como el 1° de Mayo, cuando se dieron torpes idas y venidas sobre lo que se le iba a decir a la gente en el acto de la CNT.

Durante cuatro meses hubo solo una larga espera en que el Parlamento asistía inerte a su propio velorio. Atinó solamente a rechazar, por 49 votos contra 48, el desafuero de Enrique Erro, y el 27 de junio, con la disolución decretada por Bordaberry, confirmó su sepelio.

Siguió luego el legendario monólogo de los trabajadores que fueron a la huelga general decretada por la CNT. Larga épica de ocupaciones de fábricas, desalojos y reiteración de las ocupaciones que aguantó 15 días. Y decimos monólogo porque, salvo los estudiantes, el resto de los sectores sociales se mantuvo al margen; excepto algunos pocos principistas que apoyaron a sus propios trabajadores, el grueso del empresariado optó por una expectativa benévola ante el golpe. Ya en encuestas previas habían expresado claramente que no eran las aventuras tupamaras lo que los irritaba y alarmaba sino las acciones del movimiento obrero, que los tenían en un estado de paranoia.

El 9 de julio se programó una concentración popular antidictatorial. No se esperaba hacer retroceder el golpe, pues toda expectativa al respecto se había evaporado ante el monolitismo sin fisuras evidenciado por las Fuerzas Armadas, sino decir: nos ganaron pero no nos quebraron. La represión fue moderada, aunque eso no es mengua para la actitud de la gente que por miles concurrió decidida ignorando si iba a ser recibida por hidrantes o por nutridas balaceras.

Yo estaba en *El Popular*, ocupado como todos los demás centros de trabajo. Asistimos desde los balcones a las escenas de los enfrentamientos entre los carros lanza agua y los manifestantes y asistimos luego al sitio por las Conjuntas de nuestra sede. A las seis y media de la tarde una tanqueta derribó el portón del diario y la policía irrumpió en nutridos enjambres y entre más nutridas nubes de gases lacrimógenos. A palos nos bajaron y nos subieron a los roperos, a palos nos hicieron entrar a la Jefatura y luego nos llevaron al Cilindro Municipal.

Allí había numerosos contingentes de trabajadores reclutados en las desocupaciones de fábricas y con ellos nos aprestamos a vivir los comienzos del nuevo orden impuesto a la República.

25

Yo caí un 8 de enero: como estos cretinos para soltarte se toman siempre uno o dos meses de yapa, saldré más o menos por marzo. Me queda un año. En el Penal se dice que es el año más bravo porque se da el síndrome del último año, como le llaman.

Vos estás tranqui, vegetando, hundido en tu rutina y de pronto te apercibís que esto se termina, que dentro de poco salís, santa madre de Dios, salís a la yeca, a la vida y, zácate, empezás a trepar por las paredes y nadie te puede bancar.

Tengo que hacer algo. Para peor estoy solo. Tengo que hacer algo para que esto no me empiece a rondar en la cabeza todo el día. Leer no basta: no hay caso, los pensamientos se te van sin control y estás frito. Necesito algo que cree un apremio suplente. En el Partido se repetía eso de la cárcel escuela de revolucionarios, una tonteería. ¿Qué me deja a mí la cárcel? Nada, joda, pura joda, la cárcel es una sucesión de derrotas, seguras, permanentes, diarias. Pensé dejar de fumar, así podré decirme que al menos gané algo; los compañeros con los que he hablado me dicen que estoy loco, que va a ser para peor, que los nervios me van a estallar sin control; puede ser: pero no pierdo nada con probar, así voy a tener algo distinto para pensar. Sí, voy a dejar de fumar y de golpe, mejor. Nada de cuotas porque, si no, es peor. Mañana regalo el tabaco y chau.

Se dice que por presión del gobierno español van a soltar a los gallegos. Hay varios, quién diría, como quince o veinte: algunos ya prepararon los bolsos, pobres diablos. De todos modos los gaitas se portan bien: no son como los italianos, Adriana fue a la embajada y

la largaron por baranda, madre italiana, esposa italiana y nada, no quisieron ni escuchar. Los españoles no, se lo tomaron muy a pecho, la trataron bien y Adriana me dice que me dieron la ciudadanía, aunque no sé, no tiene ningún papel. ¿Así de qué vale? Realmente sería un batacazo que estuviera en el lote gestionado por la embajada. Pero no, no tengo ningún papel, más vale no pensar en el asunto.

Bueno, otra mudanza. El sargento me lleva arriba, de nuevo al cuarto: no, seguimos, voy al quinto. Bueno, bueno. En la 9. Con, sí, está Toledo, Francisco Toledo, el Negro: qué bueno. Arriba el UNTMRA, qué no ni no.

Toledo no lee demasiado y no hace manualidades. Leyó el Génesis, le pareció bárbaro, pero de cajón lo dijo por consideración a mí, de puro amable: mire si le va a importar la Biblia. Hablamos, pero después de dos meses, de qué vamos a hablar. Está tranquilo pero el pobre se debe aburrir como una ostra. Tenemos un tema, el rey Juan Carlos: parece que en la visita al Uruguay estuvo rebién, ¿qué vamos a hacer ahora con la República Española? Dime dónde vas morena / dime dónde vas al alba / voy a la cárcel de Oviedo / a ver a los anarquistas. Los familiares están entusiasmados, pero las familias están para cualquier manija. En el frente de Madrid / ya sabes mi paradero / en el frente de Madrid / primera línea de fuego. No, Adriana está escéptica, no me dio ningún alce.

El sargento, otra mudanza, me tienen a los saltos. No entiendo, ¿que me voy ya? ¿En setiembre? Toledo, viejo, me largan. Portate bien, cuidá el Penal, que no le pase nada. Mirá que a vos también te falta poco.

A la isla, bendita sea. Qué rápido va este tarado: está mal, tendrían que darte tiempo para saludar a la gente, no sacarte como a escondidas. Bueno, el que está de recreo es el primero, ahí está el A, me reconocen, pero qué pensarán, a lo mejor que me ligué un islazo claro, no, me saludan y yo no puedo contestarles, me saludan. Qué tristeza.

¿Adriana ya lo sabrá? Sí, supongo que sí, si salgo mañana. O pasado, tal vez me tengan dos o tres días, nunca se sabe. El revuelo que habrá en casa, si yo me fui, cuándo, ni me acuerdo, en el 74, y me fui de un día para otro, sin decir nada. Lo que habrán pensado en los primeros tiempo, que me había separado de Adriana, de cajón: sin decir nada, en eso no estuve muy bien.

El asunto es ahora conseguir trabajo, eso sí que va a estar bravo. Tengo que hacer una lista de gente amiga, conocida, gente de Facultad, ¿qué otra? Por el lado de la familia voy muerto, sí, del lado de la

Facultad, como administrativo en algún estudio; o como sobrestante, ¿por qué no? Difícil no debe ser.

Me voy antes de cumplir la pena, tres meses y pico menos; me gustaría saber qué piensan los compañeros: para peor yo no les había dicho nada de lo de España, para no parecer un embalado. Menos a Toledo, claro, él lo sabía. A lo mejor empiezan a pensar, yo qué sé, que hay algo raro en esto. Lo primero que tengo que hacer es ir a la embajada a dar las gracias por la gauchada: y quién sabe, a lo mejor me palanquean un trabajo en algún lado. ¿Cómo estará el ambiente afuera? Las conversaciones en el Parque Hotel con la Conapro parece que no llevan a nada, los milicos siguen en la dura, pero ahora se largó lo de las caceroleadas, eso es bárbaro. Va a ser lindo cacerolear, aunque yo en los primeros tiempos me voy a tener que cuidar, tranqui, tranqui, no sea cosa que me traigan de nuevo. Qué plato, qué diría el Negro si dentro de un mes buenos días, viejo, qué tal, aquí estoy de vuelta, por acá todo bien.

A lo mejor podemos irnos unos días afuera. Si me dejan, claro, como me largaron antes es posible que los milicos me tengan a rienda corta, no sé, tal vez no me dejen salir de Montevideo. ¿Cómo se llamaba esa película con Graciela Borges? *Piel de verano*, sí, era buena, de lo mejor que vimos, y argentina pa' los contras. La Borges, en otoño y en la playa, sola, esperando, como si fuera Adriana en su Punta, esperando por mí, no digas pavadas, no estamos en el setenta, cuántas cosas habrán cambiado. Han pasado, a ver, nueve años, nueve años y medio que me fui, la clande, el cuartel, el Penal: si habrán cambiado. Tengo que hacerme a la idea, es estúpido pensar que todo sigue igual, sí, tengo que tener cancha, sería bien imbécil que llegara y dijera, hola qué tal, como si me hubiera ido ayer.

Bueno, los milicos, llegó el momento. Y traen ropa. Bien, sí señor, acá tiene el mameluco, el precioso mameluco, guárdenmelo para otra ocasión. A ver, cómo se pone el cinturón, ya ni me acuerdo, por la derecha, no, por la izquierda, sí, es por la izquierda, y qué miran, esos imbéciles, como si nunca hubieran visto a alguien ponerse un pantalón. Mierda, me tiemblan las manos, tengo que tranquilizarme, no sea cosa que me venga otra lipotimia, qué papelón.

Allá vamos, ya terminó el recreo qué macana, habrá alguien mirando por las ventanas, supongo que sí, el Tito sin mameluco, el Tito se va, no veo a nadie, no puede ser, los únicos que miran son los de la guardia perimetral, los rompebolas del FUSNA, qué despedida: vayan a hacer práctica de tiro ahora, pueden tirar contra mí mameluco, pueden llenarlo de agujeros.

Qué raro, lo que siento, no me digas que lamentás irte, tanto

tiempo acá, los compañeros que se quedan, es confuso, todo está entretenerado, no sé.

Ahí está Adriana, la veo. Y atrás, también vinieron la Nora y Manuel. Sí, ahí están.

26

Luego del 30 de junio, fecha de disolución de la CNT, entramos en un extraño interludio matizado el 28 de octubre con la intervención de la Universidad y cerrado por el régimen el 26 de noviembre al ilegalizar a los “partidos marxistas” y, de paso, a *Crónica*. Esta fue un placentero *ersatz* de *El Popular* que publicamos unos meses bajo la ficción de salvar la fuente de trabajo del diario y que duró lo que Bolentini (o sus mandantes) quisieron.

A partir de diciembre entramos plenamente en la clandestinidad.

El Partido estuvo acertado al prever teóricamente circunstancias como las vividas a partir de 1973 y, coherentemente, comenzar a prepararse para ellas. Esto, más el rencor atesorado en la población por la realización y derrota de la huelga general, generaron una sorda resistencia a la dictadura y, a largo plazo, crearon las condiciones para acordar en su momento una salida decente.

En ese primer período el resto del universo político actuó solo por omisión, haciendo que la dictadura se moviera en el vacío. Excepto hilachas echegoyenistas y varios pachequistas, no contó con respaldo civil; incluso el herrerismo que, por sí se quiere razones ideológicas, y por su vinculación al aguerredondismo, era pasible de actitudes cómplices, se movió honorablemente. Fue el tiempo del decir de Bordaberry y por cadena que “estamos en el tiempo de la nación y no en el de los partidos”, de los proyectos de Alberto Demicheli sobre un régimen corporativista y de Aparicio Méndez de “democracia” autoritaria, y que llegará hasta el 1° de setiembre de 1976, fecha del Acta Institucional N° 4 que intentó decapitar y depurar a los partidos tradicionales de sus dirigentes naturales. Estos, en tanto, solo mantenían furtivas reuniones cupulares. Pero se puede decir que no existió en Uruguay el cobarde “y, por algo será” que acolchonó la represión mil veces peor de la dictadura argentina.

En la izquierda, los tupamaros no existieron como fuerza organizada: la borrosa idea que tiene alguna gente de una lucha a brazo partido entre tupamaros y militares, es absolutamente falsa y es la que trató de matricular el propio régimen: el MLN había dejado de

existir en 1972 y operaba solamente en el exilio. Al resto poco podía pedirle y poco dieron, con la excepción del PVP que lo intentó en forma cruenta desde Buenos Aires.

No, es un hecho histórico que la resistencia organizada fue un monólogo comunista, que recepcionó la simpatía y también el miedo justificado de la gente. Mas, si la disposición de miles de comunistas a jugársela fue excepcional, también es cierto que el Partido cayó en torpezas que fueron tremendamente onerosas.

Puede estimarse que fue inepto crear un aparato militar si cuando llegó el momento no se utilizó. Pero nadie había soñado en lanzarlo contra el conjunto de las FF.AA. por saberlo suicida: si el sentido común así lo indicaba también lo indicaban nuestros principales teóricos. La hipótesis operativa era, de darse enfrentamientos entre los militares como había sucedido en Brasil, y a partir de eso, lanzar una contraofensiva. Qué hubiera pasado a partir de la misma, si un baño de sangre o la toma del poder, es harina de otro costal.

Ahora bien: cuando esa hipótesis operativa no se dio, ¿por qué conservar en el país a todos los mandos militares del Partido, por qué mantenerles la veda del exilio no autorizado que fue directiva general y que claramente y por necesidad partidaria era lo desaconsejado? Anterior a eso ¿por qué un mando básico fue Álvaro Coirolo, porque había hecho el Liceo Militar? Nunca nadie me pidió mi opinión sobre Coirolo, a pesar de que lo conocía bien desde que fungía como anarquista; si se me hubiera pedido, diciéndome que pensaban promoverlo al frente de un club de bochas, la hubiera dado negativa, no le tenía confianza, lo sospechábamos confidente policial: error, lo era de inteligencia militar.

En cuanto a la clandestinidad, digamos civil, fue penosa. Hubo algunas provisiones logísticas pero a la gente se la lanzó al sacrificio. Las únicas instrucciones fueron que si nos detenían negáramos todo, incluso la pertenencia al Partido: sensacional. Y yo, por ejemplo, miembro del Comité Central, no había hecho el más tonto cursillo: ignoraba si en la clandestinidad convenía transitar de día o de noche, por calles concurridas o calles desiertas; no se puede decir que el movimiento comunista internacional no tuviera harta experiencia al respecto.

En *El Popular* todos creíamos que el Partido tenía tremenda estructura montada y que bastaba apretar un botón para ponerla en marcha. Cuando me llamó Eduardo Viera por el proyecto *Carta Semanal* quedé atónito: partía de la base de que de la futura prensa clandestina se ocuparían compañeros que en su vida habían tenido

que ver con la prensa y cavilaba sobre el novedoso frente en que me ubicarian y acepté por una tremenda tontería: temí que una eventual negativa fuese atribuida a cobardía. No solo fui yo, todos los compañeros que participaron eran de *El Popular*. Hubiera bastado el más elemental seguimiento cuando empezó a editarse, para que todo el aparato de propaganda hubiese quedado regalado hasta el momento en que decidiesen desconyuntarlo. ¿Sucedió esto? No lo sé: habría que preguntárselo a la gente de la OCOA, la Organización y Comando de Operaciones Antisubversivas que centralizó la represión.

No es cosa de sobrevalorar a los cuerpos de inteligencia. Cuando empezaron a buscarme fueron primero a un apartamento de la calle Zabala en que vivía cuando era soltero, más tarde llegaron a mi siguiente vivienda en la calle Ejido y por último, astutamente, arribaron a mi apartamento en la calle 18 de Julio, apartamento que como responsable de *Crónica* lo tenía registrado en el mismísimo Ministerio del Interior. Pero, aparte de esta torpeza, lo cierto es que los "inteligentes" dominaban su oficio, tan cierto como que su método más eficaz fue la tortura, entendida como recurso profesional.

Mas cuando empecé mi clandestinaje aún vivía en mi domicilio oficial. Allí preparaba el material y a hora y día predeterminados se lo entregaba a un compañero en la esquina del Hospital Italiano a donde iba a pie y sin mayores precauciones. En esa época me reunía con Viera en un desierto boliche de La Comercial donde era más sospechoso que vernos con naturalidad en el Sorocabana. No sé: rememoro esos tiempos y me da la impresión de que estuviéramos jugando a la clandestinidad, no practicándola realmente. Todo era improvisado, como si el Partido hubiera previsto solo una represión "light" y no la feroz que se abatió en su momento.

Cuando me harté de ello, porque estaba exponiendo gratuitamente a mi familia, me sacaron y comencé una larga odisea. Recuerdo, entre otras, una casa en Palermo, otra en el Cordón, una tercera en Jacinto Vera, una cuarta en Shangrilá, una última en Villa Dolores. Cuando terminó esta locura llegamos a 1975 y yo estaba en Lagomar mientras se hacía un cuarto intermedio en tanto se trataba de introducir una cierta racionalidad en nuestro enclenque accionar subversivo.

Los primeros diez meses de 1975 fueron más sensatos. Vivía en el apartamento de un comunista inactivo en Punta Gorda donde escribía mi material; de allí un compañero me llevaba en auto una vez por semana a un apartamento vacío donde armábamos el periódico y de donde el armador se lo llevaba a una compañera que tenía una boutique y que actuaba de buzón. Otra compañera era el enla-

ce con la dirección del Partido. A mediados de año tuve que mudarme porque el hijo de casa también comenzó con sus cosas por la UJC y la casa dejó de ser segura; me pasaron a un apartamento alquilado ex profeso en la calle Coronel Alegre: nombre simbólico.

Allí me sucedió algo, si se quiere gracioso. Vivía en el primer piso y la puerta de calle quedaba trancada. Una mañana se rompió el timbre: era un desastre pues mi enlace lo tocaba abajo con determinada clave y timbre roto significaba Aldo aislado (Aldo era yo). Tomé pinza y destornillador y bajé a tratar de repararlo. Estaba muy entretenido cuando detrás mío se paró una chanchita con tres uniformados, los tres bajaron, vinieron hacia mí, me dieron los buenos días y se introdujeron en el edificio: en el 002, lo supe después, vivía un funcionario de Inteligencia y Enlace. Terminé de arreglar el timbre.

El siguiente episodio remarcable de Coronel Alegre no fue tan pintoresco. El 21 de octubre la OCOA lanzó su operativo contra el Partido y las estructuras fueron cayendo una tras otra; centenares de compañeros fueron detenidos. Quedó todo paralizado a la espera que nos tocara el turno.

No nos llegó. A fines de diciembre evaluamos la situación y llegamos a la conclusión de que lo peor había pasado y de que los sobrevivientes, pues eso éramos, sobrevivíamos. Me encontré con Cuesta, que se había hecho cargo de la dirección partidaria, y éste me confió la dirección del Frente de Propaganda: que había dejado de existir.

En efecto, algunos días después, el 4 de enero, la DINARP se descargó con un comunicado, que el democrático diario *El País* aderezó con democráticos comentarios de redacción, brindando con todo detalle la estructura, compañeros a cargo y locales utilizados del Frente de Propaganda. Todo, inclusive mi nombre y mis alias. Igual, me obstiné en quedarme: ¿no habíamos superado acaso la oleada de detenciones?

Siguieron los días y yo me afanaba por ver si podía reconstruir el frente cuando un día 17 a la compañera que actuaba como mi hospedera le llegó la información de que las Conjuntas habían allanado su anterior vivienda en mi búsqueda. Hicimos un Consejo de Guerra y ella juró y perjuró que no había absolutamente ningún medio hábil para que los milicos vincularan esa casa con la actual. Yo estaba desnudo, sin ningún enterradero disponible pues las Conjuntas habían barrido con mi reserva; consideré y descarté refugiarme en la Embajada de México ya que la directiva partidaria era no hacerlo; y solo le encomendé al enlace procurarme algo más seguro.

Al día siguiente me detuvieron.

De nuevo en casa. Anoche estuvieron algunos amigos y vecinos a recibirme, pero a pesar del afecto que me demostraron yo estuve silencioso e incómodo; no querrían afectarme con recuerdos ingratos y apenas mencionaron el Penal. Se fueron al cabo de un largo rato y yo quedé con la impresión de que lo hicieron aliviados, simplemente con la satisfacción del deber cumplido. Es sábado y voy con Teresa a comprar un pollo; son tremendos el ruido del tráfico y el hormigueo de la gente. Voy cavilando en esto cuando Teresa me retiene: iba a cruzar la calle sin fijarme que estaba la luz roja y un auto se me venía encima. Sigo con miedo y me digo que debo tener cuidado; si el tráfico de 18 era abrumador, el de Rivera resulta peor porque no hay luces y casi con pánico camino vacilante tras Teresa. En la pollería me quedo pasmado: una muchachita que no parece tener muchas luces pone el bicho en una balanza, aprieta unos botones como si fuera una laboratorista y el aparato parece darle automáticamente el importe. Lo más notable es que la muchacha actúa mecánicamente, al parecer sin conciencia de que está operando un artificio mágico. Empiezo a cobrar conciencia de que en todos estos años el mundo siguió adelante, que la tecnología pegó un salto y quedé años luz atrás.

Deambulo por la casa asombrado de la cantidad de objetos inútiles que la pueblan; por cierto que no lo digo, pero me llama desagradablemente la atención el desorden que hay, la cantidad de cosas que están desparramadas por todas partes y que deberían estar guardadas como correspondería. Finalmente me aprieto en un sitio preciso que decido que es el mío y me quedo comprimido en él, leyendo el diario y buscando como es lógico no interferir en el espacio de los demás. La lectura del diario me revela que han pasado cosas, infinita cantidad de cosas y que las referencias se me escapan tornándose incomprensible el mundo de hoy. Todo lo brinda el diario como si fuera normal, como si nadie fuera consciente que lo que está pasando es fabuloso. Concluyo que la gente, mi familia, el lector del diario, deben circular por la vida ajenos a su transcurso, foráneos a los cambios veloces que se precipitan haciendo blanco en lo tipos sensibles, como yo.

De tarde salimos con Adriana a recorrer 18 de Julio. Lo hago con cierta prevención pero ahora, como es sábado, hay menos tráfico y menos ruido, así que camino con más soltura y miro las vidrieras.

Me asombran los precios: cosas superfluas tienen un precio elevadísimo, no sé quién querrá y podrá comprarlas pero por el contrario artículos imprescindibles son una ganga, por lo que concluyo que el costo de la vida está bajísimo, que los familiares nos mentían cuando nos decían que no se podía vivir y que la dictadura ha tenido grandes éxitos. La gente debe estar satisfecha con ella o ¿no será que no entiendo ya el sistema de valores que se han dado? Miramos vidrieras de electrodomésticos y aparte de heladeras y televisores no reconozco nada, no sé para qué son esas cosas con tantos botones y me siento humillado, por lo que no me animo a preguntar.

La apariencia de 18 es chocante: está poblada de carteles ramplones, chabacanos, lo que la hace parecer un remedo de Las Vegas. Estoy abrumado y triste, quiero volver rápido a casa. Tomamos un ómnibus. Adriana me ha dado plata y pretende que, como corresponde, pague yo, el caballero, pero cuando estoy frente al guarda me hago un lío y quedo inerte. Adriana interviene y, mohino, pienso consoladoramente que tal vez el tipo me creyó un turista.

Es 27 de noviembre y hay un acto cerca de casa, en el Obelisco. Vamos. Cuando pasamos Acevedo Díaz me cruzo con el Polaco, un compañero del Penal que salió hace un tiempo. Me toma del brazo, como aferrándose a un salvavidas, mientras intercambiamos noticias personales y luego me confiesa que se va porque no puede soportar el gentío que hay. Temo llegar tarde y me despido con el remordimiento de dejarlo desamparado y, también, con ciertos prejuicios, alertado. En efecto, hay un mar de gente y el espectáculo es casi aterrador. Encuentro conocidos, amigos, gente que estuvo presa conmigo, y es puro saludo así que me voy ubicando. Cuando empieza a subir la gente al estrado quedo atónito: es extraordinario, no falta nadie, hasta está Ulises Pereyra Reverbel, no se puede creer.

Sube Alberto Candeau y comienza: "Los partidos políticos uruguayos, todos los partidos políticos, sin exclusión alguna, han invocado hoy al pueblo a celebrar la fecha tradicional de la elección de sus gobernantes y a proclamar su decisión irrevocable de volver a ejercer su derecho al sufragio de aquí a un año, el último domingo de noviembre de 1984". Notable: ya estoy cómodo y aplaudo con entusiasmo.

Estoy buscando trabajo y es inútil. Me hicieron una fiesta mis antiguos compañeros del Instituto, de la Facultad, pero cuando en cierto momento insinué mi interés por una ocupación cualquiera, uno que ya es un personaje deslizo que, tal vez, habría unas copias para hacer a máquina, tal vez.

Es bravo ser un desocupado; nunca en mi vida lo había estado, me encuentro mal, camino por las calles, veo pasar a la gente ocupada, con aire diligente, enérgico, eficiente, y me siento un perro, comienzo a odiarlos, me pregunto por qué ellos y no yo tienen trabajo. La salida viene inesperadamente de una vecina nueva que ayudó a rallar el chocolate cuando estaba en el Penal y que me consigue una changa en una imprenta de una tía, una democristiana que es consciente de lo que hace cuando me da el trabajo. Hacer escarapeles en la imprenta me ayuda, me hace sentir un miembro útil de la sociedad. Me reintegro.

Llegan las elecciones y vuelve la gente del exilio. Es una explosión, pasan camiones con gente joven enarbolando banderas con la hoz y el martillo. Me incorporo a *La Hora* para dar una mano; mis mesuradas críticas no son recibidas con gran entusiasmo: ellos están engreídos por haber tenido el discernimiento y el coraje de haber lanzado el diario en los últimos tiempos de la dictadura y tienen razón, yo soy un sapo de otro pozo. Me doy cuenta que el encuentro de exiliados, ex presos y resistentes locales no va a ser fácil: me parece que los ex presos estamos fuera de onda, que los resistentes están ensoberbecidos y que los exiliados vuelven como si vinieran a una reconquista. No, no va a ser fácil.

Me cita Alberto Altesor: por fin voy a presentarme a la Comisión de Control.

Le cuento las cosas que relaté aquí y otras, sobre algunos compañeros. Me escucha con atención, me pregunta poco. Hablo con comodidad; entiendo que solo los torturados tienen derecho a juzgar a los torturados. Pero empiezo a sospechar, por su actitud, que no va a pasar nada, que la dirección del Partido ha resuelto poner punto final excepto sobre los casos de traición. Tengo dudas sobre lo acertado de esa decisión porque hay muchas cuentas pendientes y hay también mucho heroísmo callado.

El Partido ha resuelto mantener a *La Hora* y volver a editar *El Popular* como semanario. Viera me llama para que me defina.

Yo opto por *El Popular*, me encuentro más cómodo con la vieja gente y además he vuelto a trabajar en la Universidad. No seré más funcionario del Partido.

III

EL INFIERNO

1

Siento correr un portón de hierro y me invade una música estridente. Me bajan, me atan fuertemente las manos por detrás con un cable y me sacan la funda que me envuelve la cabeza: estoy contra una pared. Luego me tapan los ojos con una tela áspera y la anudan fuertemente. También me cuelgan algo del cuello y alguien me dice que en adelante me llamarán por un número que me indica y que por los nervios olvido de inmediato. Ahora me toman firmemente del brazo y me conducen unos metros. Una voz me pregunta: cómo te llamás. Contesto Martínez. Una bofetada. Me pregunta de nuevo: cómo te llamás. Uno aprende rápido y contesto José Jorge Martínez. El Tito, comenta el interrogador, y sigue: la mano viene brava para vos, ¿vas a hablar? Callo, esperando otra bofetada. No se produce. Me toman de nuevo del brazo y me llevan, me hacen subir una escalera de madera y luego de unos pasos nos paramos. De súbito me toman vigorosamente de los brazos y de la nuca, son dos pienso, y me doblan, hundiéndome la cabeza en un tacho con agua. Es un agua con algo viscoso, con olor nauseabundo, vómito pienso, es un olor inconfundible pienso, mientras cierro fuertemente la boca. Al cabo de un momento, es fácil de aguantar me digo. Pasa el tiempo y sigo con la cabeza en el agua. Siento que me asfixio, el pecho parece explotar, me agito inútilmente, lo único que pienso es no abrir la boca, pero el agua comienza a entrar por la nariz, me sacudo, la nariz me arde. Me levantan. Respiro a bocanadas, ruidosamente, ansiosamente. Me preguntan: vas a hablar. No digo nada. Otra, se dicen, y de nuevo me empujan por la nuca hacia el agua, larga, interminablemente; siento que voy perdiendo el control, no resisto, no resisto, abro la boca y aspiro, el agua y la porquería entran pero no aire, me convulsiono, me sacan. Me preguntan: vas a hablar, puto. No digo nada. Me impulsan otra vez hacia el tacho y así todo recomienza.

Estoy parado hace mucho tiempo, no sé dónde ni cuánto. Pienso insistentemente, obsesivamente, bueno, esto es así, se aguantó una vez, se puede aguantar otra, hay que pasarlo de a una vez, de una vez por vez, sí, de una vez por vez.

Me agarran del brazo. Me dicen: bien, te dimos tiempo para pensarlo, esto no fue nada, ¿vas a hablar? Ya sé cómo es, me digo, me preparo y callo. Siento que me ponen una capucha, no sé de que material: está húmeda, huele a roña, a inmundicia. Me llevan casi corriendo, a los tropezones y de inmediato estoy otra vez con la cabeza en el agua. Pero para mi alivio esta vez me sacan pronto: un tipo me toma la capucha a la altura de la garganta y la aprieta. No entiendo qué pretende. El tipo la aprieta aun más, la estruja y siento que me falta el aire; abro bien la boca y en vez de aire me entra la capucha, me sacudo como loco, me sujetan violentamente, deben ser tres, me asfixio, siento que me voy, el tipo afloja y me llega aire que trago a borbotones; el tipo vuelve a estrujar la capucha, imagino que la capucha entra también por la nariz, pateo y logro zafar pero un golpe en la cabeza da conmigo en el suelo y puedo respirar aliviado. Una voz me dice: vos te la buscaste, ahora vas a saltar, vas a ver lo que es bueno. Advierto que a los tirones me arrancan la ropa y me dejan desnudo; me tiran sobre algo duro pero flexible, no sé, sí, parece una cama metálica con elásticos y con una arpillera mojada arriba.

Picana, es la picana; me recorren el cuerpo y yo me arqueo, salto como una rana, me tiran agua encima y siento que vibro todo entero. Alguien me dice: vas a hablar, hijo de puta. La picana pasa por el pecho y me da como un golpe, percibo lejanamente que me paralizó. Un tipo me levanta los labios, hurga en mi boca cerrada y un rayo continuo se me descarga. Oigo a alguien que grita, que aúlla, soy yo. Me he propuesto no gritar, aprieto los dientes para no hacerlo y grito, grito, mientras una punta de fuego quema mis encías y siento que mi cráneo va a estallar. Ahora la punta se aleja mientras mi boca es todo un ardor, un incendio. Alguien hurga en mis genitales y es el infierno: me están arrancando las entrañas, el pene es toda una llama. Oigo lejanamente que una voz dice: hablá, puto, que te vamos a dejar capón. Soy todo un alarido.

Despierto y me encuentro en el suelo entre un charco de agua.

Sigo atado y vendado, con solo el calzoncillo puesto. Me preocupo por él, me digo que es una macana, que se va a ensuciar, y procuro moverme para salir del barrizal: me doy cuenta que me duele todo el cuerpo. Empiezo a recordar lo que ha pasado, siento en particular un fuerte ardor en el pene y las encías. Musitando una vez por vez caigo nuevamente en un sopor benefactor.

Alguien me sacude y me despierta. Con cuidado me ayuda a levantarme y me conduce, haciéndome bajar la escalera. A medida que lo hacemos voy cobrando conciencia. La música ruidosa conti-

núa y por la forma en que resuena comprendo que estamos en un lugar grande, un depósito tal vez, de piso de hormigón; como una cortina de fondo se sienten quejidos bajos y continuos e intermitentemente gritos: se me ocurre que ahí debe haber mucha gente. El que me conduce me detiene, me saca el cable que me rodea las muñecas y me lo vuelve a atar con las manos por delante. Luego me hace sentar, comprendo que estoy sobre telas gruesas, parecen ponchos, y me hace agarrar un tazón con comida y una cuchara. Como automáticamente, inconscientemente. Dejo el tazón a un lado y me duermo acunado por la música que no cesa.

2

Cuando asumí la dirección de las páginas internacionales del semanario *El Popular* moría Konstantín Chernenko, quien había sustituido a Yuri Andropov al frente del PCUS en 1984. En sus dos años, Yuri Andropov había tratado y no había tenido tiempo para sanear el esclerosado y burocratizado partido que se descomponía tras los 18 años del entumecido Leonid Brezhnev: en cuanto a Chernenko, nadie supuso que haría algo y efectivamente no lo hizo. El Comité Central tragó la amarga píldora necrológica y se decidió a optar por las nuevas generaciones, eligiendo al brillante Mijail Gorbachov.

Luego del XXVII Congreso del PCUS, de febrero de 1986, en donde se planteó con fuerza la democratización socialista de la sociedad, prendieron dos ideas-fuerza: la perestroika y la glasnost. Para saber más sobre ellas acepté cubrir la corresponsalía para *La Hora* y *El Popular* de la XIX Conferencia Nacional del PCUS que se abriría el 28 de junio de 1988 y para ello viajé a Moscú.

No era la primera vez que estaba en la URSS y la encontré desconocida. Estaba planteada abiertamente la lucha contra el burocratismo. Jruschov ya lo había intentado y para eso había lanzado en el XX Congreso la bomba de la denuncia de los crímenes de Stalin; pero la burocracia, los aparatchik estatal y partidarios, se lo tragarón y luego lo tiraron a un lado. Con Brezhnev ellos reasumieron su poder omnímodo y así mantuvieron no solo el papeleo y el rutinarismo sino al pueblo alienado del poder. Y el cáncer de la corrupción crecía: en ese momento estaba al rojo vivo la denuncia de la “mafia uzbeca”, enquistada en los más altos círculos.

Ante el fracaso de Jruschov años atrás, Gorbachov tentó un camino inverso: sacudirlo todo desde abajo. Y lo dijo: “Desde arriba

hemos intentado hacer mucho. Pero no sale nada. Hoy procuramos poner en movimiento a toda la sociedad”.

Para eso se realizaba la Conferencia. Un instrumento renovador había sido la prensa, que se encontraba desatada y era tribuna de denuncia de mil errores, supercherías y crímenes. El Partido bullía y parte del pueblo también: parte, porque en grandes sectores aún se mantenía una abulia indiferente y escéptica.

Pero de todos modos había un trastoque general y yo tuve mi termómetro personal: por supuesto había viajado antes en los grandes Zil negros de la nomenklatura y había sido hartamente consciente de la indiferencia fría e incompatible con que les abría paso la gente común; pero viajando ahora en uno de esos mismos Zil por un camino angosto hacia un koljós cercano, nos topamos con un camión traqueteante que ocupaba el centro de la calzada e impedía el paso: cuando todos los bocinazos fueron inútiles y el chofer del camión continuó impertérrito, yo comprendí que algo muy grande e irreversible estaba pasando en la URSS.

Para los corresponsales extranjeros la estrella de la conferencia iba a ser Boris Yeltsin. Este había sido propulsado por el propio Gorbachov a la dirección del partido moscovita suplantando a Víktor Grishin, un tenaz aparatchik; pero Yeltsin recomenzó en el otro extremo con los métodos de “orden y mando” denunciados, sacando y poniendo gente sin ton ni son (características que mantuvo cuando, viejo oportunista, tomó el poder en la Rusia de hoy), y debió ser reemplazado. Representaba a Carelia.

Todo consistía en que, piedra básica de la democratización, se planteaba el renacimiento de los soviets como órganos del poder popular.

Las antevisperas de la Conferencia habían sido tumultuosas: miles de secretarios habían sido sustituidos y 70 miembros del Comité Central no habían sido electos como delegados. Hubo muchos casos en que los delegados fueron votados pero no electos y en varios de los organismos las protestas obligaron a rever las designaciones.

El desarrollo de la Conferencia mantuvo las mismas características de duras confrontaciones. Era fácil para el extraño ubicarse: el delegado que atacaba a la prensa estaba contra la perestroika, el que atacaba a los ministerios estaba a favor. Ya no se aplaudían las intervenciones en forma automática y ceremonial: los delegados se manifestaban a favor o en contra y en particular eran denostados los que se dedicaban al autobombo. Había un sector que los espectadores identificábamos fácilmente por sus uniformes: los militares, que estuvieron entre quienes no aplaudían las palabras de

Gorbachov. Yo interpreté que no se debía a una posición corporativa de los militares pues el Ejército Rojo nunca las había asumido, incluso cuando las purgas de 1937-1938: eran parte de la oposición burocrática, que se destacaban por estar uniformados y que sentían amenazado el imperio del complejo bélico-industrial.

No obstante, la gran mayoría de los 5.000 delegados eran de la base y la Conferencia se pronunció claramente por la acentuación de la perestroika. Esta consistía esencialmente en dos principios: primero, una delimitación clara de las jurisdicciones y funciones del Estado y del partido; segundo, volver a hacer de los soviets órganos del poder popular. Para ello, los ejecutivos pasarían a ser meros funcionarios dirigidos por los diputados; sus mandatos estarían limitados a dos períodos; las elecciones, secretas, se harían con multiplicidad de candidaturas; sus mandatos podrían ser revocados por sus electores; los soviets tendrían ingresos estables. Y, en general, se reorganizaría la dirección de los asuntos locales administrados por los soviets sobre la base de la autogestión, la autofinanciación y el autoabastecimiento.

Luego de la Conferencia pude viajar por parte de Rusia y por Ucrania, particularmente por Kiev y la cuenca del Donetsk. Tuve así oportunidad de dialogar con numerosa cantidad de dirigentes medios, del partido y de los soviets regionales y provinciales. En sus manos estaba el poder. Cuando volví a Montevideo informé al Comité Ejecutivo: esta gente era evidentemente capaz, sin nada de la agrisada ceguera de topo que tendemos a atribuir a los burócratas y dominaban sus temas con soltura y autoridad. En suma, no iba a ser nada fácil quitarles el control.

Los años posteriores lo demostraron. Y cuando la implosión de la URSS, cuando cayó el socialismo sin que casi nadie lo defendiera, todas las informaciones coinciden en que esta gente, en su mayoría, se las ingenió para seguir en el poder, ya no invocando al pueblo y la patria socialista, sino desnudamente como empresarios capitalistas confabulados con la oligopólica mafia. ¿Y por qué no? ¿La acumulación primitiva de capital en Inglaterra, la páfida Albión, la patria de la revolución industrial, no se hizo sobre la base del dinero provisto por la trata de esclavos? Pues al neo-capitalismo ruso, apropiadamente, lo banca el capital mafioso con el visto bueno de Yeltsin y los suyos. Por lo menos al escribir estas líneas.

Me están haciendo subir otra vez la escalera; de nuevo la picana, me digo, ¿cuántos días van? Tres, cuatro, no me acuerdo bien. Una vez por vez me repito monótonamente, hay que pasarlo una vez por vez. Estoy arriba y con las vísceras apretadas espero que empiece, pero no, un tipo me habla. Amable, firme. Me está diciendo que es al cohete que me haga masacrar, que tarde o temprano todos terminan hablando. A esta altura por las voces ya me he dado cuenta que los que torturan son oficiales, que los soldados, los números, solo te llevan y traen, pero aun así éste es otra cosa. Sigue hablando convincente y me da nombres, me dice que fulano y zutano ya han cantado, insiste que ellos saben todo, ¿no lo leí acaso en el diario antes que me agarraran? ¿Y por qué creo que caí, por casualidad? Pienso que el tipo debe tener mando, que debe ser uno de los jefes. De pronto pongo atención al recitativo: me está diciendo que es una lástima que quien escribió *La telaraña bancaria* se regale de esa manera y no puedo evitar una reacción de algo parecido al envanecimiento: el tipo sabe, me debe haber leído cuando ellos estaban en la campaña contra los ilícitos económicos y barrunto que con él se puede hablar, que no es un bruto como los demás. Me sigue diciendo que el aparato de "Carta Semanal" está todo entregado, que estamos liquidados, que solo quiere confirmar algunos nombres: nada más. El tipo es persuasivo, culto, y me digo que sería una falta de urbanidad seguir callado y abro la boca, hablo, le digo mesurado que estoy dispuesto a firmar una declaración sobre lo mío, pero que no me pida nombres, eso no. Me responde que no, que así no vale. Me obstino, repito nombres no, nombres no. El tipo pierde la paciencia, o hace que la pierde, y me grita, es un truco, pienso, es técnica elemental de interrogatorio, pienso, y el tipo me insulta, se evapora su corrección, me golpea, es un golpe seco y duro, es una cachiporra de goma identifico, el tipo me da en la espalda, en los brazos, se encarniza en los muslos, que queman, atontado en un momento me caigo y el tipo me sigue dando en el suelo, sin parar. No, ahora se detiene y me vuelve a conminar, vuelve a ser convincente, dice que me tiene lástima, que no sea idiota al pedo. Callo. Vuelve a pegarme en los muslos. Duele mucho, pero pienso que se puede soportar, que al lado de la picana en la pija eso no es nada, que mejor siga con los golpes y gimo para impresionarlo.

Al final se detiene. Debe haber hecho un gesto porque sin más palabras me agarran y me llevan escaleras abajo. Me hacen caminar un trecho y luego me dicen quieto y me dejan. Estoy desconcer-

tado. Ya sé que alzando con disimulo la cabeza puedo entrever algo debajo de la venda, por las comisuras: lo hago brevemente y percibo otros pies, concluyo que estamos de plantón, esperando. Siento una conversación, parece radial, alguien está diciendo 300 Carlos, sí, aquí Oscar 2, escucho.

Pasa el tiempo y alguien ordena: siéntense. Lo hago en el suelo, tranquilizado. Al poco rato, unos minutos apenas, la misma voz dice: de pie. Me levanto expectante, ¿qué vendrá ahora? Nada, siempre la música destemplada, siempre los gemidos en el entorno, siempre los gritos esporádicos. Y de nuevo una voz: siéntense, y de nuevo, a los cinco minutos, la voz que dice: de pie. Comprendo que estoy sometido a una rutina, bueno, me digo, tan malo no es. Al suelo, de pie, al suelo, de pie. Calculo que el ritmo es de una hora de plantón con cinco minutos de descanso. Han venido y me han cambiado la atadura volviendo a amarrarme por delante y cuando nos hacen sentar me traen otro tazón del mismo guiso. La cena, me digo, esto se puede bancar. Al cabo de más o menos media hora, el mandato vuelve: de pie. Recomienza la cadencia: siéntense, de pie, siéntense, de pie. Dormito parado a ratos, a veces me tambaleo, me afirmo fuertemente en el piso. Mi cerebro está en blanco. Noto que ya clarea. Siéntense, de pie, siéntense, de pie.

Debe ser ya media mañana. Alzo la cabeza para tratar de ver algo cuando un fuerte golpe en la cabeza me saca las ganas: y al cabo de un rato alguien viene y me coloca algodones en los ojos debajo de la venda: esto debe ser jodido, pienso, cuando noto que algunas hebras se me han metido debajo de los párpados.

Me vienen a buscar y me digo, con pánico, de nuevo arriba. No, me ponen otra vez la atadura a la espalda, maniobran con ella y siento que soy lentamente izado, mis brazos arqueados en la espalda se elevan y alzan tras ellos el cuerpo, éste se estira, me pongo de puntillas, se sigue elevando: estoy en el aire. Alguien ha tanteado con el pie haciéndome oscilar y así quedo.

No pensaba en nada, duraba como una cosa, cuando me apercibo que ahora con las puntas de los pies rozo el piso: me duelen terriblemente los omóplatos pero igual hago un esfuerzo para bajar; me retuerzo, lo voy logrando y consigo que los dedos de mi pie derecho se apoyen, sí, se apoyan en el suelo. No me dan tiempo para saber si he mejorado o empeorado porque alguien viene, siento que maniobra con la cuerda y vuelvo a elevarme en el aire. Es insoponible, pero continúa sin pausas.

Puedo ver, a través de la venda puedo ver con claridad a unos niños que me miran atentos, curiosos, son cinco o seis y uno tiene

los dedos en la boca: están callados e inmóviles; ahora se mecen, crecientemente se mecen en el aire mientras me miran reflexivos. Estoy abstraído ante los niños que me custodian expectantes mientras oscilan ingravidos como movidos por una brisa.

Alguien me toma por los sobacos y me alza mientras otro va soltando la cuerda; voy recobrando la lucidez en tanto los músculos de los hombros se van encogiendo entre punzadas taladrantes: siento que me voy a derrumbar pero me sostienen y luego uno me lleva trastabillando, me hace acostar y me arropa con un poncho. Quedo muerto.

Estoy otra vez en el gancho, colgado. Una voz, alguien, me habla y yo me retuerzo en el aire; la voz me pregunta si ahora estoy dispuesto a hablar, nada digo, el tipo me insulta larga y pacientemente, me lo pregunta de nuevo y yo decido no contestarle pero me oigo decir entre gemidos nombres no, nombres no cuando algo me toca y salto, es la picana, yo me arqueo, los omóplatos van a reventar, me sacudo, cimbreo como una bandera sacudida por un ventarrón. Voy perdiendo la noción de las cosas.

Alguien me toma por los sobacos.

4

Nacido en 1957, en mayo de 1989 cerró *El Popular* y su personal se sumó al de *La Hora* que pasó a llamarse *La Hora Popular*. Se le agregó un suplemento político-ideológico, *El Semanario*, el cual pasé a dirigir.

Lo cierto es que la política editorial del Partido se había tornado crecientemente errática: incluso la revista *Estudios* en los últimos años había pasado a editarse en forma irregular porque el dinero no alcanzaba y los déficit se acumulaban.

El tema de las finanzas era uno de los que en el Partido era valor entendido que no correspondía menear. En el viejo *El Popular* no se mentaba: yo suponía que el papel, parte sustancial del gasto, lo suministraba el PCUS y que lo recaudado en las periódicas colectas que se hacían para su financiación era derivado hacia el Partido. De otra manera no se explicaba el rechazo tajante de Viera y Luis Rodríguez, el administrador, a las propuestas de cambiar el papel soviético, de pésima calidad, por papel chileno. Lo mismo debía seguir pasando con *La Hora Popular*. De todos modos en ésta los gastos eran mayores: ya no éramos abnegados funcionarios del Partido

sino ampulosos periodistas y cobrábamos más o menos el laudo. Yo también: ahí empecé a ganar un sueldo, cosa que no sucedía en *El Popular* semanario.

Incluso había algunos, que se entendían valiosos, que recibían bajo cuerda un complemento salarial como forma de retenerlos. Para bien y para mal, la mentalidad era otra: hasta había posturas reivindicativas del personal, cosa inconcebible antes del golpe. En realidad el hombre de las finanzas era Esteban Valenti, la *bête noire* cuando la crisis del Partido y genio de la publicidad. Era un ex jefe de la UJC que, exiliado en Italia, se había convertido en exitoso empresario y en tal carácter sus vínculos financieros con el Partido tenían carácter reservado.

De todos modos era evidente que él subvencionaba al Partido y no al revés, como luego se dijo calumniosamente; y, en particular, lo hacía con *La Hora*.

Pero los principales males de *La Hora* y luego *La Hora Popular* no tenían raíces financieras sino políticas. Había nacido a fines de la dictadura como un diario democrático con influencia comunista y así debió haber seguido; esto justificaba haber editado luego *El Popular* como semanario. Pero el Partido no lo permitió. El Partido creía que necesitaba un órgano diario para “dar la línea” y así *La Hora* sumó todas las desventajas de ser órgano partidario y ninguna de sus ventajas.

La prensa partidaria siempre se había concebido como prensa al servicio cerrado del Partido, no al servicio de la verdad u otras zarandajas por el estilo. Vamos a entendernos: la objetividad periodística no existe; prensa significa selección y selección implica subjetividad. Si yo dedico cuatro páginas a la información policial, cinco a la deportiva y una a la económica, no soy objetivo. Si destino una página al último discurso de Tabaré Vázquez y media columna al de Sanguinetti, no soy objetivo. Si no publico los suicidios, no soy objetivo. El enfoque, el encaramiento, de las noticias es subjetivo, ideológicamente guiado.

Pero debe haber límites a la subjetividad. Uno primero es que el necesario sesgamiento no caiga en la falsedad tácita o expresa. Si digo que Jruschov renunció porque estaba enfermo y así lo informó la TASS, no solo deformed los hechos sino, lo que es peor, arriesgo hacer cundir el descreimiento en el lector. La masa partidaria había cambiado: en 1956 *Acción* publicó el deschave secreto de los crímenes de Stalin hecho en el XX Congreso del PCUS y el Partido dijo que eso era factura de la CIA: los comunistas no lo leyeron. Treinta años después, cuando en un congreso del PIT-CNT, un comunista invocó

los buldozer como forma de resolución de las controversias y el 40% de los delegados se retiró, y al día siguiente *La Hora* lo tildó como una apoteosis de la unidad, la mayoría del Partido buscó desesperadamente en otros diarios la verdad que se le ocultaba.

Otra razón es más intrínseca. Hay determinada información que no puede omitirse: si necesito leer *Búsqueda* para saber qué pasa dentro del Frente Amplio, entonces la prensa partidaria no me sirve y dejo de comprarla a menos que sea un fanático.

Siempre hubo excelentes razones para las imposturas o las omisiones. ¿Quién no las ha perpetrado? ¿Quién no ha dicho que en un acto había 3.000 personas cuando los concurrentes no pasaban de 500? La ley era no crear desánimo, no alimentar dudas. ¡En el XXI Congreso hubo cantidad de delegados que sostuvieron rabiosamente que no se debía decir que el golpe había significado una derrota! Y los melindrosos no éramos únicamente los comunistas: si hubiéramos publicado interioridades del Frente hubiésemos molestado a los aliados que presuponían tenebrosas maniobras bolches en todo: pero cuando ya no se es una pequeña fuerza sectaria, cuando los adherentes se cuentan por centenares de miles, éstos piensan y quieren saber qué pasa.

Ese es el quid. En 1970 uno compraba *El Popular* con orgullo pues al hacerlo acreditaba ser un opositor del gobierno. En 1990 uno compraba *La Hora Popular* con vergüenza porque era un tarado que se tragaba ruedas de molino como hostias.

Los periodistas éramos conscientes de la penosa situación y se requería una buena dosis de masoquismo para serlo. Pero ese masoquismo tenía un límite y ese era el salarial. En 1957 los comunistas a los que el Partido había encomendado redactar e imprimir el diario cobraban tarde y mal cuatro vintenes y lo único que sucedía era que aquellos que no tenían un cónyuge que los mantuviera, pasaban hambre. En 1990, en el diario, la imprenta y la 30, comenzaron a menudear los conflictos.

Exteriormente, la crisis no parecía justificarse porque la situación política nacional era casi inmejorable. En diciembre de 1988 se había realizado el XXI Congreso, aparentemente en plena armonía: todo parecía ir sobre ruedas. En abril de 1989 se plebiscitó la ley de impunidad votada en diciembre de 1986: se habían conseguido en una notable hazaña las 630.000 firmas requeridas y los votantes por el "voto verde", aun perdidosos, llegaron a 830.000. En noviembre fueron las elecciones y allí se ganó la Intendencia de Montevideo y la 1001, ahora Democracia Avanzada, obtuvo 200.000 votos, un 46% del Frente Amplio.

Pero había vientos de fronda; la supuesta reconversión del Partido no había fructificado y larvaban las confrontaciones internas; el 27 de diciembre había fallecido Arismendi y Jaime Pérez en la Secretaría General era resistido por gente que empezaba a actuar en forma fraccional. En junio de 1989, a contrapelo de toda lógica, se había planteado como tema confrontativo “la dictadura del proletariado”, excusa para debatir problemas de dirección partidaria.

Y la situación internacional sacudía todo atisbo de modorra. Si se había digerido en junio de 1989 la matanza de Tien An Men en Beijing, luego el fusilamiento en La Habana de Arnoldo Ochoa y nada menos que las elecciones polacas que ganó Lech Walesa, la subsiguiente crisis en Europa del Este ya no habilitaba a mirar hacia otro lado. El 9 de diciembre de 1989 cayó el Muro de Berlín.

No se miró para otro lado. Con el inicio de 1990 se abrió el debate en el Partido y *El Semanario* se constituyó en protagonista. No obstante, en agosto de 1991 *La Hora Popular* solo pudo perdurar saliendo en forma semanal –yo la dirigí en su agonía– y el 31 de enero de 1992 se editó su último número; hacía ya varios meses que los llamados ortodoxos no la compraban.

5

Nuevamente estoy de plantón. Llevo cinco, no, seis días con esta rutina diabólica, plantón, gancho, picana, reposo, plantón, gancho, picana. Llevo cinco, no, seis días, dormitando solo parado, los pies están hinchados y vivo en un sopor que no sé qué pensarán ellos pero que hacen más soportable el tormento.

Estoy colgado del gancho. Veo un grupo de militares que vienen, son de alta graduación, se paran delante de mí y me miran neutros, me miran sin expresión, y yo me esfuerzo por adoptar una actitud digna, sofoco los gemidos y ellos me miran imperturbables y así seguimos un largo rato: ellos impávidos y yo tratando de enfrentarlos con altivez, ahora se van alejando sin moverse y siempre de frente, mirándome serios e indiferentes. Desaparecen y de nuevo me pongo a gemir.

Estoy colgado del gancho. De pronto aparece Adriana que se detiene a lo lejos y me mira callada, meditativa. Yo me pregunto qué estará haciendo ahí, qué imprudencia, la van a agarrar, qué incauta. Ella me mira en silencio y yo me esfuerzo para hacerle señas con la cabeza de que se vaya ya, que no se arriesgue porque la va a

quedar. No me hace caso y mi tensión sube: qué temeridad y todo para qué, si al menos tentara aflojarme la cuerda y yo pudiera apoyarme en el suelo: pero no, está demasiado lejos. Ahora parece que me ha comprendido y sin darse vuelta comienza a alejarse lentamente, cuando yo me apercibo que tengo una necesidad y le digo que me traiga un par de alpargatas, sí, necesito imperiosamente un par de alpargatas. Ella no contesta ni da señales de haber oído; alpargatas, le imploro, le grito, por favor, alpargatas. Desaparece, se ha ido: pero yo necesito alpargatas.

Estoy de plantón. Siento ruidos familiares porque estoy al lado del baño y del baño mana como un arroyo de aguas servidas que empieza a mojarme los pies: es mierda, diablos, es mierda, y yo me muevo lleno de asco pero inútilmente porque es cada vez más caudaloso; me pregunto si no se darán cuenta, esto va a invadir todo ya que ahora me llega hasta los tobillos, qué repugnancia. Me resigno, la porquería fluye impetuosamente y ya abarca un ancho cuyos límites no alcanzo a ver. Alguien ordena: sentarse. No, no, me niego, no, qué me voy a sentar en esto. Un tipo, debe ser el guardia, me pone la mano en el hombro y me dice: sentate pero yo me resisto. Dale, insiste, no seas bobo, aprovechá, sentate. Me obstino, qué me voy a sentar en la mierda. Como quieras, dice el guardia, jodete.

Estoy sentado: es el descanso de cinco minutos. Siento los ojos pegajosos. Me preocupa que la infiltración de los algodones debajo de los párpados haga que sienta que mis ojos supuren permanentemente y que provoque que la pringue de hilos de algodón, pestañas y líquido vayan formando como pequeños bolsones. Alguien viene y me examina la pierna. Es que al costado de la pantorrilla ha erupcionado como una úlcera y exuda una débil mezcla de pus y sangre. Ya lo había entrevisto con indiferencia, como una curiosidad. Ahora que me examinan me digo que es raro porque nunca he tenido várices, me pregunto displicente a qué se deberá. El tipo parece que me pasa un algodón mojado, una y otra vez, y en la maniobra le huelo un tufo alcohólico; me pone una gasa y la sujeta con una cinta. Yo pienso decirle que no se preocupe por pavadas, lo que me importa son los ojos que supuran cada vez más, sí. El tipo parece que se ha ido: a mí lo que me preocupan son los ojos.

Estoy sentado y viene alguien que me dice: tomá, mientras me da un par de pastillas y yo me digo: qué bueno, debe ser para los ojos, el médico será un borracho pero se acordó; las trago y luego recuerdo que no alcancé a planteárselo pero tal vez el tipo se dio cuenta, y me digo qué atento, qué tipo piola. Mientras, viene la orden, de pie, y cuando me dispongo a pararme siento una mano en el hombro y

me dicen no, vos no, dormí. Me invade una enorme sensación de felicidad, de reconocimiento y gratitud, y me recuesto encogido entre los ponchos. Qué bien se está: mi agradecimiento es totalizador, qué buenos son pienso, después de nueve días podré dormir, qué tipos macanudos. Me despierto y quedo absorto: veo grandes manchas de color, geométricas, como un conjunto de edificios que se movieran lentamente, meciéndose, tal como si fueran haces de luz multicolor. Es un espectáculo tranquilo, de una serenidad increíble, profundamente armonioso, que trae paz y bienestar. Lo observo sosegado, sin preguntarme a qué corresponderá. Lo acepto plácidamente encantado. Los planos de luz se cortan, se entroncan como si estuvieran regidos por una música inaudible. Es posible que me haya muerto, me digo sin el menor asomo de inquietud, sí, es posible, mientras alguien cerca está diciendo: 300 Carlos, aquí Oscar 1.

Los plazos se han acortado: ahora, cuando me cuelgan del gancho, los niños me vienen a ver casi de inmediato. Estamos como en una nebulosa y los niños vienen a visitarme, siempre callados pero yo los adivino crecientemente acuciosos; hoy, apremiantes, no se han ido cuando empezó la sesión de picana, como otras veces, se han quedado plácidos, interesados, y su presencia me hace bien porque emana de ellos una gran buena voluntad. Acojo la picana con una creciente desaprensión, como una dolorosa rutina que debo cubrir periódicamente, eso es todo. Ahora a los niños ya no les veo los cuerpos, solo las cabezas, que oscilan suavemente en el aire como grandes globos. Los miro, me miran.

Me llevan rengueando: en el piso, cada trecho, hay grandes agujeros cuadrados de donde asoman cables cortos, gruesos, que parecen corresponder a instalaciones eléctricas. En un espacio limitado por algo que parecen roperos me dejan caer sobre ponchos y ahí quedo tendido: no siento nada, absolutamente nada, solo un gran cansancio. Noto que tengo la pantorrilla izquierda vendada pero no me pregunto a qué se deberá, simplemente no me importa. Me despiertan para darme la comida, la cena, las luces no se apagan pero sé que es de noche: desatiendo el guiso y vuelvo a dormirme, pero me despierto de inmediato y ya es de día y han regresado con otro tazón. Siento punzadas en los ojos.

Ha pasado un tiempo indeterminable. Sigo recostado en una inedia total, solo me siento agotado. Durante horas sigo la música: la han cambiado, ya no es ruidosa aunque la mantienen alta, es un disco de ese español, Perales. De pronto me sorprendo tarareando esa canción sobre la secretaria que hizo del trabajo su morada y que está enamorada de su jefe: no creía haberla escuchado nunca, es

idiota, me digo, pero la sigo, sé toda la letra y la sigo una y otra vez pese a que los altoparlantes nos aturden con otra. Secretaria, secretaria.

Un preso que está acostado al lado mío está hablando con alguien, un milico debe ser, y le está diciendo que el tacho en que meamos está agujereado, que pierde, y creo reconocer la voz, sí, parece Mazzarovich. Pienso si será él, pienso que sería muy propio de él preocuparse por esas cosas, y luego se me ocurre que toda esa gente que parece que hay, que los gemidos, que los gritos, deben ser de gente del Partido. Sí, no estoy solo, somos muchos. El Partido. Agrupémonos todos, en la lucha final y se alcen los presos con valor, por la Internacional, no, no era así, ¿cómo era? y se alcen los presos, no, no, y se alcen los pueblos con valor, eso es, y se alcen los pueblos con valor con la Internacional; el día que el triunfo alcancemos ni esclavos, pero, ¿cuánto llevo aquí?

Concluyo que debe ser un mes, más o menos un mes. Qué mierda. Me viene una certidumbre, absoluta, total: estoy en reparaciones y dentro de poco recomenzará todo, pero solo una vez, sí, una vez, y luego abandonarán y me llevarán al Juzgado: si después de todo ya saben todo, me dejarán en paz. Solo tengo que aguantar otra tanda de torturas como la primera: si aguanté una puedo aguantar otra, y después me dejarán en paz, me dejarán en paz.

6

Pienso que para la crisis del Partido incidieron dos categorías de razones, una, obvia, la implosión del llamado sistema socialista pero también otras de carácter puramente endógeno.

Era un partido en el cual, como en un tronco de árbol, se podían distinguir los distintos anillos de crecimiento: el duramen, o sea los viejos afiliados leales a toda prueba, la generación del sesenta-setenta, y los nuevos. Faltaba la penúltima, la de la época de la dictadura. Los nuevos, los ingresados a partir de 1984, eran una gran mayoría y eran mayoritariamente fluctuantes en su integración y propicios a las oscilaciones en materia ideológica. A su vez, la generación de la pre-dictadura era una generación muy golpeada, la que se preparó para una guerra que no se dio, la que integró el aparato militar, recibió el mayor golpe de la represión y militó en la clandestinidad.

Esta esperaba una rendición de cuentas. ¿Por qué fuimos derrotados? ¿A qué se debieron los graves errores tácticos y en el aparato

armado? ¿Por qué las debilidades de importancia en la organización clandestina? ¿Qué pasaba con los que cayeron presos y no se comportaron como se esperaba? ¿Y con los que se exiliaron sin autorización? En suma, ¿por qué no fuimos invencibles como nos habíamos acostumbrado y se nos había acondicionado? La dirección del Partido no dio, no intentó siquiera dar, una respuesta.

Hubo muchos que se alejaron y en otros quedaron, como rescolados, dudas, descontentos y rencores latentes. La reconversión proclamada se confió a la mera decantación que daría o no el tiempo.

A poco andar, el Partido fue cambiando su discurso: se proclamó voluntad de renovación, se revalorizó el “democratismo burgués”, la revolución en el orden del día antes del golpe, se alejó indeterminada. Estrenamos una nueva categoría, la democracia avanzada, difícil de aprehender y por ende desconcertante. El XXI Congreso de 1988 fue para los afiliados un fiasco. Al PCU le había llegado el tiempo de la duda.

Y sobre esa situación precaria cayó como una mazazo la crisis, primero de los países de la Europa del Este y luego, imponente, de la URSS, la cuna de la revolución: algo sencillamente increíble.

Lo abrumador es que no se trató de una derrota militar sino política y ética, sin atenuantes. Los partidos simplemente se disolvieron y en el caso que resistieron, caso del rumano o del intento de golpe en la URSS de agosto de 1991, mejor que no lo hubieran hecho.

Hasta 1960 la sociedad soviética había hecho esfuerzos hercúleos para alcanzar grandes niveles de desarrollo, pero cuando estalló la revolución científico-técnica contemporánea, la de la informática, la de la bio-genética, lo hizo a su margen, y no por atrasos en las ciencias básicas. Pareció que era una sociedad que podía alcanzar rendimientos masivos, pero que se detenía en el umbral de la sofisticación, de la diversidad, de la calidad, excepto en el complejo bélico-industrial que devoraba ingentes cantidades de recursos.

El estalinismo había acumulado horrores sin cuento pero a su cese pareció también ceder la tensión a que era sometida la sociedad y asomó a la par la baja productividad y la corrupción económica, que creció hasta alcanzar en el período brejneviano niveles macro, inclusive en los círculos dirigentes.

Todo eso lo sabíamos, o lo intuíamos o lo sospechábamos. Pero creíamos sí que era verdad lo del “hombre nuevo”. Era lo más difícil de lograr y lo más maravilloso, y resultó un mito. Tal hombre no existía: ese hombre era un sediento de la sociedad de consumo occidental. Nada le importaba la “propiedad de todo el pueblo” que, al ser estatal, le era tan alienada como la capitalista. Nada le importa-

ba por ende el “socialismo”, inclusive a esos 18 millones de afiliados al PCUS: no les importaba a los burócratas aparatchik que esperaban, no sin razón, que el capitalismo podría brindarles oportunidades de medrar, ni les importaba a los afiliados de base que, si salieron a la calle, fue para defender o imponer las nuevas libertades.

Al comienzo de 1990, mientras se tramitaban elecciones abiertas en la RDA, Hungría y Checoslovaquia, se discutía el tránsito a un nuevo orden en Polonia y Bulgaria y en el PCUS se organizaban distintos grupos con diversas plataformas encaminándose al XXVIII Congreso, en el Partido se abrió el debate libre. Lo decidió el Comité Central y a su servicio se puso *El Semanario*.

Yo decía el 19 de enero en un artículo titulado “La cultura del debate”, entre otras cosas, lo siguiente:

“(…) Si queremos hacer del PCU una sociedad de hombres libres, su prensa debe ser una prensa libre. Lo que no quiere decir neutra: un imposible, porque prensa implica selección y selección implica orientación. Somos y seremos prensa enrolada, prensa de partido. Y por ello, si hay polémica, queremos alcanzar una polémica libre sí, comunista también.

“Más claramente: puede haber cosas que no serán bien recibidas porque aspiramos a un debate constructivo. Lo que no quiere decir soslayar los aspectos negativos de los fenómenos, sino las caídas negativas a las que a veces se llega en algunas polémicas (...). No estamos acostumbrados (no estamos educados, se dice), al debate ni con compañeros ni con adversarios (...).

“El dogmatismo no ha significado solo la parálisis de la doctrina y la pragmatización del método, sino que también hizo del marxismo un integristismo, un cuerpo esférico que pretendía envolver y definir toda la verdad. Por consecuencia, la flexibilidad intelectual se redujo a un mero recurso táctico: simplemente se procuraba tender puentes hacia aquellos que se acercaban a la verdad. Con las consiguientes secuencias éticas propias de todo maniqueísmo: el no comunista era una especie de niño que crecía y maduraba en la medida que se nos acercaba y un corrupto o agente de la CIA si recorría un camino inverso.

“En las peores épocas –liquidadas en el PCU ya en 1955, pero sobrevivientes en otros partidos– idéntica tabla de valores eclesiásticos se aplicaba también en lo interno respecto a lo que fuera la ‘línea’ oficial.

“(…) es preciso reconocer que la suficiencia dogmática no es la única hipoteca que hemos padecido. Todos sabemos que ha habido siempre –más antes, menos ahora– temas vedados: preguntas que no se hacen, dudas que no se formulan, disensos que se callan.

"Se han discutido, hasta la saciedad, problemas pequeños y medianos. Más raramente los grandes y, en tales casos, lo normal ha sido esperar a que 'bajara la línea' para luego sepultar las dudas ante una interpretación que más que discutida ha sido comentada. Sin embargo, los comunistas no son autómatas ni nada parecido. (...) Aquella práctica funcionó como una especie de cesión de responsabilidades.

"Nos hemos educado (conformado, deformado) en una visión sesgada, acolchada y conformista (...) Se llamó 'verlo por la positiva' y significó una visión astigmática (...). Todo era en aras de la preocupación por no desmoralizar, reflejo de una postura tutorial: del dirigente sobre los cuadros, pero también de los cuadros sobre los afiliados y de los afiliados sobre el pueblo llano. Postura estratificadora, generadora a la larga de la 'nomenklatura' que hoy resiste la perestroika.

"Ahora bien: si hemos optado por reaccionar contra esa deformación, la instancia de debate que se abre corre el peligro inverso. Que el péndulo se balancee y surjan tentaciones de hundirnos en un festival de autoflagelación (...) es preciso tener presente que un debate público, para que sea realmente un debate, debe evitar como a la peste, el caer en la diatriba o en el regodeo por lo malsano".

Sanas palabras, pero que tuvieron escaso eco: en los próximos meses lo malsano y la diatriba crecieron día a día.

7

Luego de cuatro o cinco días de recuperación todo ha recommenzado: la colgada, la picana, los plantones; todo el día, todos los días. Es inaguantable; antes me decía una vez por vez, pero ahora ya sé que esa una vez va a durar un mes por lo menos, un mes soportando esto. Ya no solo me duelen los hombros cuando me cuelgan, sino que al llevarme y tocarme casualmente siento ya un tormento. Mejor estar muerto, me digo, mejor morir que seguir soportando esto.

Dale, puto de mierda, hablá, qué ganás con hacerte masacrar. Nombres no, nombres no. Salto en el aire, siento que me desgarro.

Me llevan, otra vez me llevan al gancho: pero no, la escalera, será otra vez el tacho, es preferible, me enlazan una cuerda al cable que me ata las muñecas en la espalda y me empujan, tropiezo, me empujan y quedo montado a caballo sobre una barra. Un tipo me dice: mirá que esto nadie lo aguanta, largá mejor. Quedo expectante, ate-

rrado, y contesto nombres no, nombres no. La picana, salto en el aire, me retuerzo y caigo, la barra es filosa y el tajo es como si me seccionara en la entrepierna el hueso, no me dan tiempo ni para pensar y vuelvo a saltar, es como si me rajaran todo el cuerpo, siento que todo yo estallo, ahora caigo sobre los testículos, van a explotar, vuelvo a saltar, siento que me voy, salto.

Estoy acostado porque han suprimido los plantones: luego que me aplican el caballete me bajan y me acuestan. Y aquí quedo, en un sopor, idiotizado, todo el resto del día. Rechazo la comida, mejor dicho, no la ingiero, simplemente no hago nada. Nada. Dormito.

Me tiran agua a la cara, cobro conciencia, me levantan y me llevan: de nuevo el caballete, mejor morir me digo. Estoy en lo alto de la escalera, doy un brusco tirón, me suelto, monto a horcajadas sobre la baranda, voy a saltar, me agarran, me tiran al suelo, gritan. Pará, hijo de puta, qué querías, tirarte, bien, soldado, bien, estuvo atento, pero para qué querías hacerlo, para qué, qué fanáticos.

Me llevan, otra vez me llevan. Me digo esto no va a parar nunca, no, no va a parar. Basta ya, después de todo Mengano me entregó, sí, Mengano entregó todo, yo lo leí, esto no tiene sentido, para qué, estos tienen todo el tiempo del mundo, para qué. Alguien dice: dale, puto de mierda, vas a hablar. Una voz ronca que no reconozco dice: sí, sí.

Estoy sentado en una silla oyendo una voz autoritaria que me habla, firme, severa, cordial. Me resume todo, la Comisión de Propaganda, los encargados, la cartonería de Burgues, los otros locales de alternativa, me menciona los nombres de los responsables de impresión y distribución. Habla llanamente, sin énfasis: es una conversación tranquila, como de rutina. Yo le recuerdo que estábamos compartimentados, que la mayoría de los nombres yo no los conocía: mi voz es apagada, casi inaudible. El asiente sin sorpresa, sin reservas: ya lo sabe. Me hace un comentario obsceno sobre una enlace, la española dice: lleva la conversación como una charla informal entre hombres. Luego me acucia sin presión, quiere solo repasar la gente de la redacción, nada más, como indiferente, haciendo ver que no tiene la menor importancia. Le doy nombres. El escribe a máquina. Me da varias copias a firmar, me permite subirme algo la venda, caen los algodones, leo: Montevideo, a los 25 días del mes de febrero del año mil novecientos. Firmo, una dos, cinco copias.

Me llevan abajo a un sitio apartado; mientras me guían continúa rodeándome la música fuerte, los gemidos, los gritos aislados y llegamos. Ya no tengo los algodones: es un alivio, es un premio, me digo mientras entreveo un lugar en donde hay cantidad de sillas alineadas, parece un acto, pienso cuando me hacen sentar. Ahí quedo.

Estoy ahí entre otros, dos, tres días. Rumio lo pasado despaciosa y cansinamente. Estoy agotado, acabado, me duele todo el cuerpo. Pienso que ahora estarán evaluando mi declaración y sobre lo que harán si no les conforma; después de todo, me repito, lo único que querían ellos es quebrarte. Y lo lograron, sí, lo lograron. Qué haré, me pregunto, si no les basta, si quieren más, no lo sé. Me paso las horas, el día entero, preguntándome que haré si la declaración no les bastó, si quieren más. Mientras, me tratan indiferentemente, sin hostilidad, como si no existiera.

Viene alguien que me quita la atadura y me alcanza una camisa y un short. Recién me apercibo que estoy casi desnudo, con solo un calzoncillo: y que está mugriento. En dos meses solo una vez me ducharon con una manguera y cantidad de veces me cagué encima. Sí: no solo es el calzoncillo, soy yo el que está inmundo. Me pongo la ropa y me preocupo porque el short es muy chico: qué falta de consideración, me digo.

Voy en un camión cerrado. Pienso que a lo mejor me llevan a un Juzgado militar donde me confrontarán con mi declaración: tal vez me reboten y me manden de vuelta. Atiendo a la marcha del vehículo: no parece recorrer solo hormigón, parece recorrer también piso de tierra y da vueltas, de pronto trepa y por el olor reconozco el Pantanoso, pero no sé en qué dirección circula. Sigue otro rato y ahora se detiene. Me bajan con cuidado y me doy cuenta que no venía solo. Siento gritos e insultos, me empujan, me golpean, hemos llegado a un cuartel, imagino.

8

En octubre de 1990 se realizó el XXII Congreso del Partido.

Fue un buen congreso: la gente se empezó a soltar y no se escamotearon los problemas. Ni los del “socialismo real” –aun con insuficiencias en el análisis de las causas del desastre– ni los propios del Partido. También ligeramente, pero se mencionaron, estuvieron la desertión de la militancia, el escamoteo de la época de la dictadura, la mentira de la reconversión, el deterioro orgánico y la falta de credibilidad del Partido y de sus dirigentes.

La resolución general ahondó algo en qué se quería decir con la “democracia avanzada”; incluso se expresó que en la etapa socialista habría elecciones periódicas y que se acataría la voluntad expresada en las urnas, definición urticante luego de la derrota sandinista en las elecciones nicaragüenses. Profundización en lo que se dijo y

también en lo que no se dijo: el apartado sobre “las vías de la revolución” fue la nada, con una vaga promesa de seguir estudiando.

Esta vez la elección del nuevo Comité Central fue en serio y Jaime Pérez obtuvo el 88% de los votos, con los restantes definidos mayoritariamente por la renovación. Yo no seguí en él.

Pero pasaron los meses y, mientras la situación en la URSS seguía deteriorándose incluso con definiciones derechistas de sus gobernantes, en la orgánica del PCU parecía que nada pasaba. Pero pasaba: los renovadores se impacientaban y era notorio que en la Casa Bertolt Brecht se reunía en forma periódica el grupo fraccional.

El 19 de agosto se produjo el putch de los aparatchik en la URSS y trascartón la autodisolución del PCUS. Entonces el Ejecutivo condenó el intento de golpe: era manifiesto que había no pocos comunistas que lamentaban su derrota. Tras esto se pareció romper la inedia porque el 1º de setiembre apareció un artículo firmado por Jaime Pérez, que muchos atribuyeron a Esteban Valenti, titulado “El ocaso y la esperanza”, que replanteaba muchos temas y que tenía un colofón explosivo: llamaba a la unificación con los socialistas y otras fuerzas en la perspectiva democrática del socialismo. Confesaba: “solo pensar en esto en concreto me erizaba hace algunos meses y sé que también a muchos compañeros les pasará lo mismo”.

Les pasó: fue un cimbronazo.

Los “contra” trabajaban a toda máquina. Y sin esperar a que el Partido pudiera asimilar la propuesta o sin tratar de ganar a los compañeros para ella, el Comité Central tomó el 25 de setiembre una decisión que era el colmo de la heterodoxia: llamó a todos los afiliados a plebiscitar el camino democrático al socialismo y el “manifestar la disposición del PCU de contribuir a la forja del agrupamiento político que requiera y se corresponda a dicho proyecto”. Al mismo tiempo, reafirmó la convocatoria de un Congreso Extraordinario para mayo de 1992.

A la gran mayoría del Comité Central y, en particular, a Valenti, principal estrategia en ese momento, se le quemaron los papeles y cometieron el peor error de un dirigente: evaluaron mal el estado de espíritu de la masa partidaria.

En ésta unos votaban con los pies, otros no sabían a qué santo encomendarse y dos minorías se radicalizaban, ameritando los mores que se empezaron a correr: “liquidacionistas” y “truncos”.

Los primeros, contradiciendo ruidosamente su carácter de renovadores, incurrieron en un yerro tutorial esperando que los afiliados los siguiesen sin rebeldía y aparecían como perpetrando el más burdo seguidismo, el de ir a la disolución del Partido porque así lo habían

hecho los soviéticos. Aparentaban que, ante el desplome del “socialismo real”, la permanencia del Partido era una papa caliente que les quemaba las manos. En el otro extremo, los llamados ortodoxos aprovechaban esas pifias garrafales para aparecer como los guardianes del Partido cuando lo eran del inmovilismo ideológico, o, más aun, del retroceso.

Estos comenzaron a juntar firmas contra el plebiscito y reclamando un congreso extraordinario. Los acontecimientos se precipitaron: en noviembre se realizaba la Conferencia Departamental de Montevideo y los dos bloques se precipitaron a ella con ánimo exterminador, mientras algunos pocos llamaban a una detente. Inútil: el choque se produjo y la lista encabezada por Marina Arismendi derrotó a la encabezada por Valenti; 1466 y 1063 fueron los números del descalabro renovador.

Luego todo son epílogos; se suspendió el plebiscito; la mayoría de los “renovadores” electos renunciaron a integrar el Departamental; Valenti lanzó la propuesta de crear un Encuentro por el Socialismo Democrático; Jaime Pérez se propuso seguir dando la batalla dentro del Partido; las departamentales de Rivera, Paysandú, Cerro Largo y otras se sumaron a Montevideo; se realizó el Congreso y los pocos renovadores que se obstinaron en estar presentes tuvieron que irse ante la rechifla general.

Yo había dado un paso al costado. ¿Con la llamada ortodoxia, con Pedro Balbi, con Hermes Millán, con Viera? Vade retro. ¿Qué era el Encuentro por el Socialismo Democrático, a dónde iba, tendría eco y en quiénes? Incógnita. Por otra parte, en pleno desconcierto nada tenía para proponer. Me refugié en mi papel de periodista, hasta que *La Hora Popular*, en buena hora valga la redundancia, dejó de editarse el 31 de enero.

Entonces, tras 42 años, abandoné la militancia y cansinamente me dispuse a sumar algunos años para un amargo retiro jubilatorio.

A MODO DE COLOFÓN

Es cosa de preguntarse: ¿por qué escribí esto? Tal vez por nostalgias de mis tiempos de periodista y porque tenía tiempo libre tras mi renuncia a la Facultad de Ingeniería. Tal vez porque consideré que era mi obligación ante las generaciones del 2020 prestar mi testimonio sobre estos tiempos convulsos y así ayudarlas a hacer las cosas mejor de lo que las hicimos nosotros: una obligación que todos sus actores tendríamos. Un deber y, si se quiere, un afán de permanencia, de no haber transitado en vano.

Coherentemente, nada tendría que agregar a estos apuntes. Son solamente algunos recuerdos que abonan una derrota política y una derrota personal: no existió el hombre nuevo ni fui el que fantaseé a los 20 años. Solo fuimos hombres, a secas.

Sin embargo tuve pudor de que tal punto final resumara efluvios muy amargos: pesadumbre sí, desesperación no. Entonces agrego algunas pocas reflexiones sin pretensiones de originalidad.

Mal que le pese a Nietzsche, que no a Marx, no hubo superhombres. Hay ya una primera lección a extraer: todo proyecto que presuponga masas, cuadros o líderes con rasgos de semidioses helenos está condenado al fracaso. Muchos hombres podrán ser héroes poco tiempo y justo es honrarlos; poquísimos podrán serlo toda la vida y mil tentaciones los acecharán. La utopía, para dejar de serlo, tendrá que basarse en los hombres y mujeres comunes y corrientes, con sus templos y sus flaquezas, con sus altruismos y sus mezquindades. Debemos revalorar a las empleadas de supermercados como factor histórico.

No es, ni siquiera, una opción política. Los trabajadores de hoy, crecientemente, dejan de tener su centro en el metalúrgico de robusta conciencia de clase para derivar en el informático con su pavor de llegar a los 40 años y quedar obsoleto.

Algo se hizo. Si el siglo XX nació con la guerra de 1914 y se cerró con la caída del Muro de Berlín, éste no fue el siglo del comunismo como se creyó, pero estuvo signado por la lucha socialista. En el balance no es hora de nihilismos ni de escamoteos; tuvimos a Lenin y a Stalin, a Ho Chi Minh y a Pol Pot, todos fueron nuestros y hubo proezas enormes y crímenes atroces.

En el haber queda la descolonización y, por qué no, el “estado de bienestar”, que se inventó como vacuna contra la revolución. En el

haber quedan también los sueños, que hicieron que la vida valiera la pena de ser vivida.

Ellos no lograron prodigios, por cierto. En la parte del mundo más afortunada, ella es esquizofrénica, con rasgos admirables y con rasgos repugnantes. Con internet y biotecnología sí, pero también con el “hacé la tuya” como filosofía de vida, con la zozobra como norma y con la droga como colchón. Cuando no con fundamentalismos, hipernacionalismos y misiles de Bush.

Hoy ya no existe el cuco comunista porque en China parece haber solo un poder al servicio de la invariabilidad y de modelos universales. Se proclamó el pensamiento único, el fin de la historia: es la altanería de la verdad absoluta que abonó la creencia en un mundo idílico en que la mano invisible del mercado lo arreglaría todo, en que disponemos de un piloto automático al decir de Javier de Haedo que conducirá la aeronave a la nueva utopía ascendente.

Tenemos entonces la globalización. Con aditamentos, no es más que el imperio del capital bursátil mecido por las teorías de Milton Friedman. Un veedor insospechable, Felipe González, acota: “Los capitales se mueven en la realidad virtual, a la velocidad de la luz, y solo el 10% de los capitales que se mueven en el mundo responde a transacciones reales, de compra y venta de mercancías o inversiones duraderas. El 90% de lo que se mueve es dinero que busca dinero en el casino financiero. Nadie domina la economía del mundo”.

Atrás quedó el despotismo del FMI. La volatilidad genera explosiones y los gobiernos, todos los gobiernos, mandan cada vez menos; en la gran ruleta los jugadores no son sino meros asalariados de nadie, de las burbujas financieras que mañana pueden estallar y hacer que sus papeles no valgan su peso en quilos. Eso sí, arrasando con los bancos a la producción y con ella el destino de decenas y centenares de millones de hombres.

Véase que en un día laboral medio, cambian de propietario divisas por alrededor de 1.5 billones de dólares, lo que corresponde al contravalor de toda la producción anual de Alemania: son cifras del Banco Internacional de Compensación de Pagos.

Claro que, por ahora, a algunos no les va nada mal. Según la ONU, las tres personas más ricas del mundo tienen activos que superan al PBI de los 48 países menos adelantados; las 32 más ricas superan al del Asia Meridional; las 84 con más activos, superan el total del PBI de China, con sus 1.200 millones de habitantes y su boom.

Para ello, es necesario que en el mundo subsistan 1.300 millones de personas con menos de un dólar por día y 3.000 millones

con menos de dos dólares diarios. Lo estimó James Wolfensohm, presidente del Grupo Banco Mundial.

Y para ello también es necesario que el 11% de la población uruguaya esté debajo de la línea de pobreza y que el 42% de los niños nazcan en nuestro país en hogares pobres.

Una vez un hombre se preguntó: ¿qué hacer? Y supo encontrar una respuesta. Hoy miles se lo preguntan y no la encuentran. Tal vez lo sabio sea solo administrar, bien que mal, como el timonel del velero sacudido por la tempestad procura evitar la encalladura. O ansiar el estallido y que esos millones de millones de dólares en papeles se reduzcan a la nada, como realmente lo son y, del naufragio, resucite la riqueza del mundo contabilizada en toneladas de trigo, número de telares y programas de software. O, simplemente, sentarse a esperar que pasen un par de décadas y otros estén en disposición de arreglar estos entuertos. Parece más razonable lo primero, y muchos se empeñan, con fe o con escepticismo, con inconsciencia o con desesperación, en lograrlo. Mi respeto hacia ellos.

Después de todo los primeros australopitecos que bajaron de los árboles hace tres millones de años y se refugiaron en cavernas no habrán hecho las cosas mucho mejor que lo que las hicimos nosotros. Habrán acumulado reveses sin cuento, pero no capitulaciones: si no, no estaríamos acá. Por eso dedico estas páginas a los que lo dieron todo por el asalto a los cielos.



Tito y Adriana (1995)

NOTICIA DEL AUTOR

José Jorge (Tito) Martínez Fontana –hijo de José y de Luisa– nació en Montevideo el 16 de junio de 1931. En 1954 ingresó por concurso como funcionario de la Universidad de la República (Oficial 5to.), asignado a la Facultad de Arquitectura.

En esa misma Facultad conoció a quien sería su compañera de toda la vida: Adriana Zinelli Rizzotti, arquitecta, docente e investigadora en medios audiovisuales y en historia de la arquitectura.

En 1956 empezó a estudiar arquitectura y a militar en el Centro de Estudiantes (CEDA), del cual llegó a ser Secretario General. En su doble condición de estudiante y funcionario tuvo una destacada participación en la lucha por la Ley Orgánica de la Universidad.

A principios de la década de los sesenta abandonó la militancia en el anarquismo para incorporarse al Frente Izquierda de Liberación (FideL) y al Partido Comunista (PCU). En esos años comenzó también su actividad como periodista en la que se destacó por su brillantez. Fue uno de los precursores del periodismo de investigación en el Uruguay. Su “estilo incisivo, a veces sarcástico, polémico siempre” se basó en una rigurosa documentación y un análisis certero, lo cual otorga a sus trabajos frescura y vigencia. Así lo testimonia su libro *La telaraña bancaria en el Uruguay* (EPU, 1969), que reúne la serie de artículos publicada en *El Popular* (diario del PCU) entre octubre y diciembre de 1968, y que es una obra imprescindible para captar las claves de la estructura bancaria y financiera del Uruguay contemporáneo.

Durante años fue subdirector de *El Popular* donde publicó cientos de editoriales. Fue testigo y protagonista de los principales hechos políticos y sociales, a nivel nacional e internacional. Integró el Comité Central del PCU; participó en el Congreso del Pueblo y en el proceso unitario del movimiento sindical uruguayo que dio origen a la CNT (1966); estuvo en la Conferencia de la OLAS (La Habana, 1967); actuó en la constitución del Frente Amplio (1971).

El 9 de julio de 1973 vivió el allanamiento de *El Popular* y las golpizas a que fueron sometidos sus periodistas y operarios.

En 1975, estando a cargo de la prensa clandestina que enfrentaba a la dictadura, fue detenido, torturado durante 37 días en “El infierno” y recluido, primero en un cuartel y luego en el Penal de Libertad, durante ocho años.

Al recuperar la libertad reanudó la militancia y su trabajo periodístico. Asimismo, en junio de 1985, reingresó a la Universidad de la República (como Adriana, quien había sido destituida por la intervención dictatorial en 1973). En el proceso de reconstrucción de la misma se desempeñó interinamente como Secretario del Instituto de Higiene. Meses después regresó a su cargo de Jefe de Sección en la Facultad de Arquitectura y en 1992 encabezó el primer concurso de ascenso que se llevó a cabo después del restablecimiento de la legalidad y alcanzó la titularidad como Director de División, el más alto cargo administrativo en la Universidad, pasando a ser Secretario de la Facultad de Ingeniería.

Cuando el ingeniero Rafael Guarga fue electo Rector, Martínez le acompañó como Asistente Académico, cargo en el cual se acogió a la jubilación.

Desde 1985 se había encargado de la sección internacional de *El Popular* (entonces semanario) y después del suplemento político-ideológico de *La Hora* (diario) en cuyas páginas se desarrolló, en 1990, la discusión interna del PCU. Dirigió *La Hora Popular* (que se había transformado en semanario y en el cual prosiguió el debate interno del Partido) hasta su último número que salió el 31 de enero de 1992. A partir de esa fecha se retiró de la actividad partidaria.

La súbita muerte de Adriana, el 3 de julio del 2000, fue un golpe demoledor para Tito. La pérdida de su compañera desencadenó o aceleró las dolencias que, finalmente, produjeron su muerte el 23 de junio de 2003, a los 72 años.

Desde 1999 José Jorge Martínez había venido trabajando en su testimonio *Crónicas de una derrota*, que concluyó poco antes de su fallecimiento.

**Se terminó de imprimir en el mes de octubre de 2003
en Gráfica Futura, Agraciada 3182,
Montevideo, Uruguay.
Depósito Legal N° 330 979
Comisión del Papel
Edición amparada al Decreto 218/96**

Crónicas de una derrota es la obra que José Jorge Martínez, Tito (1931-2003), dejó pronta para ser editada al momento de su muerte, el 23 de junio. Este *testimonio de un luchador* transcurre por los más diversos ámbitos de su vida –desde la intimidad hasta la sordidez de “El infierno”– y, junto con ella, de las luchas sociales y políticas de la segunda mitad del siglo XX.

Iniciado en el anarquismo, gremialista de vasta y variada experiencia, y miembro entre 1962 y 1990 del Partido Comunista del Uruguay (PCU), en el que tuvo responsabilidades de dirección, Tito Martínez, brinda aquí un testimonio sin concesiones, a través de dos relatos imbricados: uno, el de los 42 años de militancia; otro, el de sus ocho años de tortura y prisión. Estas crónicas van confluyendo y tensándose hacia el desenlace: “una derrota política y una derrota personal”.

Con la sabiduría de haber sido protagonista y con la maestría de un escritor experimentado, relata lo acontecido en el movimiento estudiantil y sindical, en el proceso de unidad de la izquierda y la creación del Frente Amplio, en las actividades del Comité Central y la prensa del PCU, en la clandestinidad, en la cárcel, en los años del reencuentro posdictadura, en Cuba durante la OLAS y observando in situ la *perestroika* en la URSS no mucho antes de la debacle.



El libro incluye confesiones que seguramente no se han hecho sin desgarramientos interiores, que enriquecen la reflexión, necesaria para quien consideró su “obligación ante las generaciones del 2020 prestar [...] testimonio sobre estos tiempos convulsos y así ayudarlas a hacer las cosas mejor de lo que las hicimos nosotros”. Desde el dolor de la derrota, Martínez reivindica “los sueños, que hicieron que la vida valiera la pena de ser vivida”, y rinde homenaje a “los millones que lo dieron todo por el asalto a los cielos”.

Estas crónicas, de singular valor, son una extraordinaria victoria de la dignidad.

Ediciones
TRILCE

9974-32-339-8

